

Colección: creación artística y cultural

concurso
uniagustiniano
DE
Cuentos Cortos

Primera versión

 **Editorial**
UNIAGUSTINIANA

CONCURSO UNIAGUSTINIANO — DE — CUENTOS CORTOS



Primera versión



Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto (2016-2017 : Bogotá, Colombia)

Concurso Uniagustiniano de cuento corto : primera versión / I Concurso Uniagustiniano de cuento corto 2016-2017, Eddy Santiago Parada Suárez y otros. -- Bogotá : Editorial Uniagustiniana, 2017.

212 páginas ; 14 x 21 cm.

1. Universitaria Agustiniiana - Actividades 2. Cuentos colombianos - Concursos 3. Cuentos colombianos - Colecciones I. Parada Suárez, Eddy Santiago, autor II. Título. Co863.08 cd 21 ed. A1586444

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Eddy Santiago Parada Suárez, Juan Esteban Romero Guzmán, Edisson Camilo Becerra Gómez, Geraldin Chuquen Salamanca, Daniel Esteban Fresneda Garavito, Carlos Andrés Alberto Suárez, Manuel Enrique de León Willis, Johnnier Guillermo Aristizábal Santa, Lina Tatiana Rada Landínez, Ángela Cristina Plazas Salamanca, Fabián Ignacio Pérez Santuario, Carlos Eduardo Labrada Vargas, María Angélica Urrego Cuervo

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2017

ISBN (impreso): 978-958-56395-4-6

ISBN (digital): 978-958-56395-5-3

Universitaria Agustiniiana, Uniagustiniana

P. Carlos Alberto Villabona Vargas, Rector

Julio César León Lúquez, Vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano, Vicerrectora de Desarrollo Humano

Natalia Osorio, Directora de Bienestar Institucional

Editorial Uniagustiniana

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, Coordinación

Mariana Valderrama Leongómez, Asistencia editorial

Alejandra Karina Flórez, Corrección de estilo y lectura de pruebas

Pedro César Gutiérrez Jiménez, Diseño editorial y diagramación

Impresión publicitaria ADN S.A.S., Impresión

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

Ilustración de la portada: “*Soñador de la pluma*” por Fabián Guillermo Ramírez Ruíz, estudiante de Cine y Televisión, ganador del concurso de ilustración para la portada del libro de cuentos cortos, 2017.

Impreso y hecho en Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

La Editorial Uniagustiniana se adhiere a la iniciativa de acceso abierto y permite libremente la consulta, descarga, reproducción o enlace para uso de sus contenidos, bajo las condiciones de la licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas 4.0 Internacional. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

CONTENIDO

5 Presentación
Julio César León Lúquez y Alejandra Díaz Manzano

9 Acta de jurado
Eduardo Otálora y Ángela Cruz

♦ categoría ESTUDIANTES ♦

17 Primer puesto
“Milena”
Eddy Santiago Parada Suárez

35 Segundo puesto
“Los tres aceites”
Juan Esteban Romero Guzmán

59 Tercer puesto
“Batalla”
Edisson Camilo Becerra Gómez

79 Mención de honor
“Trastorno”
Geraldin Chuquen Salamanca

91 Mención de honor
“HuM”
Daniel Esteban Fresneda Garavito

♦ categoría DOCENTES ♦

109 Primer puesto
“Letargo”
Carlos Andrés Alberto Suárez

123 Segundo puesto
“El prisionero de un tambor andante”
Manuel Enrique de León Willis

133 Tercer puesto
“La prisionera”
Johnnier Guillermo Aristizábal Santa

♦ categoría ADMINISTRATIVOS ♦

147 Primer puesto
“El eterno”
Lina Tatiana Rada Landínez

159 Segundo puesto
“Purgatorio”
Ángela Cristina Plazas Salamanca

171 Tercer puesto
“Nocturno”
Fabián Ignacio Pérez Santuario

185 Mención de honor
“Búsqueda”
Carlos Eduardo Labrada Vargas

♦ categoría EGRESADOS ♦

199 Primer puesto
“Infierno verde”
María Angélica Urrego Cuervo

Presentación

La Universitaria Agustiniiana es una comunidad académica comprometida con el desarrollo integral de todos sus integrantes. Este compromiso va mucho más allá de la formación que se da en las aulas e involucra, entre otras, actividades extracurriculares que dan cabida a las manifestaciones artísticas y culturales en sus diferentes formas de expresión.

La Vicerrectoría de Desarrollo Humano y la Vicerrectoría de Investigaciones, conscientes de su responsabilidad de propiciar espacios de participación en los que se puedan expresar las capacidades creativas de nuestra comunidad, unieron esfuerzos en torno a una de las habilidades más importantes para cualquier persona vinculada al contexto académico: la escritura.

La escritura, uno de los más grandes logros de la humanidad, es parte fundamental de nuestra comunicación. Históricamente ha servido como mecanismo de transmisión y preservación de la cultura universal hasta el punto de convertirse, en la actual sociedad del conocimiento, en una las habilidades más valoradas y apreciadas.

Esta se manifiesta de muchas maneras y puede dar lugar a textos de diferente tipo (académicos, científicos, periodísticos, literarios, etcétera). Frente a cualquier resultado, el proceso de escribir demanda el establecimiento de un objetivo de comunicación, la adecuación de su estilo según la población a la cual se dirige el texto, la claridad y precisión en las ideas, la sintaxis y un bagaje extenso de lectura.

Uno de los ejercicios de escritura que más creatividad exige es la construcción de textos literarios, entre ellos, el cuento. Con un estilo prosaico, breve, usualmente separado de la realidad y centrado

en relatar situaciones, el cuento hace parte de las formas de expresión narrativas y ha sido, a lo largo de la historia, uno de los géneros literarios más utilizados en todas las culturas para transmitir tradiciones y valores.

Con el objetivo de promover e incentivar la escritura creativa, se desarrolló durante el año 2017 el Primer Concurso de Cuento Corto. En esta primera versión, se recibieron propuestas de temática libre de estudiantes, docentes, egresados y administrativos. La participación fue numerosa y la calidad de los escritos alta.

Sin duda, desarrollar este tipo de actividades evidencia la importancia que tiene para la Uniagustiniana que los integrantes de su comunidad universitaria desarrollen y perfeccionen sus habilidades y destrezas académicas, ya que a través de este proceso y de sus capacidades idóneas contribuyen, de manera significativa y propositiva en la construcción de una mejor sociedad desde la mirada artística y cultural.

También es importante destacar que el trabajo articulado entre la Vicerrectoría de Desarrollo Humano y la Vicerrectoría de Investigaciones seguirá siendo cada vez más visible en el entorno académico institucional. Nos une el interés mutuo de promover espacios que aporten a la formación y al desarrollo integral de seres humanos altamente cualificados, que cuenten con unos valores y principios que los destaquen como referentes sociales en un entorno que día a día demanda profesionales íntegros, creativos y sensibles frente a las diferentes expresiones que surgen de la humanidad como respuesta a sus necesidades, anhelos y voluntades.

En esta oportunidad, presentamos los resultados del Primer Concurso de Cuento Corto, de esta manera, esperamos que este, y los futuros textos que se compartan, sean acogidos con una gran aceptación, sentido de pertenencia y respeto frente a lo que representa ser uniagustiniano.

En este documento encontrarán los conceptos emitidos para cada trabajo recibido y los mejores cuentos en cada categoría.

Julio César León Lúquez
Vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano
Vicerrectora de Desarrollo Humano

Universitaria Agustiniiana

Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto: primera versión

Acta del jurado

Bogotá, septiembre 6 de 2017

Julio César León Lúquez
Vicerrector de Investigaciones
Universitaria Agustiniana

Alejandra Díaz Manzano
Vicerrectora de Desarrollo Humano
Universitaria Agustiniana

Estimados vicerrectores:

Con toda atención, nos permitimos entregar los resultados de la evaluación que adelantamos como jurados del Primer Concurso de Cuento Corto promovido por la Vicerrectoría de Investigaciones y la Vicerrectoría de Desarrollo Humano de la Uniagustiniana. Los resultados han sido establecidos por decisión unánime, como se señalan a continuación:

Categoría estudiantes

- Primer puesto: “Milena”
- Segundo puesto: “Los tres aceites”
- Tercer puesto: “Batalla”
- Mención 1: “Trastorno”
- Mención 2: “HuM”

Categoría docentes

- Primer puesto: “Letargo”
- Segundo puesto: “El prisionero de un tambor andante”
- Tercer puesto: “La prisionera”

Categoría administrativos:

- Primer puesto: “El eterno”
- Segundo puesto: “Purgatorio”
- Tercer puesto: “Nocturno”
- Mención 1: “Búsqueda”

Categoría egresados:

- Primer puesto: “Infierno verde”

A continuación, presentamos nuestras apreciaciones sobre cada trabajo seleccionado:

“Milena”

En este cuento el autor logra combinar la reflexión del sacerdote maduro y seleccionado con la candidez de sí mismo, evocada al relatar su historia con Milena. Ahora bien, en algunos momentos la necesidad de justificar o el intento de dejar una suerte de enseñanza pueden ser agotadores para el lector, por lo que es importante saber cuándo estos recursos se convierten en dilaciones innecesarias de la acción.

“Los tres aceites”

Esta es una muy entretenida aventura que, sin tener mayores logros argumentales, sí plantea los elementos para una buena historia. Por eso mismo, el autor debe esforzarse para que las casualidades sean su último recurso narrativo. El poder de una buena historia está, en la mayoría de los casos, en que se logre construir

de tal manera que parezca que cada situación se dio porque era inevitable, como inaugurando causalidades.

“Batalla”

Esta historia logra ofrecer una luz diferente sobre el espacio rural colombiano, se aparta de la victimización, de los retratos sobre la guerra y la pobreza, y resulta una estampa de la cotidianidad del campo. Sin embargo, la división episódica juega en contra de la narración y, de hecho, la interrumpe, por lo que sugiero que el autor la reconsidere. Así mismo, es importante ser preciso en la selección del inicio de la historia, ya que la acción claramente se desarrolla a partir del segundo episodio y, tal vez, la contextualización hecha en el primero no resulte del todo necesaria.

“Trastorno”

El motivo de la mujer reducida a su propia miseria, hecha monstruo, y las descripciones explícitas del estado de su martirio son interesantes, además de resultar, cuando menos, originales en el contexto de la convocatoria. No obstante, me parece muy importante trabajar en la corrección estilística de este texto para que, sin perder el ritmo que el monólogo del personaje exige, la legibilidad no resulte afectada.

“HuM”

La historia y el universo que se proponen son muy interesantes. El problema de este relato está en que, como pasa muchas veces, el arranque de la historia se posterga. En ocasiones, esto ocurre porque se siente que hay que justificar las acciones de los personajes. Sin embargo, muchas veces sucede que las acciones se justifican a sí mismas y eso aporta a la efectividad narrativa. Por eso la recomendación va encaminada a pensar cuál sería el mejor momento para empezar a contar esta historia.

“Letargo”

Esta es, en mi opinión, la propuesta con más alta calidad de toda la convocatoria, particularmente por el juego con las temporalidades, que me parece muy bien logrado y sutil. El motivo de la indiferenciación entre sueño y vigilia se aparta en este cuento de los lugares comunes, que podrían serle propios; adicionalmente, el autor logra ponerlo en el contexto del mundo oficinista cotidiano. Es un muy buen cuento.

“El prisionero de un tambor andante”

La primera parte del cuento, que parece tener la intención de ser una presentación del personaje, es demasiado extensa y dilata la aparición de lo que aparentemente es el asunto realmente importante: la posesión. Por eso creo que hay que preguntarse dónde comienza realmente la historia y rearmarla desde ese punto.

“La prisionera”

Como en muchos otros de los cuentos, este tiene un planteamiento muy interesante que, sin embargo, se va diluyendo y debilitando por entrar en el plano de lo explicativo y descuidar los componentes argumentales. Por eso recomiendo que se trabaje mucho en resolver cómo es posible que una mujer tan misteriosa exista y no deje más rastros. Además, es importante reflexionar sobre cómo puede cambiar la vida de una persona luego de conocer a alguien tan impactante y procurar que estas reflexiones se encarnen en situaciones concretas de los personajes.

“El eterno”

La propuesta de construir un doble relato es muy interesante. El problema en este tipo de textos es que, si uno de los dos relatos es débil, el otro se siente más fuerte y aparece una pregunta muy importante: ¿por qué son necesarios los dos?, ¿no basta con uno?

Por eso recomiendo que las partes que corresponden al narrador se trabajen en función de quitar los elementos explicativos. La narración debe mostrar, no decir o explicar.

“Purgatorio”

Esta propuesta resulta interesante y particular dentro de la convocatoria por su intento de narración polifónica, si se quiere, a través de la original idea de combinar las almas en pena y sus confesiones en un solo hilo narrativo. Es muy acertada la elección de este tipo de “estribillo” que permite las transiciones de una voz a otra. Sin embargo, es importante trabajar en esas voces para que puedan ser más fácilmente diferenciadas por el lector y se les pueda atribuir un tono característico, de manera que la estructura narrativa sea mucho más sólida.

“Nocturno”

Las imágenes de este relato son sencillas y no hay elementos gratuitos en su construcción. Sin recurrir a adornos innecesarios, el autor logra llevarnos al mundo del personaje, un hombre simple que, en una cotidianidad sin mayores emociones, logra encontrar dos maravillas: la pianista y la cita de Dylan Thomas. El trabajo con el intertexto da lustre a las acciones de la cotidianidad pero, por otra parte, algunos de los diálogos resultan completamente prescindibles pues plantean rodeos innecesarios que, precisamente, lo apartan de la idea que tenemos sobre cuento corto.

“Búsqueda”

El planteamiento del cuento es muy sugerente: ¿cómo y dónde encontrar las palabras que nos hacen falta a la hora de escribir? Sin embargo, la historia a través de la cual se busca abordar este asunto es enrarecida, llena de lugares comunes del romance y, por tanto, falta de credibilidad. Lo que se podría hacer es procurar disminuir

la presencia en el cuento de la voz e ideología del autor para que los personajes encuentren sus propias formas de contarse. Este es un trabajo dispendioso, pero le daría al cuento la posibilidad de construir un universo narrativo creíble en el cual el encuentro de una palabra sea la cosa más importante del mundo.

“Infierno verde”

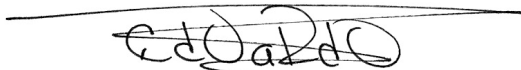
Es muy interesante el riesgo que corre este cuento al intentar asumir una perspectiva sobre el conflicto. Eso lo celebro. El reto, entonces, consiste en darle más credibilidad a las situaciones y personajes, acercarlos lo más posible a seres de carne y hueso, a quienes les duele la guerra. La presencia de este cuento en el concurso resulta muy pertinente no solo por la coyuntura de actualidad nacional, sino porque se atreve a narrar sin emitir juicios morales y sin afán de aleccionar al lector.

Agradecemos la posibilidad de formar parte del concurso,



Ángela M. Cruz

CC: 52.904.936 de Bogotá



Eduardo Otálora

CC: 80.241.198 de Bogotá

catEgoría eSTUDianTEs





PRIMER PUESTO

Milena

.....

Eddy Santiago Parada Suárez
Licenciatura en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
eddy.paradas@uniagustiniana.edu.co

Diciembre

Has sabido llegar de Nuevo. Buenas Nuevas dice el evangelista, y se supone que sea esa una sentencia de alcance Universal. ¿Por qué no me alegra a mí?

Me asomo al balcón de mi ventana y les observo a ellos, mis hijos aunque no de carne, distraídos. Alejados de la realidad, absortos del mundo, ebrios de una dicha artificial fabricada por el licor, se mueven al compás de lo que ellos llaman música.

Quisiera apagar ese horrible ruido. Cómo desearía asomarme y gritar al mundo que eso que ellos llaman Natividad, ¡no lo es!, pero ¡ay de mí!, solo y triste, amargado por los años. Mi cabello, nevado de canas; mis piernas ahora son débiles, cansadas de haber caminado tanto; mis brazos, que tantos hijos ajenos han sostenido y recibido a la Iglesia, son ya flácidos; y mis manos están cubiertas de lunares, aunque solo hayan tocado aquello que considero lo más sagrado. Y mi rostro. ¿Qué decir de él? Aquel mismo que alegre y despejado despedía a sus padres con mirada pueril y sincera, con lágrimas en los ojos por motivos no conocidos sino por mí, aquel que gozaba de la belleza que percibía en el mundo, pero contenida en mi alma, ¡Ay de aquel rostro del que no queda nada! ¡Ni la juventud se ha querido quedar conmigo! Destinado a la soledad, he entregado mi vida al servicio de otros: desagradecidos y altaneros, a veces, hipócritas y descarados, otras, pero buenos conmigo como indicio general.

Estoy tan solo, Dios mío. Y es en estas horas de soledad que una profunda melancolía viene a embargar mis recuerdos. Como un veneno ponzoñoso se expande en las aguas cristalinas de mi alma, que he trabajado en purificar con largas horas de oración y ayuno.

A pesar del dolor que me causa el actuar errado de mis hijos, no puedo juzgarles, aunque les reproche constantemente. Si no fuera

esta mi condición, estaría yo también con ellos arrojados a los mundanos vicios, ahogando mis penas como los pachucos de Octavio Paz. Así también ahogaría esta condena que traigo clavada desde hace tanto tiempo, sin la capacidad de compartirla, sino apenas en confesión, por lo escandalosa que resulta. Hay en las tragedias cierto elemento que hace que estas sean menos dolorosas, es la capacidad de llorar, de desahogo. Como admiro a las almas nobles, cuya virtud otorgada por Dios ha sido la de poder llorar. Incluso, reconozco, que me despiertan una santa envidia, pues a mí ese privilegio no me fue concedido. Eso ha hecho que la espina clavada en mi pecho no pueda ser lavada con el vino de la publicación de mi tragedia y el consuelo y comprensión ajenos. El silencio como cómplice me ha sido una pesada carga.

Precisamente, fue por estas fechas cuando se dio la ocasión en que ella me abandonase, como nos abandona este año que concluye.

Corría el año de 19..., cuando aún creía en la felicidad que predico. Me debatía el futuro entre dos horizontes y, hasta entonces, creía que la decisión era mía. ¡Qué ingenuo! ¡Ay de mí! ¡Cuántas noches fue la luna testigo de mis oraciones, en las que elevaba a Dios mi espíritu para que me diese claridad de discernimiento! Recuerdo que, para entonces, con el calor decembrino de mis tierras, —y por calor decembrino me refiero tanto al que brinda el clima como al que ofrece la población, pues para las fechas especiales, emerge una extraña caridad, incluso de los corazones que se creían más fríos—, yo era feliz. Rodeado de mi familia, de algunos amigos y compañeros de trabajo de mis padres, vivía mi vida tan tranquilamente, tanto como solo puede garantizarla por la vida del campo, la pureza de corazón y la limpieza de conciencia.

Así la conocí a ella, Milena. Su nombre, que para todos no pasaba de ser el nominativo x de una persona x, era para mí un nombre lleno de significado, que hoy podría resumir como la apología al

atributo metafísico llamado belleza, —*Pulcrum* - i—, encarnado en la ternura y rematado con ese amor que es tan propio de las almas más buenas que puso Dios en el mundo. Y es que solo verla era para mí antídoto a cualquier enfermedad del alma y combustible para mis pueriles pasiones.

Crecimos sin saber que nos queríamos tanto, que nos amábamos. ¡Yo era tan joven, por Dios! Contaba con quince años por entonces. Ella, apenas cuatro meses y tres días menor que yo, comenzaba a formarse una señorita. Tenía el cabello largo y lacio, que sabía bailar al son de la melodía que tocaba el viento. Sus ojos, jóvenes y profundos, de esos que parecen sondear con extraña facilidad los abismos del alma, —y en verdad lo hacen—, sabían llenarme de un profundo amor por la vida. ¡Y su boca! Perfecta e inmaculada, de rubíes que escondían la sonrisa de marfil, sobre mis labios se posaron por primera vez un primero de diciembre. El mejor regalo que pude recibir en mi vida.

Ese fue nuestro primer beso. Ansioso de Navidad, cuando ésta aún no me dolía como ahora, mis labios se unieron con los suyos y me despertaron a la adultez, como de un sueño mágico a la realidad. En mi boca, ya anciana hoy, se despertó aquello que se llama amor. Lo trágico del asunto consistió en que este beso, fue motivado por la noticia que le di sobre la concreción de los planes de mis padres y mi tío paterno. No los juzgué y aun hoy no les juzgo, pues Dios sabe que obraban por la que creían mi felicidad. Era mi último diciembre en aquel lugar, mi pueblo en las montañas, pues al siguiente año entraría yo al Seminario menor de la Ciudad de C..., en el cual tendría que internarme y estudiar hasta la aún tierna edad de veintitrés años, cuando sería ordenado sacerdote. Y así, mis padres, garantizando mi futuro, me condenaban, aunque sin saberlo, a perder a la mujer por la que mi corazón empezaba a lanzarse al profundo abismo del amor, misterio insondable del corazón humano.

Mi puro músculo latente, casi santo, se inmolaba en el fuego del amor, que me consumía con sus apasionadas llamas, a través del placer despertó en mí al ser besado por sus impolutos labios, bañados en sus lágrimas que lavaron mi rostro, seguidos de un suspiro ahogado, que imploraba ¡No te vayas! Sacó su pañuelo bordado, se limpió sus lágrimas, limpió las mías y me lo dio como un recuerdo. Fue uno de los momentos más tristes y alegres de mi vida.

Aquí comenzó para mí una tortuosa situación. Peor que elegir es discernir. Elegir es tomar partido por lo bueno o lo malo, por lo que puede tener en sí mismo mayor gusto. En el elegir, se debaten el deber con el querer. Discernir obliga a tomar partido por dos cosas igualmente buenas o malas, lo que hace imposible el establecimiento de un juicio moral absoluto. Aquí se entremezclan las pasiones con los deberes y se hace indistinguible el camino a seguir, ya que este se cierra con las malezas de la duda.

Ese día conocí el caos pues, acostumbrado a obrar según la voluntad de mis padres, comenzaba dentro de mí una disputa dialéctica imposible de superar, entre lo que ellos querían para mí y una posible vida al lado de Milena. Mi formación religiosa, habitual en mi casa gracias a mi tío, gran sacerdote, me había enseñado que es Mandamiento de Dios honrar a padre y madre; pero también que llega el día en que “Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gen. 19:4, Mt. 19:5). ¿Acaso no sería ello la voluntad de Dios? ¿Acaso les desobedecía a todos con ello? ¿Acaso podría haber pecado por un sentimiento que yo consideraba inaccesible a los mismos ángeles del cielo, carentes de pasiones?

Lo peor de mi situación era que, a pesar de no haber tomado decisión alguna, la culpa de errante y el dolor del pecador caían sobre mí, como mastines a su presa, aterrizando mi alma, entonces soñadora, en la mundanidad de la carne, tan condenada por

mi religión. Aún no comprendo a mis colegas actuales cuando, al escuchar una confesión, imponen penitencias tan fuertes. Es como un condicionante *sine qua non* para dar el perdón. En la realidad, dicha penitencia no debe ser puesta como un castigo, ni como advertencia, sino como una ofrenda voluntaria de parte del penitente a Dios para la purga de sus culpas.

¡Quién diría que un beso habría de condenarme a tal división de mi corazón! Ello me hacía tremendamente infeliz. Me sentía inmérito del cariño ofrecido por mis padres y del amor inmaculado y sin porqués que lo justificasen o explicasen por parte de mi hermosa Milena. Los libros, que me gozaba con esas palabras tan perfectamente colocadas, como notas dibujadas en la partitura de una obra maestra musical, no alcanzaban ya a brindarme el regocijo que me arrullaba en mi tierna edad. En las páginas ya no solo se plasmaba la tinta original, sino también pesadas lágrimas que resbalaban por mi rostro. Ahora soñaba con los personajes de esas tragedias griegas; ahora yo protagonizaba las obras de teatro de Shakespeare; ahora era el Dante enamorado en busca de mi Beatriz, encarnada en Milena, pero con la salvedad de que este pobre Dante, no contaba con un Virgilio que le acompañase en tan duros momentos. No podía acudir a mi familia. ¿Qué pensarían? ¿Cómo defraudarlos? Con amigos tampoco contaba, nada más con Fabián, mi hermano y mejor amigo, pero él estaba ahora bastante lejos, pues se había ido con un grupo de recolectores de café por al menos tres meses.

Yo, el que juzgaba el amor desde la barrera, era ahora arrojado a la arena sin la mínima instrucción. Y es que el amor no se aprende. Se halla este como colocado por Dios, así como una semilla que permanece cristalizada hasta que un beso rompe el hechizo y nos sacude frente a una realidad nueva, nos coloca un filtro que cambia nuestra perspectiva y hace de nosotros otro ser, otra persona. Simplemente Otro. Otro con mayúscula como lo usa Levinas para referirse a Dios, aquel mismo al que he de pedirle una coherente

explicación cuando me halle en su presencia, pues la necesidad de encararle en el cielo ha sido casi mi única motivación para llevar la vida intachable que llevo. Pues mi actuar se justifica en la necesidad de poder decirle, cuando me llame a su presencia, “Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer” (Lc. 17:10), y, posteriormente preguntarle por qué juzgó oportuno hacer lo que hizo. Mi único consuelo actual es este pañuelo que por años he conservado y que en noches como esta tranquiliza mis agitados sueños.

Y es que un día diciembre como estos que pasan, una de estas noches de carnaval, parranda y desenfreno, de alegría rebosante en los niños y ancianos, una noche de estas el destino me mostró su lado oscuro. Yo creí haber tomado una decisión. Me ofrecí al dueño de la finca en que trabajaban mis padres para que me sacara de esas tierras y me enviara a la ciudad, donde estaban a punto de enviarme, pero no a encerrarme en un seminario con las garantías que allí se ofrecen, sino a trabajar en la central obrera de abastecimiento de alimentos, como carguero de bultos. Confiaba en mi joven edad, en mi experiencia y fortaleza brindada por una precaria vida en el campo, en mi intelecto, que me haría saber usar mi dinero con precaución y destinarlo a rentar un lugar digno y llevar a Milena a vivir conmigo, lejos del juicio perturbado de su familia, que veía en mí no una mala influencia, sino un cura, antes que al esposo de su hija, pues ya nuestros sentimientos empezaban a hacerse evidentes para la población en general.

Su abuela y su tía, viejas beatas rezanderas, muy conservadoras y poco comprensivas, reprendían a su hija afirmando que estaba seduciéndome y robando a Cristo uno de sus hijos; le hablaban de infiernos y de condenas, de horribles castigos por su pueril y humano comportamiento. Me ofendía muchísimo escucharles a través las quejas de mi amada, pero procurando ser más comprensivo que ellas, trataba de hacerle entender a Milena que actuaban según sus

propias convicciones, y que ello no es fácil de cambiar, menos en una sociedad tan tradicional como la que nos había correspondido vivir. Milena, ofuscada, justificaba su inocencia y se reafirmaba en que no era intención suya el pecar. Se ponía de tan malgenio... era tan graciosa y tan bella entonces. Sus mejillas sonrosadas, su piel clara y sus oscuros ojos cobraban una luz, un encanto, un brillo particular, que no pude jamás borrar de mi mente. Yo solo la miraba, la sacaba de su absorto pensamiento y reíamos como locos, hablando con ese idioma propio de los enamorados, en el que las miradas se hacen comprender, como en una enigmática telepatía, invisible a los ojos que no gozan de esa dicha y que la envidian en secreto.

Fue entonces cuando tomé, bueno, cuando creí haber tomado una decisión sabia e inteligente a los ojos de Dios y de los hombres. Como una fiera que se abalanza sobre su presa, creí conveniente, aunque arriesgado, arrojarme a mi suerte para luchar por el amor. ¿Mi plan? Largarme con el jefe de mis padres, el dueño de la finca, a tierra fría, a trabajar en una central plazera como ayudante y cargador de pesadas cajas y bultos de comida, a cambio de un sueldo no muy bueno, pero suficiente para vivir con ella. Trabajaríamos fuerte, tendríamos muchos hijos, seríamos felices y prosperaríamos, con la ayuda de Dios, poco a poco. Envejeceríamos viendo crecer a nuestros nietos y moriríamos sin la conciencia deprimida por no haber sido valientes y haber tomado la decisión que no debíamos tomar. A fin de cuentas, ni nosotros ni la satanizada sociedad fuimos los que decidimos, sino Dios, el único al que podría apelar en la desventura de mi vida.

Me dirigí al jefe, el viejo Hernando, un día domingo. Era un hombre templado de espíritu, que gracias al rudo trabajo y la inteligencia en las finanzas había logrado un emporio tan fuerte, que era considerado uno de los hombres más ricos y respetados de toda la región. Su fuerte carácter hacía casi imposible que alguien se

acercase con confianza al mismo. A pesar de la timidez que siempre me acompañó, cerré con fuerza los puños y me acerqué, al final de la misa de mediodía y con paso firme y decidido, el día de inicio de la novena de aguinaldos le solicité empleo en su bodega en la ciudad. Pensé mucho cada palabra que exactamente diría, para que estas mostraran mi temple para el trabajo y evitaran ponerme en ridículo o en evidencia ante los demás. Era, ahora que lo considero con mayor distancia en el tiempo, una hazaña tan valiente como estúpida. Temía que el viejo lanzara una risotada de esas que se escuchaban por todo el pueblo, que me rechazara y que, apelando a lo que ya muchos sabían, que me iba de cura, me dejara en vergüenzas.

Aquel que no crea que la fuerza que mueve al mundo es el amor, y que este es superior al dinero, le invito a que explique la actitud de ese joven flaco y pobre, débil y pálido que fui, que me hacía acercarme a ese viejo alto y acuerpado, vestido elegantemente y acompañado de dos tipos más grandes que él y mejor armados, con motivo de solicitarle empleo para poder llevarme a la mujer que amaba a vivir conmigo, teniendo apenas quince años.

Respiraba agitado, me temblaban las piernas y consideré necesario, más de una vez, salir corriendo sin ser visto. Pero, como ya lo dije, el amor era más fuerte que nada. Así, que me acerqué al viejo por detrás. Reía de un chiste que le había contado alguien de un grupo de personas que le rodeaban con todo tipo de solicitudes. Don Hernando, que si me sirve de padrino para la niña, el 25 de este mes. Don Hernando, que si por favor me presta alguno de sus caballos para que la señora no camine tanto para venir a ver al matasanos del pueblo, que mírela, que por Dios, que está embarazada. Don Hernando, que si por favor nos presta el camión rojo para llevar agua al Caimán, la Finca de arriba, que es que el ganado y la gente no tienen que tomar, etcétera.

Estaba totalmente enterado de que aquel viejo de gruesa entereza, rara vez concedía un favor. Peones el contrataba a diestra y siniestra, pero eso de mandar alguno de coterero a la ciudad, eso no lo hacía con nadie. Y qué esperanzas podría tener yo. Le toqué el hombro por la espalda y como no se giró, le toqué con más fuerza y casi le grité. ¡Don Hernando, le conviene! A pesar de sus años, se mantenía robusto, fuerte, con sombrero y bigote, y un diente de oro que brilló al verme. ¿Que qué es lo que me conviene?, preguntó. Pues que cómo le parece que tiene frente a usted al que será uno de los mejores cotereros en su bodega en la ciudad, y que usted se dará cuenta de que no tendrá mínimo motivo para dudar de lo que le digo y se arrepentirá mucho si no me contrata, pues trabajaré por casi la mitad de lo que trabaja un obrero de mi calidad, y usted verá si me sube el sueldo luego, y si quiere desde esta misma noche parto con usted y mañana lunes madrugo a *camellarle*, que yo no nací con miedo y que usted está es frente a un varón. Dije todo esto sin pausas y sin bajarle la mirada, a pesar de que me intimidaba infinito. No sé ni de dónde saqué las fuerzas para decir lo que dije, pero lo cierto es que mi discurso pareció gustarle, o más bien conmoverle.

Y como por qué quiere tan chino tirarse la salud debajo del bulto mijo, dijo. Por amor, señor, y usted tiene hijos y tuvo madre y esposa y sabe de qué le hablo, contesté. Solo aquí advertí la presencia de la esposa de don Hernando, la señora Sofia que, escondida detrás del anciano, me miraba con cierta ternura, entre el gentío que parecía atraer, joven, con la mirada levantada y el sombrero en la mano. Tan ingenuo, pensaría ella. Y retomé mi discurso así: y sé que usted, así joven como yo, la conoció a ella con el encanto que aún conserva. Usted no sabe si sea yo la mano que necesitará para que en el futuro le sostenga. Y estoy dispuesto a seguirle hasta su casa y dormir en su puerta si usted no me quiere llevar a trabajar.

El viejo pareció vacilar en principio. Se llevó la mano al bigote e inclinó la cabeza para escuchar lo que le susurraba su esposa al oído. Al fin me dijo que me aceptaba, pero que no se iba a poner a pedir permiso a taitas chillones luego y que si no rendía la primera semana, me tendría que devolver sin nada, así como me tendría que ir esa noche. Me dio un billete grande y me dijo que me esperaba en la ciudad, que usted verá cómo llega, pero allá tiene que estar en la noche para que coma y duerma, y que no llevara nada, que allá miramos cómo lo acomodamos, y que le reponía el sábado ese billete completo o se lo descuento del sueldo de sus taitas. Eso le iba a decir señor, respondí, que ellos ni se enteren. Pero era ya tarde, con toda la gente que estaba alrededor, era cuestión de horas para que mis padres se enteraran, por lo que, después de despedir al viejo y a la señora con toda clase de bendiciones, corrí a casa de Milena, para contarle de mi determinación y salir inmediatamente para la ciudad.

Creo que gracias a la emoción que me embargaba y a los sueños que comencé a dibujarme en la cabeza, corrí tan rápido. Unos cuatro kilómetros separaban al pueblo de la casa de Milena, y el trayecto de cincuenta minutos fue atravesado por mis ágiles piernas en menos de treinta. Milena me recibió con un segundo beso, me sonrió y se alegró de ello, aunque era evidente cierta preocupación, por la que presentía, podría ser la hazaña más peligrosa de mi vida. Es que tú eres el único que reemplaza un seminario impecable por una sucia plaza, me dijo. No, señorita. Reemplazo mi vida por la tuya, y estoy feliz de ello, si la vida de Cristo pagó todas las almas, la mía que pague tu vida terrena. Reímos de nuevo, pero ella no dejaba de amonestarme y decirme que estaba a tiempo, que aún podía arrepentirme y llevarle el billete al viejo de regreso y volver a donde mis padres.

Pero ya mi decisión estaba tomada, o al menos eso creía, porque ahí fue cuando, envilecido el destino contra mí, o gustoso el

diablo, que se burlaba de mi felicidad y pedía licencia para hacerme daño, como lo hacía en el libro de Job, un Dios furioso, por haberme comparado con él a modo de chiste, cortó con singular facilidad mis planes a futuro.

Para comprenderlo, tengo que explicar que vivía en tierra cálida, indescritiblemente bella, pero con un peligro latente, alimentado por el mito de la creación. Resulta que debido al intenso calor, es siempre muy plausible que en épocas de vacaciones halla reportes de ataques de reptiles, debido a que estos, las serpientes en particular, se acercan a los lugares cercanos a las casas de los campesinos en búsqueda de los huevos de las gallinas y los patos. Algunos tienen una mordedura venenosa, pero no demasiado dañina si se combate con el suero antiofídico correcto a tiempo. El problema era que ya estaba yo cansado por la carrera que había empezado en el pueblo hasta la casa de Milena.

La serpiente que atacó fue una coral, la distinguí por el color que es recordado con las iniciales R. A. N. A. Rana significa Rojo, Amarillo, Negro, Amarillo. Y esos cuatro colores me hicieron imposible recorrer los cuatro kilómetros que me separaban del pueblo, para buscar al médico y evitar un daño irreparable. Qué dolor tan intenso. El grito, supongo, se escuchó en todas las montañas, pero fue ensordecido por la grandeza del campo y no llegó a oídos de nadie que pudiera prestar auxilio alguno.

¿Por qué sucede esto? ¿En qué había errado yo? ¿Pagaba acaso algún pecado de mis padres? Hoy me siento tan solo. Hablo a diario con muchas personas, tengo certeza de que algunos oran a Dios por mí, con sinceridad innegable. Hay quienes me llaman casi a diario a preguntar por mi salud. Sin embargo, a estas altas horas de la noche en las que nadie está consciente, derribado ya por el cansancio del trabajo del día, ya por el dopaje del alcohol, y hasta altas horas de la madrugada, me siento profundamente conmovido

y triste. Me es imposible imaginar una vida paralela si no hubiera sucedido tan desafortunado accidente. Quisiera, como ser humano, tocar otro cuerpo, admirar las curvas de un cuerpo femenino, poder llamar a esa mujer como Amor. Decir *te amo* no fue algo que se me haya permitido. Quería gritarlo a los cuatro vientos como cualquier persona puede hacerlo, como todos, todos menos yo.

Nunca comprendí del todo ese afán juvenil por destacarse, por reafirmar cierta autenticidad y personalidad en calidad de diferente frente al mundo. Porque, si bien radica en cada ser humano un aspecto de univocidad, también es cierto que nuestros modos culturales son prácticamente homogéneos. Por una de esas comunes casualidades de la vida, siendo yo alguien que piensa así, no me fue permitido completamente hacerme parte de esa masa común que se llama sociedad. Quise, y aún quiero realizar en público un acto tal como dar un beso sin sentir que, por cuestiones de lógica cívica, seré señalado por un dedo índice que apunte a mí como si fuera un criminal. Y, aunque soy un férreo defensor del celibato para quienes comparten mi condición, en mi defensa diré que ello no estaba entre mis planes. Me refiero a estar en esta posición en la que hoy me hallo.

Porque fue ese día, aquel horrible 16 de diciembre, apenas quince días después de mi primer beso y minutos después del segundo, que di el tercero y último de mi vida. Porque aquella maldita víbora clavó sus fauces con desgarradora fuerza e inyectó veneno en unas piernas que apenas tenían quince años y que, para mí desgracia y desconsuelo, no fueron las mías. El putrefacto animal vino a clavar sus afilados colmillos en la pierna de Milena, le inyectó su letal veneno y no pude yo hacer nada. Sin mínimo conocimiento de medicina, traté de absorber sin éxito el veneno, até a su pierna el pañuelo que llevaba en el bolsillo y que me había entregado ella el primer día del mes, el mismo que hoy conservo y vela mi soñar, y corrí tan rápido como mi ya cansado cuerpo me lo permitía hacia

el pueblo. Recordé que era 16 de diciembre y todos se encontraban en fiestas, por lo que me fue imposible hallar un alma que me ayudara con Milena que, llorando y dolida, me miraba a los ojos mientras yo le cargaba en brazos y corría pidiendo ayuda, angustiado como jamás lo estuve, con el corazón a mil y con gruesas gotas que bajaban por mi cara, de sudor y lágrimas, con el silencio indolente por respuesta, pues todos se hallaban en el pueblo, y sus padres y los míos trabajaban aún.

Tranquila, todo va a estar bien, le mentía mientras seguía corriendo con el sol sobre mi cabeza y la máxima belleza humana de que tuve noticia marchitándose en mis brazos. Su pulso cada vez bajaba más. Sus rojos labios empezaban a tornarse pálidos. Su mirada cada vez estaba más perdida. Ahora era yo quien a gritos imploraba el ¡No te vayas!, que intuí en su mirar apenas días antes. Parecía dejar de responderme y, de vez en cuando, también recuperaba un poco el sentido, debido a la intensidad del dolor. Mis piernas seguían corriendo, pero se cansaban. Mis brazos fuertes se hacían débiles. Mi voz se empezaba a ahogar, debido a la resequedad de garganta que padecía por el calor y el esfuerzo físico. Yo habría soportado esos dolores mil y mil veces más, por el resto de mis días, con tal de no haber tenido que padecer el dolor que me provocaba saber que Milena empezaba a fallecer. Dispuesto a disputársela a la muerte, seguí luchando con lo que me quedaba hasta que apareció un auto desconocido, el de un hombre bueno, cuyo nombre me reservo, pero que guardó mi secreto hasta la tumba. Sálvela por favor, sálvela usted, le grité. El hombre se detuvo, nos recogió y empezó a acelerar a fondo por los caminos de esa escarpada colina. Le di el billete que acababa de recibir y el hombre revolucionó su viejo motor para salvarle la vida a Milena, cada vez más pálida, cada vez más ida, cada vez más lejos de mí, aunque su cuerpo estuviera fuertemente estrechado entre mis brazos.

Fue tarde para cuando llegamos al hospital. Allí se había agotado el suero, y los auxilios de los médicos fueron insuficientes para corregir lo que ya estaba hecho. Ni Hipócrates de Cos, ni Galeno de Roma, ni Avicena de Arabia consiguieron salvarla. Los labios que me besaron parecían ahora encontrarse con la muerte, y sentí en los míos propios su frío carácter. Cuando me dejaron solo, por tercera y última vez, posé mis labios sobre los suyos, que ya empezaban a enfriarse, y tuve un impulso de absorber el veneno de su pierna, ya no para salvarle, sino para suicidarme y morir con ella. Pero en ese momento entró aquel hombre que nos había llevado y ya fue imposible hacer algo, pues él me lo impidió y me obligó a jurar por la vida de la difunta, so pena del infierno para ella, que no atentaría contra mi vida jamás. ¿Cuál vida, si mi vida ya estaba muerta y yacía sobre una camilla, con sus pómulos apagados, sus manos yertas entre las mías y una horrible herida en la pierna?

¿Por qué, Dios, por qué? Gritaba e imploraba al mismo cielo ya oscurecido como las luces de mi alma, como el cuerpo apagado y marchito de la mujer que amé tanto. Pero, al igual que el viernes de Pascua en que Cristo murió, ese Domingo, día de vida y resurrección fue día de muerte y pena para mí, día en el que perdí a la única mujer que pudo despertar en mí el amor, el verdadero amor. Esa fue la última vez que la vida me permitió llorar, aunque no por mucho tiempo, porque ya en el seminario, me fue imposible compartir mi tristeza, pues había jurado sobre la tumba de mi amada que me haría cura, con lo que garantizaría que mi cuerpo y mi amor estarían siempre limpios y dedicados a ella. Por el mismo motivo, necesitaba fingir alegría en el seminario, para garantizar cumplir mi juramento. El destino o Dios se habían empeñado contra mí. Y no era inmadurez, como me lo dijo mi primer director espiritual, aquel sentimiento que me rondaba, sino amor, auténtico amor que al día de hoy, habiendo vivido medio siglo y una década desde aquel desafortunado evento, aún mi corazón sigue sintiendo

como en esa fecha, en la que la dicha me fue arrebatada por el destino o por Dios —yo me inclino por el segundo—.

No le creo una palabra a quienes dicen que cada quien se labra su propia fortuna, pues no encuentro que yo hubiera podido, ni aunque hubiera querido, cometer una acción tan pusilánime que mereciera el dolor que me embarga, la soledad que me abraza y el frío de sus labios que jamás se despegaron ya de los míos. Esa es la causa de mi desdicha desde aquel diciembre, uno como este.

Diciembre, has sabido llegar de Nuevo. Buenas Nuevas dice el evangelista, y se supone que es una sentencia de alcance Universal. ¿Por qué no me alegra a mí?

Fin

SEGUNDO PUESTO

Los tres aceites

Juan Esteban Romero Guzmán
Ingeniería en Telecomunicaciones
Facultad de Ingeniería
juan.romerog@uniagustiniana.edu.co

—¡Hey!, muchacho travieso, ¿qué historia quieres escuchar hoy?

—Le preguntó el abuelo al niño mientras se sentaba en una silla junto a la chimenea.

—Abuelo, esta vez no quiero historias, mi mamá dice que no son reales.

—Mírame bien, ¿crees que un hombre con barba mentiría? —Decía el viejo mientras acariciaba su rostro y su barba blanca.

—Abuelo, la verdad no lo sé... Pero dime, cómo conseguiste tu barba, ¿por qué mi papá no la tiene? ¿Yo tendré barba, abuelo?

—Siéntate en la alfombra, pequeño, te diré una cosa, los hombres no eran dignos de tener barba, hasta que...

El niño se sentó inmediatamente y estaba atento a cada cosa que el abuelo decía.

—Déjame recordar —dijo el abuelo— mi memoria falla un poco. Todo inició hace muchísimo tiempo, en una extraña, pero agradable época en la que la Tierra era gobernada por criaturas mágicas, dragones, mosquitos y otras criaturas. El campo estaba cubierto por el más suave y bello pasto, la tierra formaba grandes montañas desde las que se podía apreciar la majestuosidad de los castillos, y ver los frondosos árboles, que con su altura alcanzaban el cielo, y las lagunas de color celeste. En el campo vivían dos jóvenes, Ana y Evan. Ana era una chica con el cabello ondulado de color negro como el azabache, piel blanca, una mirada dulce y un pequeño hoyuelo que decoraba su mejilla al sonreír. De Evan, el chico, no hay mucho que decir, solo que tenía el cabello hasta los hombros y un espíritu noble. Un día, mientras caminaban juntos por el campo, Evan preguntó:

—¿Cuál es tu sueño, Ana?

—Mi sueño es vivir en un castillo monumental, junto a un caballero honorable y ser una dama muy afortunada. Y tú, Evan, ¿con qué sueñas?

—¡Ja! Esos sueños, ¡qué graciosa eres Ana!, ¿quieres saber cuál es un verdadero sueño? Mi sueño es tener una frondosa barba, tan extraordinaria que las princesas tendrán que pagarme para tocarla, tan fantástica que los juglares recitarán historias sobre ella, será una barba hecha leyenda —decía Evan mientras hacía maromas.

Ana no pudo evitar soltar una gran carcajada.

—¿De qué te ríes? —Preguntó el chico.

—Evan, tu sueño es tonto, los únicos que tienen barba son los dioses y los seres de cuentos fantásticos. ¡Mírate, eres un simple ser humano! Deja de pensar en cosas imposibles.

— ¡Basta, Ana, no te burles más! Te demostraré que puedo conseguir mi barba, ya lo verás, ¡adiós! —dijo Evan enojado.

—Espera, Evan, ¡no te vayas! —dijo Ana, pero ya era un poco tarde, pues Evan se alejaba de ese lugar.

Mientras Evan caminaba, murmuraba entre dientes:

—Cómo se atreve a decir que mi sueño es tonto, le demostraré que tendré barba y se arrepentirá de haberse burlado de mí.

Evan estaba decidido, dispuesto a hacer todo lo que estaba a su alcance para cumplir su sueño; así que comenzó a hacer cosas extrañas. Lo primero que hizo fue afeitarse con una piedra de río, pero lo único que consiguió, fue rasparse la cara. Intentó también untarse estiércol de vaca, pero solo atraía moscas de la sabana y no obtuvo un rastro de bello facial. Lo intentó todo, hasta trató de hacer una barba falsa con el rabo de un lobo, pero este lo descubrió y lo sacó corriendo de un gruñido.

Mientras tanto, un sujeto que estaba sentado en una roca observaba con gracia todas las cosas sin sentido que hacía el joven.

—Ven muchacho —dijo el forastero—. Dime qué locura haces o tratas de hacer, no he hecho más que reírme de tus ocurrencias.

—Señor, no es gracioso. He tratado de hacer que me crezca la barba o, bueno, al menos hacerme una que parezca de verdad.

—Qué determinación tienes muchacho, pero, ¿acaso no sabes que la barba no es para los humanos?

—Todos me dicen lo mismo y estoy cansado de oírlo. Yo quiero mi barba y no me importa lo que tenga que hacer para conseguirla, esa es la razón por la cual vivo; es más, creo que para eso he sido creado.

—Hummm... Ya veo, dime una cosa, ¿qué serías capaz de hacer por tenerla? —Le preguntó el extraño mirándolo fijamente.

—Sería capaz hasta de entregar mi vida por ella —afirmó Evan.

—Me caes bien niño y me has hecho reír como nunca antes, te daré este viejo mapa; debes seguirlo y recolectar los tres aceites que te permitirán cumplir tu sueño.

—¿En serio? —Exclamó Evan emocionado y, tomando el mapa, vio que era una aventura difícil; pero él estaba convencido de que podía alcanzar su sueño.

—Muchacho, tu primer destino es el Reino de los Gigantes del Cielo —mencionó el forastero—. Ahí se encuentra el aceite de las almendras del Paraíso, pero la verdad no sé cómo llegarás, solo un humano pudo subir, fue aquel que cambió su vaca vieja por unos frijoles, el mismo que robó la gallina que ponía los huevos de oro, pero él cortó la raíz del frijol. Entonces, puedo decir que ya no hay modo de llegar allí.

—Pues algo me inventaré, ni siquiera la gravedad podrá conmigo
—exclamó Evan.

Al decir esto, levantó la mirada para agradecerle a aquel extraño sujeto, pero ya no estaba, había desaparecido sin dejar rastro alguno.

Evan regresó a su casa muy emocionado y empezó inmediatamente a alistar sus cosas para iniciar la travesía. Miles de preguntas pasaban por su cabeza, pero trataba de ignorarlas.

Caía la noche y Evan se encontraba observando detenidamente aquel mapa; por un momento dudó hacer tal cosa, no sabía si era cierto o era una cruel broma de aquel señor misterioso. Decidió ir a descansar, sabía muy bien que el viaje no sería fácil y, al recostarse en su cama, cayó profundo.

Era una noche turbia y más oscura de lo normal, el canto de los grillos era distinto, los búhos nocturnos no salieron a cazar y las horas pasaban lentas como si el mismo destino estuviera asustado por lo que pudiera pasar. Así llegó el gran momento, el gallo sabía que era hora de cantar y esta vez lo hizo como nunca antes.

Evan despertó de un brinco, se puso sus zapatos, tomó sus cosas y salió corriendo a su gran aventura, pero pensó primero en ir a despedirse de Ana, así que se dirigió de prisa a su casa y al llegar gritó:

—¡Ana, despierta, ya me voy!

Ana despertó asustada y tímidamente se acercó a la ventana pero, al ver que era Evan, se tranquilizó.

—¿Para dónde te vas tan temprano? Aún no sale el sol —dijo Ana.

—Paso a despedirme, tengo un mapa que me guiará al lugar en el que podré conseguir mi barba, me enfrentaré a grandes peligros, será estupendo.

—Veo que estás decidido y no me quiero entrometer; pero Evan, prométeme que regresarás sano y salvo.

—Ana, es hora de irme, adiós —dijo Evan, y salió corriendo de ahí.

Pasaron tres días y Evan, por mucho que pensaba, no encontraba la forma de llegar al Cielo, aquel lugar gobernado por gigantes. En su mente renegaba y no podía creer que el fin de su aventura se acercaba sin siquiera haber empezado.

—Pero, ¿cómo es posible? —Pensaba Evan— ¿Cómo puede ser, que el único camino que existe en este mundo para llegar a los gigantes, fuera la raíz de unos desdichados frijoles? No lo puedo creer, esto no es justo.

En ese momento, Evan se percató de que, en la raíz de un frondoso árbol, se encontraba un nido caído, que contenía un polluelo de no más de cuatro días de nacido.

—Pequeño amigo, te has caído de tu árbol, tu madre debe estar preocupada. Ven, te ayudaré a regresar a tu hogar —dijo Evan, mientras tomaba al polluelo en sus manos.

Luego de esto, comenzó a escalar y, llegando a una rama, aseguró el nido para que no se volviera a caer. En ese instante, las hojas del árbol se empezaron a mover fuertemente y salieron cientos de aves que atacaron a Evan; era una lluvia de picotazos. En medio del ataque, Evan trató de huir, pero resbaló y cayó del árbol perdiendo el conocimiento. En ese momento, dos míticas lechuzas descendieron, tomaron el cuerpo del joven y volando se lo llevaron de ahí.

Pasados unos pocos minutos, Evan recobró el conocimiento y al abrir sus ojos vio a su alrededor un lugar lleno de hermosa naturaleza, un lugar en donde las flores no morían y sus pétalos brillaban como el mismo sol, un lugar nunca antes visto por el hombre. Maravillado ante tal belleza, y adolorido aún por el impacto, se

levantó de un brinco, pero de inmediato recibió un golpe en la espalda que nuevamente lo hizo saborear la tierra.

—Demuestra más respeto, sucio humano, estás en presencia del Rey Tucán —dijo una majestuosa ave.

Evan no podía creer lo que veía, era un búho de gran tamaño, que además podía hablar.

—Humano, estás aquí para recibir tu castigo, tu juicio está a punto de comenzar.

—¿Quién dijo eso? —preguntó Evan.

En esos momentos, apareció caminando hacia él una criatura maravillosa, un ave de gran tamaño con un pico que parecía pintado con delicadeza por el mismo Dios; en su cabeza tenía una corona hecha con una piña, envuelta en la cáscara de una jugosa sandía; en su cuello llevaba un collar de uvas moradas con un coco como joya brillante; su plumaje era oscuramente deslumbrante; en sus dedos, bellotas y tomates estaban puestos como los más lujosos anillos; en su pata llevaba un bastón hecho de raíces, las cuales florecían con cada parpadear de ojos; y en su mirada azul se podía contemplar el cielo. Era el rey de las aves, era el Rey Tucán.

Evan apenas podía creer lo que sucedía.

—¿En dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? —preguntaba Evan.

—¡Cállate, humano! —Exclamó el Rey Tucán, dándole un pisotón en la cabeza y haciéndolo caer de nuevo— ¡Hablarás cuando yo te diga! Soy la máxima autoridad.

—Vengan hermanos, hoy este humano recibirá el juicio de las aves.

Al instante, todo el lugar se llenó de diversas aves de distintos tamaños; era como si Evan estuviera en medio de un coliseo Romano, escuchando cómo todos querían su cabeza.

—¡Ya basta! ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué recibiré un castigo? —Decía Evan confundido— ¿Qué he hecho?, ¡no lo entiendo!

—¡Humano, tienes la osadía de hablar! ¿Acaso no te das cuenta de que soy el rey de todas las aves y que con mi pico podría arrancarte la cabeza sin esfuerzo alguno? ¡Es mejor que te calles! ¡Hablarás cuando te lo ordene! Estamos aquí, queridos hermanos emplumados, para dar juicio a este humano. Se le encontró trepando el árbol prohibido y, según lo que escuché, quería secuestrar a un polluelo, ¡estamos cansados de los humanos! Ustedes se creen los dueños de todo, para ustedes, todo es poder y por eso someten a las criaturas. Han esclavizado por siglos a las hermanas gallinas, obligándolas a poner huevos en prisiones. Lo más terrible de esto no es la cruel explotación, sino que, al final, cuando no pueden poner más huevos, las despluman y se las comen. ¿Les parece esto justo? ¡Los humanos son criaturas terribles! Hoy tendrás que pagar por esto y muchas más cosas que no me acuerdo. Pero, no me quiero parecer a uno de ustedes, entonces te daré la oportunidad de que hables, humano —exclamó el Rey Tucán.

Evan, mientras escuchaba estas cosas, sudaba y sus huesos crujían de temor, sentía cómo la muerte le hablaba al oído y, como pudo, dijo:

—Tienen razón de lo que nos acusan; pero, de todas las personas que hay en la tierra, ¿por qué me juzgan solo a mí? Lo único que yo hacía era buscar la manera de subir al territorio de los gigantes para tomar uno de los aceites, que me hará crecer la barba, que tanto he soñado.

—Ja, ja, ja —interrumpió el Rey Tucán— ¡Una barba! ¿Es en serio? Ja, ja, ja... Un humano con barba, y luego, ¿qué sigue? ¿Mi rostro en una caja de cereales? Ja, ja, ja.

—Digo la verdad, además lo único que hacía era regresar el polluelo al árbol, quiero mostrarles el mapa que ratifica mi aventura.

Evan abrió el mapa frente al Rey Tucán para que comprobara que sus intenciones eran verdaderas. En ese momento, el silencio fue total, el Rey Tucán se levantó y puso su gran ala en la cabeza del chico y dijo:

—Gracias muchacho, el polluelo que rescataste es mi hijo. Todo esto que viviste era una prueba para conocer tu valor y saber qué tipo de humano eras. Ahora sabemos que dices la verdad, así que no tengas miedo, nosotros conocemos tu viaje y ¿sabes?... Te ayudaremos, porque una de las reglas de este reino es que “favor con favor se paga”. Es más, hermanas aves, traigan un delicioso plato con las mejores lombrices, hoy este humano es nuestro invitado.

Evan compartió con las aves en silencio, podría decirse que las lombrices no eran su platillo favorito, pero las comió, bocado a bocado, intentando no vomitar. Evan habló con el Rey Tucán y le dijo que buscaba la forma de subir al reino de los gigantes, así que este ordenó a una gran bandada de urracas que lo llevaran al Cielo y Evan, amarrándose cuerdas por todo el cuerpo, empezó a ascender en la búsqueda del primer aceite.

Las aves subieron con maestría a aquel reino olvidado, lugar apartado de la vida misma. Después de casi seis horas llegaron al Reino de los Gigantes, las aves desataron a Evan y de inmediato regresaron a su hogar y él estaba tan emocionado que olvidó cómo iba a regresar a la tierra.

Oscuridad, neblina y desolación eran las cosas que nuestro aventurero veía, ni cinco pasos había dado cuando un gran golpe aturdió su cuerpo, haciéndolo elevar por el cielo y una grave voz grito:

—¡Humano, lárgate de aquí! Está prohibido tu ingreso a este reino, juramos matar a cualquier humano que pisara estas tierras.

Un manotazo volvió a golpear a Evan, sacándolo del reino. El golpe casi le parte las costillas o mejor casi le quita la vida; el pobre caía de aquella altura a gran velocidad.

—Esto es todo, aquí termina mi aventura sin siquiera comenzar —decía Evan a unos 10 kilómetros del suelo, cuando de repente una gran sombra lo agarró del torso e impidió que impactara contra él.

—¡Rayos!, ¿en verdad eres tú? —Preguntó Evan— No lo puedo creer, de hecho creí que no podías...

—Silencio, amigo, ¿acaso porque soy el rey creías que no podía volar?, pues te equivocas, ahora dime, ¿encontraste el aceite?

—Hermano Tucán, no pude ver nada, no alcancé a dar un paso cuando fui golpeado y aún no sé por qué, pero algo de lo cual estoy seguro es que ese golpe me dolerá mañana —dijo Evan.

—Hace mucho no hago parte de una aventura. Vamos al Cielo. Te ayudaré a buscar tus aceites, aunque aún no me cabe en la cabeza ver a un humano con barba, ja, ja, ja, ja.

—¡Oye! ¿Y a quién dejaste a cargo del reino en tu ausencia? —Preguntó Evan.

—No te preocupes por ello, el segundo al trono es el águila, así que ocupará mi lugar por poco tiempo; más bien agárrate porque conocerás la gloria del Cielo.

Se elevaban a tal velocidad que partían el viento en dos y en menos de tres horas llegaron al tenebroso lugar.

—Ten cuidado —dijo Evan— es muy oscuro y es casi imposible ver.

—¡Otra vez tú, miserable humano! ¿Qué otra cosa quieres de nosotros? ¿No te bastó con haber robado la gallina de los huevos de oro, arruinando nuestra vida, dejándonos en la miseria total? No permitiremos que vengas a acabar con la poca vida que tenemos —decía una voz entre las tinieblas.

—Vaya, Evan, tu raza hace muchos estragos por donde pasa —dijo el Rey Tucán.

—No todos los humanos somos así, en algunos hombres hay muy malas intenciones. Ahora prepárate porque, según el mapa, la fuente del aceite está aquí abajo y debemos descender. Pero, ¿qué rayos es eso? —preguntó Evan con voz entrecortada.

En medio de la espesa neblina, el brillo de muchos ojos rodeaba a los aventureros, al parecer se podía percibir en la oscuridad la figura deforme de cuatro personas de gran magnitud que, de un momento a otro, empezaron a lanzar rocas del tamaño de las montañas contra Evan, que el Rey Tucán intentaba esquivar como podía.

—¡A la izquierda! ¡Ten cuidado! ¡Vuela! ¡Vuela más rápido! ¡A la izquierda otra vez! ¡Ten cuidado, tratan de atraparnos! —gritaba Evan, dirigiendo al Rey Tucán.

Cuanto más esquivaban los ataques, los gigantes más se enfurecían y arremetían con mayor ferocidad.

—¡Mira, ahí está! ¡A la derecha, baja rápido! Es la fuente. Debo saltar amigo, tú por el momento distráelos —gritó Evan en el lomo del tucán.

—¿Pero, tú estás loco? Estamos a punto de morir y nos aplastarán como zancudos.

Evan no le prestó atención y se lanzó a la fuente en picada. Cayó en el centro como clavadista profesional, mientras el Rey volaba con maestría esquivando los manotazos y las piedras de los gigantes. Evan sacó de su bolsillo un pequeño recipiente, lo llenó y lo volvió a guardar.

—¡Hermano Tucán, lo conseguí! ¡Ven rápido por mí! —gritó Evan.

—¡Espera un poco, estoy en aprietos! —dijo el Tucán tratando de llegar a Evan.

Tomando a Evan con sus patas, retomaron nuevamente el vuelo y luego de varios minutos de persecución, lograron salir por fin de esas deformes manos.

—¡Casi morimos, hermano Tucán! —dijo Evan después de estar a salvo.

El Rey Tucán surcaba los cielos, el sol estaba tras ellos y verlos era todo un espectáculo.

—Hace mucho no recordaba qué era una aventura y volar de esa manera, aún estoy en buena forma, ja, ja, ja. Evan, esto es genial, cuando les cuente a las demás aves, cantarán historias de cómo volamos entre gigantes y los burlamos, ja, ja, ja ¡sí! —decía con gran emoción el Rey Tucán.

—¡Oye, amigo Tucán!, detente un momento. Creo que estamos en el siguiente destino.

—¿Llegamos tan rápido? —Preguntó el Rey Tucán.

—Así parece. Según el mapa, el segundo aceite se encuentra en el centro de esa laguna, si quieres puedes llevarme y después regresar a tu reino —dijo Evan.

—Estoy tentado a regresar a mi reino, pero quiero ver cómo termina esta historia; permíteme acompañarte, además, sin mí, no durarías ni un minuto vivo —dijo el Rey.

—Gracias amigo Tucán, tienes razón, entonces, sin más preámbulos, vamos a esa laguna.

En poco tiempo llegaron a la laguna. El lugar era repugnante, estaba rodeado de fango espeso y un hedor salía de sus aguas; bueno, si a eso se le podía llamar agua. En uno de sus bordes había una puerta de madera ya deshecha por el tiempo, pero que aún se mantenía en pie, en ella había una inscripción que decía: *Mientras ella duerme, él nada y mientras él duerme, ella danza; solo al nadar puedes entrar y solo al danzar tu vida salvarás*. Evan leía y se preguntaba qué significado tenía ese singular acertijo.

—Amigo, no entiendo; además de eso, ya no soporto este olor —dijo Evan.

—¿Estás seguro de que este es el lugar que dice el mapa? —Preguntó el Rey Tucán.

—¡Sí, este es el lugar! Sabía que eso de las aventuras era cosa de valientes, incluso, pienso que es de personas que no valoran su vida, casi morimos por conseguir un aceite y no sé si de verdad funcione, hermano Tucán. ¡Vamos, regresemos a casa! —Dijo Evan, desilusionado.

—Típico de los humanos, cuando no tienen lo que desean rápidamente, se desesperan y se echan a la pena. Evan, ¡ten calma! La vida es de aventuras y luchas, es cierto que casi morimos pero ¡henos aquí, buscando el segundo aceite!, ya llegamos hasta aquí y no permitiré que te vayas. Además, quiero ser la primera ave que tenga el privilegio de ver tu barba; piensa en las chicas que te pagarán por el simple hecho de poder tocarla. ¡Es broma, es broma! No te rindas, cree en tus sueños, no seas como un humano más del montón, tú, amigo mío, eres distinto, te ganaste el favor de las aves. Quiero decirte que creo haber entendido el mensaje de la puerta —dijo el Rey Tucán.

—¿En serio? Dime, ¿de qué se trata? —exclamó Evan emocionado.

—Si te fijas bien, en el centro de este lodazal hay un pequeño círculo de agua pura, en el cual hay un pez durmiendo; pero, lo que me llama la atención es que encima de él hay un pollito bailando, entonces, esa es la respuesta. Si queremos encontrar el aceite, debemos cruzar la puerta cuando el pez se despierte y el pollito se duerma. Supongo que para salir debe ser de la misma forma —explicó el Tucán.

—¡Cómo no lo pensé antes!, eres un genio. Ya casi anochece. Debemos buscar un lugar para descansar y vigilar hasta que se duerma el pollito —dijo Evan.

—Mira ese árbol, podemos quedarnos ahí. Iré a conseguir un succulento plato de lombrices para que comamos, espérame —dijo el Rey Tucán y fue volando a buscar ese anhelado festín.

Mientras tanto, Evan entre dientes decía:

—No, por favor, lombrices no, otra vez no. Me sentaré a esperar, este parece un lugar cómodo. ¡Vaya, la luna resplandece como nunca antes la había visto!

—¿Qué es esto? —Se preguntó Evan al sentir algo en el suelo.

Era nada más y nada menos que una espada, o bueno, parecía que lo era; estaba oxidada y un poco doblada.

—¡Oh sí, esto era lo que me faltaba, una espada fenomenal! En las grandes historias de aventuras hay espadas, ¡prepárate mundo, porque Evan, el furioso, está armado y dispuesto a pelear! —Y frunciendo la espada empezó a imaginar que peleaba, pero tropezó con la rama del árbol y cayó al suelo ensuciándose de lodo la cara.

—Qué bien Evan, el furioso, creo que es momento de cruzar la puerta. El pollito ya se durmió —dijo el Rey Tucán saliendo de la copa del árbol.

Evan se sonrojó y escondió la espada.

—¿Hace cuánto estabas ahí? Mejor olvida lo que viste y vamos.

Caminaron de manera sigilosa hasta acercarse a la puerta.

—¿Estás listo?, es hora de ir por el segundo aceite —decía Evan emocionado.

Abrieron la puerta y se encontraron con un lugar que parecía una cueva, era tibio y de color rojo. Rodeando las paredes, había muchos huesos y extrañas cosas babosas.

—Pero, ¿en dónde estamos? —preguntó Evan desconcertado.

—Amigo, esto al parecer es el cuerpo del pez, estamos en su estómago y huele a vesícula biliar —exclamó el Rey Tucán.

—Bienvenidos intrusos y ladrones de mi tesoro, no debieron haber entrado a este recinto, mi recinto. Están en problemas —dijo una voz desconocida.

Evan agarró con fuerza la imitación de espada que tenía y, fingiendo ser valiente, dijo:

—¿Quién eres? ¡Muéstrate!, venimos por el tesoro, entrégalo o tendrás problemas.

—¡Cálmate, Evan, y guarda esa espada! —dijo el Rey Tucán.

—Lo sabía, todos los que entran aquí quieren robar mi tesoro, pero pues... Siempre fallan y mueren. Mucho gusto, me presento, soy el guardián del tesoro que se alberga en este lugar.

El guardián era una criatura asquerosa, su piel era babosa y tenía tentáculos colgando de su cuerpo, no tenía ojos, solo una boca con tres colmillos y una lengua larga. La extraña baba que lo cubría era más corrosiva que el ácido.

—¡Pareces una lombriz, de esas que desayuno cada mañana! ¡Más te vale que nos des el tesoro o si no te comeré de un picotazo! —dijo el Rey Tucán, tratando de infundir miedo, aunque en realidad él estaba despavorido, pues en toda su vida no había visto cosa más horripilante.

—¡No saben con quién se están metiendo, malditos ladrones! —Dijo la extraña criatura, que empezó a escupir y alcanzó a evaporar una de las plumas del Rey Tucán.

—¡Evan, debemos salir de aquí, corre por tu vida! —exclamó el Tucán.

Evan comenzó a correr, cuando lo que parecía otra criatura apareció frente a él.

—¿A dónde crees que vas ladrón? Dijeron que me iban a comer y lo único que veo es que tratan de huir; pero les tengo malas noticias, tengo dominado todo este cuerpo, muchas son mis cabezas y uno solo el tesoro —dijo desafiante la horrenda criatura.

—¡Corre, Evan! Esa criatura está loca —dijo el Rey Tucán.

—¿Por qué correr, si podemos volar? —Preguntó Evan.

—Tienes razón, ¡súbete rápido! —Decía el Rey Tucán mientras levantaba el vuelo— La verdad es que no hay mucho espacio dentro del estómago de un pescado, debemos pelear y salir de aquí. Busquemos la puerta, ahora dependemos de que el pez se duerma y el pollito comience a bailar.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Tontos! ¿Creen que los dejaré llegar a la salida? Solo tienen una hora antes de que el pollito despierte, pero creo que eso no lo verán llegar, será su fin.

En ese momento, Evan saltó del Rey Tucán y le cortó una de las cabezas que tenía a la criatura.

—¡Miserable, me cortaste y me arde! ¿Qué tenía esa espada? —gritó de dolor la horrible criatura.

—Muy bien hecho Evan, esa espada está oxidada y le debe arder demasiado, debes cortarlo; si así no muere, morirá por la infección de las heridas, pero de algo morirá —dijo el Rey Tucán.

—¡Malditos ladrones, ahora verán la muerte! —Exclamó la criatura. Su cuerpo volvió a regenerarse, era algo realmente inmundo.

—Amigo Tucán, llévame rápido al corazón del pez, tengo un plan —dijo Evan con voz firme.

—Vamos amigo Evan, quiero ver qué plan es ese.

El Rey Tucán empezó a volar una vez más, la criatura los perseguía y salía por todos lados, hasta de los huesos del pez.

—¡Ahí está, ahí lo veo! —Dijo el Rey Tucán.

Evan volvió a saltar y, dando espadazos, abría camino hacia el corazón. La criatura se estremecía ante cada cortada.

—¡Maldito ladrón! ¿Qué crees que haces? —preguntó la criatura.

—¿Quieres saber qué hago? Estoy dejando de sentir miedo, para que tú ahora lo sientas —dijo Evan.

—Pero, ¿cómo te atreves a decir eso? Yo soy el guardián y nunca he tenido miedo —exclamó la criatura.

—Sé que no, pero ahora lo tendrás. No eres más que un insecto, un parásito. Y te preguntaré una cosa, ¿sabes qué le pasa al parásito si muere de quien se alimenta? —Preguntó Evan.

La criatura se petrificó al escuchar las palabras de Evan, quien tomó con sus manos la espada, la levantó y dijo:

—Mira parásito, ¡admira tu destrucción!

En ese momento apuntó con la espada y la dirigió hacia el corazón.

—¡Detente! —Dijo la criatura— Tú ganas, no quiero morir; si matas al pez yo también moriré. Te daré el tesoro, pero déjame vivir

En ese momento la criatura comenzó a regurgitar un cofre de metal, que cayó a los pies de Evan.

—¡Tómalo! Es todo tuyo —manifestó la criatura.

Evan, muy serio, se acercó al cofre y lo abrió.

—Pero, ¿qué es esto? Esto no es lo que estamos buscando, ¿dónde está el aceite? Aquí solo hay un montón de oro y diamantes, esto no me interesa.

—¿Cómo? ¿Pero de qué estás hablando? Este es el tesoro —dijo la criatura.

—Estoy buscando este aceite —y mostrándole el mapa a la criatura, le indicó lo que buscaba.

—¿Ustedes estaban buscando ese aceite?, ¿por qué no me lo preguntaron antes? Casi morimos todos por no hablar. Ese aceite está en la base de la puerta, incluso todo lo que rodea el estanque es el aceite —dijo la criatura.

—Te pedimos disculpas, señor parásito, no fue nuestra intención. Toma, conserva tu tesoro, te prometemos que no le contaremos a nadie, para que estés tranquilo en tu pez. Queremos pedirte un favor, llévanos a la salida —dijo el Rey Tucán.

—Sí, claro, con gusto los llevaré, están con suerte, no demora en despertar el pollito para empezar a danzar. Sígueme, la puerta está muy cerca de aquí —dijo la criatura.

Y así caminaron entre intestinos y sangre, lo normal dentro de un cuerpo. Era difícil tratar de no vomitar, pero al fin llegaron a la puerta y se despidieron de la extraña criatura. El pollito despertó y cruzaron la puerta, miraron rápidamente al suelo y, efectivamente, el aceite estaba ahí, tomaron un poco y continuaron su aventura.

—Oye, amigo, casi morimos —dijo Evan.

—Tienes razón, pero, además del aceite, encontraste algo más, tu valor, ¡que valiente fuiste Evan! —Dijo el Rey Tucán.

—Tal vez tenía miedo en esta aventura. La muerte ha pronunciado mi nombre como tres veces y ya era hora de enfrentarla. Amigo Tucán, mira el mapa, dice que el último aceite se encuentra en la Colina de las aves, ¿sabes algo de ello? ¿Sabes dónde queda? —preguntó Evan.

—Pues, mi querido amigo, déjame decirte que la Colina de las aves es mi reino. ¡Qué afortunado eres! Pero, claro, ¿cómo no lo pensé antes? Al lado de mi trono hay un árbol del que escurre un aceite que, al caer, hace florecer el prado. ¿Sabes?, toma lo que necesites,

amigo Evan. Ahora, sube a mi costado, te llevaré y al llegar a casa contaré nuestras historias. ¡No lo puedo creer, tu aventura ya casi termina! —exclamó el Rey Tucán.

Volaron entusiasmados hacia el reino de las aves y el cansancio no los detuvo. Sonrisas, lágrimas y una mezcla de emociones envolvían a Evan al sentir que llegaba el fin de su aventura. Por fin llegaron a su destino, luego de un viaje casi eterno; pero, algo pasaba, el ambiente había cambiado. Muchas aves se encontraban muertas en el suelo, el reino no era como antes, ya no se escuchaban los tradicionales cantos y ningún ave salió al encuentro del Rey Tucán.

—¿Que ocurrió aquí? ¿Qué les paso a mis hermanas aves? ¿Qué ser sin corazón hizo esto? —Se preguntaba el Rey Tucán, mientras alzaba los cadáveres de las aves.

—Menos mal llegaste, plumífero Rey Tucán. Cosas terribles pasaron después de que te fuiste —dijo el Águila, cuando llegó a donde se encontraba el Rey Tucán.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó el Rey Tucán— ¿Quién pudo cometer esta barbarie?

—¡Cálmate, Rey! Bebe esto para que te calmes y así yo pueda contarte todo —dijo el Águila, ofreciéndole un coco que contenía una bebida.

El Rey Tucán estaba tan preocupado, tan molesto y tan desesperado, que se tomó la bebida sin respirar.

—Ahora sí, cuéntame, hermana Águila, ¿quién hizo esto? ¡Argh! ¿Qué me pasa? ¡Argh! ¡Me duele todo el cuerpo! Mis plumas, mi pico. ¿Qué está pasando? ¡Argh!

El Rey Tucán comenzó a temblar y a convulsionar, muchas de sus plumas cayeron, su cuerpo empezó a encogerse, su pico se acortó y su grandeza desapareció. Tanto así que, era más grande el coco que él mismo.

—Ja, ja, ja. ¡Caíste, idiota! —Dijo el águila— Mi plan está completo, caíste en mi trampa, ja, ja, ja.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Eres un maldito, regresa el tamaño al Rey Tucán! —Gritaba Evan conmocionado ante lo ocurrido.

—¡No lo haré! Estaba cansado de que él gobernara, de comer frutos silvestres y asquerosas lombrices. Estaba harto de ser el segundo y de estar a su sombra. Soy el Águila, un ser único, mi pico degusta el sabor de la sangre de otras aves, en mí no hay piedad, solo perversidad. Desde hace mucho tiempo soñé con obtener el trono y, cuando el estúpido Tucán me pidió que cuidara el reino, pude reclamar lo que siempre me ha pertenecido.

—¡Te mataré! —Dijo Evan, mientras con rabia sacaba su espada y corría hacia él para lastimarlo.

El Águila levantó el vuelo y de un zarpazo le atravesó la pierna a Evan. El dolor era insoportable, sin embargo, Evan tomó la espada y alcanzó a golpear el pico del Águila, partiéndolo en dos.

—¡Tú no sabes con quien te estas metiendo, humano inmundo! —Dijo el águila— Te mataré y te comeré entero, sacaré cada hueso de tu cuerpo y lo degustaré, ven.

—¡Alto! ¡Basta ya! —Gritó el Rey Tucán, despojado de su honor— Hermana Águila, te cederé el reino sin ninguna oposición, solo te pediré dos cosas: la primera es que dejes a Evan en paz y la segunda que me dejes conservar este coco como recuerdo del día en que perdí el reino, como símbolo de tu audacia y mi debilidad. Tú ganas, hermana Águila, ¿qué dices?

El Águila detuvo su ataque mirando a la pequeña ave, que ahora era el Tucán, y dijo:

—¿Cómo puedes regalar el reino por un humano y un coco? Seré misericordioso contigo y aceptaré el trato. ¡Ahora, lárgate de aquí si no quieres que cambie de opinión y los devore!

—¿Pero qué haces, amigo Tucán? ¿Cómo hiciste eso?, y ¿por qué un coco? —Exclamó Evan.

—Cállate y vámonos, Evan, él es el nuevo rey y tú más bien ayúdame con este coco —dijo el Tucán.

Tomó el coco y colocó al Tucán en su hombro, como un pirata a un loro, y partieron de allí. Evan se dirigió en silencio a su casa. Le costaba caminar con la pierna herida pero eso no lo detuvo.

—Perdóname, amigo Tucán, por mi culpa perdiste todo, si hubiera leído el mapa esto no hubiera pasado. Las aves morirán, tu reino, tu tamaño y todo, ¿para qué? Para nada.

—Tranquilo, Evan, las aves solo siguen un corazón puro, ellas escaparán y anidarán en grandes árboles. Muy pronto, el Águila quedará sola y un reino sin aves es una cueva decorada, nada más. Mi tamaño, Evan, es el castigo por abandonar a mis hermanas. Pero, bueno, no me arrepiento. Eres un gran muchacho y te aprecio. ¿Sabes?, traje este coco para ti, tómalo.

Evan tomó el coco y lo vio por dentro, era el último aceite.

—Pero, ¿cómo hiciste eso? ¿A qué horas tú...? —Preguntaba Evan desconcertado.

—Mientras tú peleabas con el Águila, yo me escabullía, llegué al árbol del aceite y lo llené sin que se dieran cuenta. En esta vida hay sacrificios y recompensas. Y, pues, no llegamos hasta aquí para salir con las manos vacías; ahora, Evan, muéstrale al mundo que por fin habrá un humano con barba —dijo el Rey Tucán.

—Amigo mío, quédate, hemos llegado hasta aquí juntos y no te quiero dejar, permíteme alegrarme con tu compañía. Además, hay alguien a quien quiero presentarte —dijo Evan.

Luego de caminar varios días, llegaron a casa de Ana, quien al ver a Evan salió corriendo, lo abrazó y comenzó a llorar.

—¡Evan, Evan! ¿Estás bien?

—Sí, Ana, estoy bien y te pido perdón por ser tan egoísta. Quiero decirte que lo he conseguido, tengo los tres aceites, pero quiero que sepas que ya no quiero princesas ni historias. Cuando estaba a punto de morir, en la única persona en quien pensaba era en ti, tú fuiste mi valentía.

En ese momento se fundieron en un largo y caluroso abrazo acompañado por lágrimas. Finalmente, Evan presentó a su nueva camarada, el Rey Tucán, y juntos contaron todas sus aventuras.

Días después, el muchacho mezcló los aceites y los aplicó en su rostro cada noche, pero no pasaba nada; llegó a creer que eran una mentira y que realmente ningún humano era digno de barba. Después de seis meses de la aventura, se escuchó un gran grito en el cuarto de Evan.

—¡Lo he conseguido, lo he logrado!

—Y, así es mi querido Daniel, gracias a Evan los hombres tenemos barba, gracias a ese joven y a su amigo el Rey Tucán. ¡Daniel, Daniel! ¡Oh! Ya te dormiste muchacho, nunca terminas de oír mis historias. Ven, te llevo a tu cama antes de que llegue tu madre y me regañe —dijo el abuelo Juan llevando al muchacho a su habitación y poniéndolo en su cama.

—Ay, muchacho, muchos creen que yo le saco historias a cualquier cosa, pero te aseguro que, aún en las montañas, los tucanes cantan las aventuras de su Rey y de Evan el Furioso. Hasta mañana, duerme bien muchacho...

Fin

TERCER PUESTO

Batalla



Edisson Camilo Becerra Gómez
Administración de Empresas
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
edisson.becerra@uniagustiniana.edu.co

*En memoria del abuelo Vicente.
Por todas esas hazañas de su vida.*

Nuestra vieja amiga

Era una mañana clara de julio de 1938, en el hermoso valle de Miraflores en Boyacá, uno de los más hermosos departamentos colombianos. Caminábamos por el bosque con mi mamá, Celina Umaña, mi hermano Luis y mi perra, que tenía como nombre Batalla. Yo era un joven estudiante de educación secundaria, poco me gustaba hacer tareas pero sí me encantaba leer; ahora estábamos en vacaciones y debía ayudar a mamá con los quehaceres de la casa. Estos viejos bosques eran muy agradables, ricos en frutas silvestres y hogar de muchas aves que alegraban nuestro caminar con su canto, a cada paso que dábamos, sonaban como chasquidos las pequeñas ramitas y las hojas secas quebrándose bajo nuestros pies. Recogíamos leña para alimentar los fogones de la estufa, una tarea verdaderamente ardua y que poco le gustaba a mi hermano, lo notaba por su mala cara; sin embargo, el día era hermoso, algunos toches cantaban y se podía oír claramente el sonido del agua proveniente de la quebrada Batatal. Sencillamente amaba y disfrutaba los días en el valle.

Batalla permanecía todo el tiempo al lado de mamá, siempre olisqueando el piso en busca de rastros de animales, ya que a veces cazábamos conejos silvestres para la cena. Ella tenía seis años de vida y un aspecto viejo y cansado, ya no jugaba como lo hacía antes conmigo y mis hermanos, ahora solo dormía la mayor parte del día; aprendió a cazar, a vigilar el gallinero y cuidar para que no entraran los zorros, como también a recoger todo sobrado que se salía de los cuencos de nuestra comida y caía al piso. Siempre daba muchas vueltas antes de echarse en las viejas ropas que tenía por cama que, a propósito, era cálida y confortable puesto que estaba

junto al fogón de leña de la estufa. Se dejaba caer súbitamente en la cama y lanzaba un resoplido para quedarse dormida. En algún tiempo su pelaje fue negro; hoy era una mezcla de mechones blancos entre el negro profundo, creando la impresión de que se hubiera revolcado en la ceniza, era duro y le daba un aspecto hosco, pero a nosotros ya nos parecía normal, así aceptábamos y queríamos a nuestra vieja amiga. Sin duda alguna, Batalla era un miembro más de nuestra familia.

Estaba absorto en mis pensamientos, deseaba vivir en el valle para siempre; sin embargo, los adultos hablaban continuamente de las peleas y guerras entre los políticos conservadores y liberales, cuya violencia cada vez forzaba a más personas a irse del pueblo. Lo sabía porque en la escuela dejábamos de ver a algunos niños y, a veces, de regreso a casa, notábamos cómo salían con las mulas cargadas, con rumbos lejanos hacia donde no volvería a verlos. Yo no entendía de política y no quería saber de nada de eso.

Cajuches

—¡Vicente, tu hermano va a coger las espinas! —Me alertaba mamá para que acudiera en ayuda de mi torpe hermano.

—¡No cojas las ramas con puntas! —Le dije a mi hermano Luis en tono regañón, mientras lo sacudía por el brazo— ¡Y no vayas a llorar!

—Ayuda a tu hermano a atar la leña, parece que en un rato lloverá, nos devolvemos para la casa —me decía mi mamá mientras se cargaba en la espalda el pesado bulto de leña seca que aguantaría apenas unos dos o tres días para alimentar los fogones.

A veces, mi mamá podía predecir el clima con solo mirar al cielo. Ella decía que si las aves se alborotaban sería porque se avecinaba el agua, y justo ahora era así, las aves revoloteaban sobre las copas

de los arboles lanzando trinos de alerta cerca de sus nidos; por lo pronto debíamos volver a casa.

—¿Dónde esta Batalla? —Preguntó mamá.

Terminando de hablar, le oímos ladrar cerca y mi mamá le gritaba para que viniera pero no obedecía.

—Nos tocará ir a buscarla —dijo un poco molesta, mientras terminaba de acomodar en su espalda la pesada carga de leña.

Empezamos a caminar; mamá llevaba un buen paso a pesar del peso en su espalda y, al poco rato, guiados por los ladridos de Batalla, comenzamos a seguir un sendero poco marcado, pero demasiado ancho para ser camino de zorros o conejos, el cual me causó curiosidad aunque no reparé en ello y seguí caminando detrás de mamá, tomado de la mano de mi hermano. A cada paso, se hacía más densa la mezcla de ramas que se entrelazaban entre sí, batallando en una carrera por obtener la luz del sol, que se colaba por en medio de las hojas de los arboles más grandes.

Tras caminar unos tres o cuatro minutos, llegamos a un pequeño claro del bosque. Aún recuerdo claramente la escena, olía horrible y fuerte, como las cocheras de los cerdos, los arbustos estaban aplastados contra el piso, un árbol de Pomarrosa silvestre, al fondo del pequeño claro, tenía marcas como si algo lo hubiera raspado. No entendía qué había pasado allí, hasta que mi mamá, en tono sorprendido y con un tinte de preocupación, dijo en voz baja: “cajuches”. De inmediato, sentí frío el estómago y como si se quedara vacío repentinamente, el miedo se apodero de mí, puesto que estábamos cerca de un nido de cajuches. Lo sabía porque mamá me había hablado de ellos; son animales temperamentales, su aspecto es un poco parecido a un cerdo con dientes grandes y afilados, algunos de los más viejos tienen colmillos prominentes y los clavan en sus presas embistiéndolas, su pelaje es duro y como agujas que,

si se te clavan, te hacen doler por semanas, además, son grandes, fuertes y lanzan gruñidos que te hacen temblar.

Nunca había estado cerca de un cajuche, de vez en cuando veíamos desde lejos rondar alguno con sus crías cerca de la casa, pero mamá hacía sonar estruendosamente las tapas de las ollas y se alejaban corriendo.

Allí, en aquel pequeño claro del bosque, encontramos a Batalla, que estaba rabiosa, tenía las orejas paradas y la cola recta, se agachaba y gruñía como cuando iba a atacar a los zorros en el gallinero, latía en toda dirección y con cada ladrido pegaba un pequeño salto. El piso estaba revolcado y un poco polvoroso, lo que indicaba que habían estado allí hace poco y podrían seguir cerca. Mamá cogió una rama y espantó a Batalla para que no ladrara más, pero seguía sin hacerle caso; rápidamente soltó la leña que rodó montaña abajo y alzó a mi hermano, con un ligero empujón en mi espalda me indicó la dirección por la que debíamos huir y empezamos a correr. Sin embargo, ya era tarde.

¡Empezó a llover!

De entre los matorrales, y por detrás de nosotros, saltó una enorme bestia negra con colmillos prominentes y pelaje denso; llegaba un poco más arriba de mi ombligo, rebufaba mientras arrastraba una de sus patas por el suelo, agachando la cabeza como lo hacen los toros cuando están bravos. Batalla lo encaró y se lanzó a morderle las patas, pero nuevamente mamá me empujó y yo sentí ganas de llorar porque mi pobre amiga Batalla sufriría mucho en este combate, si no era que moría, y yo no la podía ayudar; solamente debía correr.

—¡Vicente, busca un palo grueso! —Me grito mamá con apuro, ahora que nos habíamos detenido cerca del río.

Entonces, sentó a mi hermano en una alta división en forma de Y en un árbol de tronco grueso; ya habíamos corrido bastante y apenas logré conseguir el palo, mamá me lo quitó y me gritó que me subiera al árbol y me quedara con mi hermano. Vi en la cara de mi mamá el desespero, el miedo y la angustia que sentía, sabía que ella solo buscaba protegernos y que con ese palo arriesgaría también su vida por hacerlo. Todo esto también significaba que no dejaría atrás a nuestra amiga Batalla, por eso no cruzamos el río, porque mamá pelearía a su lado para que regresáramos a casa juntos.

Un resplandor blanco surcó el cielo, el rugir del trueno dejó caer las primeras gotas de lluvia y pronto su sonido sería un ensordecedor zumbido, que estallaba del forcejeo entre las gotas que caían y las hojas de los árboles intentando no dejarse desprender y caer al suelo.

Antes de trepar al árbol, me llené de piedras lo bolsillos pues era la única forma que se me había ocurrido para poder ayudar en el combate, en caso de que fuera necesario. Mamá me indicó que vigilara por si veía a Batalla aproximarse por la ladera de la montaña o a algún cajuche, mientras ella observaba la ribera del río, por si cruzaban por allí.

—Batalla es vieja y lista como tu madre —me dijo mamá, pues sabía que temía por ellas.

La lluvia ya empezaba a arreciar y a empaparnos la ropa, mi hermano Luis empezó a llorar y junto con él mis ojos dejaron caer algunas lágrimas que se mezclaron con la lluvia. No podía evitar pensar en todas las cosas malas que podrían suceder, quería ayudar, quería ser grande y fuerte para proteger a mi mamá y mi vieja amiga Batalla.

De repente, vi un rápido movimiento en los arbustos de la parte alta. Batalla venía hacia nosotros y detrás de ella corrían dos de las

enormes bestias; mamá gritó y aumentó mi preocupación, desesperadamente lancé una piedra contra una de las bestias y no logré pegarle pero sí llamé su atención. Ahora el enorme animal se dirigía hacia nosotros, corría muy rápido; Batalla pareció darse cuenta y cambió de rumbo, se dirigió al río como intentando deshacerse del animal que la seguía, pues estos le temen al agua. Así fue, Batalla saltó sobre dos rocas sin dejarse caer al agua y hasta allí el gran animal no podía seguirla, por lo que cambió de rumbo y se perdió de nuevo entre los arbustos.

Cuando el gran cajuche cambió de rumbo, Batalla corrió de nuevo hacia nosotros. El otro cajuche, que se dirigía directo hacia mamá, ya había avanzado bastante puesto que la roca que le lancé había provocado su ira; se aproximaba corriendo ladera abajo mientras que yo tiraba más piedras. No sé cuántas lancé, solo sé que logre asestarle dos golpes en el lomo y, sin embargo, la negra bestia seguía corriendo como si una gota de lluvia la hubiera impactado.

Mamá tomó el palo con sus dos mano y situó cada una cerca de la punta, inclinó su cuerpo hacia adelante y se preparó para recibir la embestida; interpondría entre ella y el animal aquel pedazo de madera, que se veía un poco desgastado, y noté cómo tensionaba su cuerpo y situaba un pie por debajo de la hojarasca del piso. En ese momento no supe por qué lo hacía, pensé que buscaba tierra firme para no resbalar con el impacto, pero mamá tenía razón, era vieja y muy lista.

Cuando el animal venía a una distancia media, mamá levantó el pie como pateando el piso y consigo levantó una mezcla de hojas, barro y agua, que se interpuso entre ella y la bestia. El animal seguía su carrera buscando embestir a mamá, pero ella ya estaba preparada y tenía un plan; rápidamente sus manos cambiaron de posición y con las dos puso el palo en alto, tomándolo por un solo extremo, como si de una espada se tratara. Irguió completamente su cuerpo, el animal ya traspasaba la barrera que mamá había

hecho con su pie y sin darse cuenta había caído en la trampa de mi astuta madre, ya no podía reaccionar, su pesado cuerpo y el impulso no le permitieron cambiar el rumbo y mi madre, con un gesto de ira y coraje, dejó caer el pesado palo, con toda la fuerza que le permitía imprimirle su cuerpo, justo sobre la cabeza del animal, que de inmediato lanzó un chillido y cayó súbitamente. La gran bestia quedó rodando sobre su panza por el enlodado suelo y su propio peso la empujó casi hasta el borde del río.

En ese instante, Batalla completó su carrera y llegó hasta nosotros, olisqueó con cautela el gran cajucho que yacía junto a la ribera del río y regreso hacia mamá, jadeando y con gran agite. A juntas se les notaba el cansancio y vi del rostro de mi madre salir una de esas sonrisas que te hacen sentir en casa, pero no me la dedicó a mí ni a mi hermano, sino a nuestra aliada y gran amiga, Batalla.

Mamá rasgó del borde de su falda una tira de tela y con ella y una rama gruesa ató las patas del animal, así, si llegaba a despertar quedaría inmóvil y no representaría un gran riesgo nuevamente; sin embargo, la tranquilidad no duró tanto.

Batalla se puso de nuevo alerta y ladraba hacia la parte alta de la montaña, mi madre se puso en pie rápidamente y buscó el grueso palo que le servía como arma, entonces vimos venir corriendo nuevamente el segundo cajucho que Batalla había despistado en el río. Nuestra vieja amiga ya no corría, solo se puso en posición de combate y a su lado mi madre de nuevo tomó el palo en frente por cada extremo y juntas esperaron la gran bestia que superaba en tamaño a la anterior.

El amor de una madre

La lluvia había arreciado y el río a nuestras espaldas empezaba a crecer amenazante, el cielo rugía y parecía más aterrador que siempre; el viento empujaba los árboles haciendo que las ramas

chocaran entre sí y todo parecía una película de terror. Sin embargo, nadie se fijaba en ello. Yo, en medio del pánico, me preguntaba si vendrían más cajuches, si quedaríamos aquí atrapados, sin más ayuda que la sabiduría de mamá y la valentía de Batalla.

El gran cajuche parecía terriblemente furioso y, a pesar de la distancia, logré escuchar que resoplaba y rebufaba; sin embargo, no atacaba, solo se limitaba a chocar las patas contra el suelo de forma amenazante y correr en círculos pequeños aproximándose un poco y retrocediendo rápidamente. De repente recordé que en nuestra casa ya había visto esto, los animales se comportaban así cuando alguna de sus crías estaba lejos de ellos, lo que me hizo preguntarme si acaso aquel pesado y terrible animal que permanecía en el suelo junto a nosotros sería la cría del que, amenazantemente, lanzaba desesperados gruñidos.

Al parecer, mamá también se percató de ello y retrocedió un poco, con un vistazo rápido volteó a ver el animal tirado en el piso para asegurarse de que seguía allí.

—¡Vicente! —Me llamaba mamá en tono firme.

—¡Señora! —Respondí formalmente, como me había enseñado mi maestra.

—Este animal es la cría del otro —decía, refiriéndose al cajuche que ya había derrotado, mientras lo señalaba sutilmente con el codo en un ligero movimiento sin perder de vista su contrincante.

—Sí, mamá —respondí de inmediato.

—No se va a ir hasta que le dejemos ir la cría, pero no podemos soltarlo o podría atacarnos.

Nuevamente, volteé a ver hacia el río, había crecido bastante; sus aguas turbulentas producían un ruido ensordecedor y en ese momento vi a alguien del otro lado haciendo señas de saludo agitando de lado a lado por sobre su cabeza una rama. Tardé unos

instantes en reconocer la figura y deducir que era mi hermano Emilio, mi hermano mayor. Él era muy habilidoso y sabía defenderse solo, una vez incluso sobrevivió solo por varios días en estos bosques. Mi hermano era astuto y fuerte, por lo que me causó una gran alegría y un alivio verlo; sin embargo, no podía llegar hasta nosotros, ya que la fuerte corriente del río, que llevaba piedras y troncos consigo, podía ahogarlo o herirlo gravemente.

—¡Emilio está del otro lado del río, Mamá! —Le dije a mi mamá mientras lo señalaba.

Ella lo miró con la cara llena de alegría y supuse que también sentía alivio como yo. Rápidamente me voltee de nuevo hacia mi hermano, mostrándole muy enérgicamente el lugar en el que permanecía tumbada la cría del cajucho; Emilio se estiró para lograr verlo y, al darse cuenta, aumentó su preocupación, miró hacia el río y retrocedió un poco, pensé que se lanzaría para cruzarlo, sin embargo, no lo hizo, así que miró nuevamente hacia la parte alta y comenzó a correr río arriba, mientras hacía un gesto para que lo esperáramos, de la misma manera que la mamá Cajucho esperaba a que su cría despertara.

Esto hizo que surgieran nuevamente varias preguntas, ¿acaso esta mamá sentía preocupación y tristeza al ver a su hijo tumbado tras la lucha con mi mamá?, ¿acaso pretendía protegerlo al igual que lo hacía ahora mi mamá conmigo y mi hermano?, ¿podría ser que esos gruñidos fueran de angustia, tristeza y desesperación por su cría?

Las respuestas no podría saberlas, sin embargo, me sentí muy mal al pensar que estas dos madres querían proteger a sus hijos, ambas por instinto, por amor y solo porque querían lo mejor para ellos. Justo en ese instante, encontré el valor de los regaños de mamá tratando de enseñarnos a mis hermanos y a mí las cosas que ella a su vez aprendió de mi abuela. Comprendí que ella nos amaba al punto de arriesgar su integridad en esta lucha solo para

protegernos. Sentía oprimido el pecho de solo pensar en lo duro que ella trabajaba cada día para poder servir en nuestra mesa un plato de comida caliente, para poder mantenernos bajo un techo seguro y seco. Recordaba cada una de esas veces en las que, a pesar de estar enferma, se levantó para alistarnos, preparar nuestras meriendas y llevarnos hasta la escuela. En ese momento comprendí que una madre ama sinceramente a sus hijos y dedica su vida a buscar lo mejor para ellos.

Un fuerte ruido me sacó de mis pensamientos, la lluvia había menguado un poco pero seguía tronando fuertemente, el enorme cajucho había decidido atacar, corría zigzagueando ladera abajo y Batalla se adelantó también corriendo a su encuentro. Cuando se había aproximado lo suficiente, se agazapó y saltó por un lado del enorme cajucho; una vez que pasó por su lado, saltó de nuevo y mordió una de las patas traseras de la enorme bestia que lanzó un resoplido cuando juntas cayeron rodando montaña abajo. Entonces, Batalla se puso en pie rápidamente y el pesado animal se demoró unos instantes más; mientras tanto, Batalla se había posicionado en la parte más alta del tronco de un árbol caído y saltó directamente hacia el cuello del cajucho, que se sacudía intentando quitarse de encima a nuestra vieja amiga. La pelea era intensa pero al menos la lluvia cedía un poco.

Justo cuando parecía que Batalla sería la vencedora de este combate, el pesado animal hizo algo inesperado: con las fuerzas que le quedaban, se puso en pie y se lanzó en ristre contra batalla, puso su cabeza abajo y embistió a nuestra gran amiga, a quien el cansancio no le permitió reaccionar y con resignación esperó la embestida.

Batalla lanzó un chillido de dolor, mientras que mamá y yo gritábamos impotentes; de los ojos de mi madre se desgarraron lágrimas que reflejaban la gravedad de lo que pasaba. Yo sentía mucha rabia y le pedía a Dios que todo acabara pronto, lloraba con ira y

desesperación, todo era como una pesadilla y me acurruqué abrazando mis piernas para evitar ver más. De repente, no sé cómo, mi hermano Emilio apareció por entre los arbustos, traía consigo una sogá y la pala con la que había estado trabajando en los cultivos, rápidamente pasó la mirada por todos nosotros hasta que halló a Batalla y al cajuche que embestía a nuestra amiga una y otra vez y con cada golpe le hacía emitir gemidos de dolor. Al parecer, a mi hermano también le dio mucha rabia, en su rostro se notaba cómo se llenaba de coraje y con determinación aventó una gran roca hacia el animal, lo que llamó su atención y permitió que pudiera asestarle un gran golpe con la pala por el lomo, lo que hizo que el animal cayera al suelo sin energía ni aliento para continuar en combate. Mi madre corrió hacia Batalla y de un salto yo bajé del árbol; mi hermano se dejó caer de rodillas junto a ella y mi madre al verla gritó de nuevo con rabia, puesto que estaba muy herida. Yo traté de aproximarme, pero mamá con un gesto me mandó a quedarme donde estaba.

Mi hermano se quitó la chaqueta y la puso en el suelo extendida, con cuidado intentó alzar a Batalla y ponerla encima, sin embargo, sus chillidos eran tan fuertes que mi hermano apuró el movimiento para no causarle más dolor. Recuerdo que mi hermano Luis también bajó del árbol y se chocó contra el suelo tragando un poco de barro.

—Hay que llevarla pronto a casa —dijo mi mamá a mi hermano Emilio.

—Tal vez no aguante, está sangrando mucho —contestó mi hermano mientras miraba a Batalla entre su chaqueta un poco aterrado y consternado.

—¡Sí aguantará!, llévala con cuidado —dijo mamá, regañando un poco a mi hermano.

—Sí, mamá, démonos prisa.

Mi hermano alzó a Batalla con mucho cuidado y la llevaba envuelta en sus brazos como si de un bebé se tratara. Mi madre tomó una navaja del cinturón de mi hermano y se dirigió hacia la cría del cajuche, su mirada estaba llena de ira, no sabía lo que iba a hacer mamá, pero pensé en lo peor, me interpuse en su camino y le dije que no lo hiciera, pero ella me quitó de un empujón y me gritó que mejor alistara a mi hermano Luis para irnos. Pasó por mi lado y me quedé mirando lo que hacía. Pero, comprendí que, por más ruda que fuera y en ocasiones un poco tosca, en el corazón de mamá reinaba el amor de madre. Con la navaja cortó las ataduras de las patas de la cría, que aún continuaba junto al río, para que cuando despertara se pudiera marchar con su madre que resoplaba cansada y rebufaba muy cerca de donde estaba mi hermano con Batalla.

—Podemos cruzar el río por el alto —aseguró mi hermano Emilio, mientras empezaba a caminar.

—¡Vicente, agarra a Luis! —me dijo mi mamá con la seriedad que la caracterizaba.

Asentí con la cabeza y agarré a mi hermanito de la mano. Cuando cruzamos los arbustos, recogí la soga que traía mi hermano y continuamos caminando, cruzamos el río por la parte alta de la montaña, en donde ya había cesado la lluvia y las aguas empezaban a calmarse. Este regreso a casa me pareció el más largo de toda mi vida y con cada paso que dábamos nuestra vieja amiga Batalla perdía sangre.

¡Por favor, abre tus ojitos!

Llegamos a casa y apenas podíamos ver el camino, parecía que el sol nos hubiera esperado para guiarnos con sus últimos rayos antes de irse a descansar. Los últimos tramos del camino avanzamos a paso muy rápido, casi corriendo, puesto que el bosque quedaba

en completa penumbra al anochecer y no llevábamos con nosotros lámparas de aceite o velas.

Al entrar a casa, el resto de mis hermanos estalló en algarabía, todos hablaban a la vez, unos reían y otros lloraban de hambre, situación que mamá interrumpió con una mirada feroz mientras impartía instrucciones a cada uno. A mi hermano Arturo lo mandó a traer toallas limpias y a mi hermano Jorge agua fresca y limpia, mientras ella avivaba el fuego de la estufa y ponía uno de los fierros a calentar dentro de las llamas. Batalla permanecía dormida, se notaba en su respiración la fatiga y dificultad para tomar aire; mi hermano Emilio vigilaba sus heridas y, al parecer, algunas ya habían parado de sangrar, solo que en su cuello había una gran abertura de la que brotaban chisguetes de sangre a cada movimiento. Al final, resultó que uno de los colmillos del cajucho se le había clavado en el cuello.

—Apártense todos —nos ordenaba mamá para que no estorbáramos a la luz de los candelabros.

Nos ubicamos en torno al comedor, desde donde todos podíamos ver lo que sucedía. Mamá lavó las heridas de Batalla con abundante agua, seguido de lo cual, cortó con unas viejas tijeras de esquilar la mayoría de los mechones del pelaje que se extendían sobre las lesiones y heridas; nuevamente lavó y secó, retiró del fogón el delgado fierro, que se había calentado lo suficiente para que mamá pudiera poner sobre él algunas agujas que enhebró rápidamente con hilo azul. Posteriormente, las pasó por agua y se dispuso a cerrar cuidadosamente la abertura del cuello de nuestra amiga Batalla.

Mamá temblaba y sudaba; al terminar de coser, espolvoreó un poco harina de maíz sobre la gran herida que ya había dejado de sangrar y luego envolvió con tela limpia el cuello y lo ajustó para que, según ella, la presión no permitiera que se abriera de nuevo.

Terminado esto, dejó a batalla muy bien abrigada y cómoda en su cama para que descansara, aunque ella aún respiraba con bastante dificultad.

Lavamos y limpiamos la sangre derramada, recogimos los mechones de pelo cortados y nos dispusimos a cenar, nadie hablaba, nadie reía y mis hermanos no se atrevían a preguntar lo que había sucedido. Esa noche todos nos fuimos a la cama en silencio, estoy casi seguro de que en nuestras oraciones mis hermanos y yo elevamos plegarias por Batalla.

A la mañana siguiente, me levanté temprano, me dispuse a hacer mis deberes, me cepillé los dientes y me bañé el cuerpo, fui a ver a Batalla pero esta aún no despertaba, seguía dormida en la misma posición en que mamá la había dejado la noche anterior. Me percaté de que su respiración había mejorado y las heridas parecían haber secado, sentí alivio a pesar de que deseaba con todo el corazón haberla encontrado despierta.

Mamá me dijo que el agotamiento y la pérdida de sangre por el combate con el cajúche le habían dejado muy débil, y que mis hermanos y yo debíamos dejarla descansar.

—Vicente, ve a llevarle las onces a tu hermano Emilio a los cultivos —me ordenó mi mamá mientras yo asentía con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas—, regresen juntos para el almuerzo.

—Si mamá —respondí mientras recibía de sus manos la mochila con el menaje para mi hermano e iniciaba cabizbajo mi camino.

—Todo estará bien —me dijo mamá a la vez que animaba a mis otros hermanos para que me acompañaran.

Todo el camino recordé y pensé en las horribles cosas que habíamos vivido el día anterior y trataba de animarme pensando que todo ya había pasado. Llegué a los cultivos un poco sediento, repartí sorbos de agua para mis hermanitos y entregué a mi hermano

Emilio su merienda; a su vez, él me preguntó si había alguna novedad con Batalla, a lo que negué con la cabeza mientras acomodaba a mis hermanos a la sombra de un Guamo. Bajé algunas vainas de guama y comimos sus dulces frutos mientras llegaba la hora de regresar para almorzar.

Así transcurrió también el siguiente día y el siguiente, hasta que en la cuarta noche la desesperanza se apoderó de mí. Esa noche me arrodillé en el piso junto a la cama de Batalla y acaricié su cabeza, temía que mi vieja amiga perdiera esta lucha por vivir. Me acerqué a ella y en su oído le imploré que no se fuera y que por favor despertara.

Mi hermano Luis y mi hermanito Jorge también se arrodillaron junto a mí y acariciaron su lomo. Desde el comedor, mi hermano Arturo observaba hasta que rompió el silencio exclamando:

—¡Por favor abre tus ojitos!

En ese momento, mamá dejó caer por sus mejillas algunas lágrimas y se puso en pie para servir más colada de maíz caliente en nuestros cuencos; nos sentamos de nuevo a la mesa, sorbimos la colada caliente y nos dispusimos a dormir llenos de tristeza.

En lo oscuro de sus ojos

Desperté con el cantar de los gallos y el cacarear de las gallinas, aún estaba un poco oscuro pero el sol ya despuntaba sus primeros rayos a través de la pequeña ventana de nuestra habitación. Mis hermanitos pequeños aún dormían y en la habitación faltaban dos personas, una era mamá y la otra era mi hermano Emilio.

Me acomodé los alpargates, fui a cepillarme los dientes y por el camino me percaté que de la cocina provenían algunas risas y las velas estaban encendidas; me acerqué un poco extasiado, de nuevo

tenía fría la barriga, el corazón me palpitaba muy rápido y al llegar a la puerta vacile un poco antes de entrar, sin embargo, mi mano se extendió hasta el pomo de la cerradura y empujé mientras entraba. Al avanzar vi el rostro de mamá iluminado con una gran sonrisa viéndome y al estar completamente adentro vi a mi hermano Emilio con Batalla alzada en su regazo viva y despierta.

En ese instante, todo se detuvo, sentía alegría, mucha alegría, no me salió palabra alguna, tal vez por un momento balbuceé un poco, pero al final mis labios se abrieron en una gran sonrisa, un poco melancólica, ya que las lágrimas no se hicieron esperar. Di algunos pasos y me arrojé sobre mi hermano Emilio y Batalla, la abracé, la abracé como nunca y la envolví con mis brazos sin apretarle pero con mucho amor. Duré así, un instante, asimilando lo que sucedía, era realmente feliz y teniéndola así logré sentir y ser consciente de su agitada respiración, de la rigidez de su pelaje y su característico olor a perro.

Batalla había librado la que tal vez sería su más grande lucha y ella solo nos miraba como si no entendiera lo que pasaba, como si solo esperara que mamá sacara del fogón esa comida que olía delicioso y compartiera un poco con ella, como si ignorara que todos en casa estuvimos tan preocupados porque nuestra vieja amiga siguiera con vida.

Algunas veces, mi maestra decía que los animales no piensan, no razonan y no distinguen sus sentimientos y emociones, pero yo pienso lo contrario. Viendo los ojos de Batalla estoy casi seguro de que ella comprendió nuestra gratitud, viendo esos ojos de color oscuro profundo podría asegurar que Batalla decidió luchar por protegernos, Batalla reaccionó en un humilde acto de valentía y lealtad arriesgando su vida, la misma que estuvo a punto de perder, porque ese vínculo que nos une a un ser querido le empujó a encarar un gran oponente.

Nosotros amábamos a Batalla y estoy seguro de que, aunque ella no pudiera hablar, también nos amaba y con este acto nos lo confirmó. Un día, el cura del pueblo dijo en misa que Dios creó a todas las criaturas por amor y que bendecido sería aquel que aprendiera a cuidar la creación y a entregar ese amor sin distinción. Yo no sé si contaré con la bendición de Dios, pero sé muy bien que Batalla me enseñó que, cuando quieres a alguien, ningún esfuerzo es en vano, que el amor se puede encontrar en cualquier forma, en cualquier situación o presentación, pero debemos ser lo suficientemente humildes para reconocerlo y aceptarlo de quienes por bien nos lo dan.

Batalla vivió varios años más y esta es una de todas las lecciones que nos dejó nuestra vieja amiga y una de tantas hazañas que mi abuelo Vicente vivió junto a ella.

Fin

PRIMERA MENCIÓN

Trastorno

.....

Geraldin Chuquen Salamanca
Tecnología en Gastronomía
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
geraldin.chuquens@uniagustiniana.edu.co



No sé exactamente cuándo ha sido, ni cómo acabé de esta manera. No comprendo el tiempo de mi llegada, ni mucho menos el día que terminó siendo la eternidad de mi condena, el día en el que cortaron mis alas y me encerraron entre las palabras, que nunca se escapan, en la infinidad del reloj del mundo, que nunca para, el día en el que mis pocas esperanzas se vieron empañadas por la niebla de la crueldad. Sí, así como resulta ser sencillo atrapar a un ave dentro de una jaula, yo había sido encarcelada, en el lugar más helado y miserable, desolado, invadido por olores nauseabundos, completamente insoportables, con nada más que la compañía de la eterna oscuridad, la única acompañante ante la desesperante agonía de mi martirio y, como de costumbre, no pretendía llegar a obtener la compasión de nadie, ellos...

Podrán decir lo que quieran, podrán burlarse de mi piel blanca como las hojas nuevas de los libros ingenuos, esa piel tersa y suave que ahora casi por completo anda cubierta por la mugre que, así como la nieve en invierno abriga los árboles, cuya calidad torturante de bacterias miserables acumuladas a mí me acompaña y petrifica mi piel. Podrán pensar que mi desquiciada y retorcida mente, moldeada a causa de los incontables suplicios y condenas que presencié en todos estos años... O días... O tal vez horas, tan solo manifestó reprensiones a una niña malcriada y caprichosa; pero estoy segura de que, si en estos momentos les mostrase mi rostro, ese rostro demacrado por los espasmos de los golpes, finalmente, ya no sería una vil mentirosa.

Aún recuerdo el sótano, aquel lugar oscuro y profundo con cadenas pendidas desde el techo, un techo impregnado de olor a sangre, sangre putrefacta, resbalándose por todas partes. Entre las paredes del rincón de la derecha había un cráneo con pedazos de carne que aún conservaba su lengua, partida a la mitad, y su ojo enganchado por los nervios ópticos, los cuales eran tan inservibles como yo en esos momentos. Ocupaban un espacio como masa

desecha en la tierra, que nadie jamás usaría de nuevo, y clavados con alfileres atraían a millones de moscas sedientas de su sustancia. Pronto la escena se robó la obra y allí, al frente de la calavera descompuesta, una larga mesa con púas y cuchillos puestos boca arriba estaban dispuestos a desmembrar cualquier agonizante cuerpo que intentase luchar. Consumiéndome entre las sombras de la luz, no tenía oportunidad de ganar, pues los gritos encerrados entre el eco del desdichado se quedaban incrustados sin poder salir al exterior. Miles de crímenes con sabor a carne, a esa carne cruda que estilaba la sustancia del pecado, el pecado más amargo, que se dejaba perseguir con tan solo poner un pequeño suspiro dentro de él ¿Ya te imaginas? Lo escalofriante que debe ser entrar, sintiendo que los ratones están deseosos de comer tus restos, cuando por fin te hayan torturado. Te aterroriza el simple hecho de imaginar esos martirios apetitosos, nada más horripilante que el anuncio de tu muerte y nada más desesperante que el esfuerzo perdido en tu lucha contra el verdugo causante de tus pesadillas.

Así era como se vivían los días en la profundidad de aquel lugar, sin poder saber si era de día o de noche, pues, ¿cómo saberlo? Si la luz de la vida no se asomaba por la sofocante oscuridad y, en vez de confrontarla, se vendía a la dama trayendo a sus pies nueva comida, sin siquiera pedirlo. Sin embargo, a mí me agradaba, me parecía extremadamente excitante ver cómo las sombras se tragaban a pedazos la poca luz que irradiaban los minúsculos ojos de los ratones. Eso me hacía recobrar mi yo interior, ese interior que lloraba a lo largo de este día que no terminaba, pero...

¿Y quién soy yo? Bueno yo soy una mujer; mi cuerpo, que había terminado aglomerando la grasa de la ansiedad, ahora estaba esquelético a causa de la desnutrición; mis labios, que en unos años habían enloquecido a muchos, ahora ya no podían incitar al pecado, su color intenso y su carnosidad se sumergieron en las mordeduras, que con ira me propiciaba para sentirme en vida; mis

cejas expresivas e intrigantes, que transmitían siempre rivalidad, continuaban afligidas desde el comienzo del dolor... ¿Mi personalidad? ¿Lo que en esencia era? Pues bien, solo hay un algo que decir: jamás nadie pudo ni podrá conocerme completamente, pero tampoco me desconocerán en lo absoluto como para no aterrorizarse con mi presencia. De esta forma es como puedo asegurarle al mundo que el exilio y el encierro lograron transformar mi incorregible libertad lo suficiente como para entender que nadie vuelve a ser lo mismo cuando lo quiebran.

Para cada humano en este mundo banal existen diferentes formas de sentir dolor, desde la fractura de un brazo o el fin de una relación. Sin excepción, cualquiera ha sido participe de romperse un poco, de eso a lo que llamamos morir por dentro. Pero, en mi caso, mi dolor se expresa de la siguiente manera, en mi cautiverio, así lo viví. Las manos frías y desquiciadas empuñando cuchillos que desquebrajaban cuerpos inocentes, en una mesa llena de sangre, de tu sangre, de esa que ya no sientes que es del todo tuya, con los pedazos de la carne putrefacta dejada ahí como evidencia viva de otros humanos violentados, con los clavos impregnándose hasta los huesos. Encadenada boca abajo, de vez en cuando, también sentía mi sangre bajando hasta mi cabeza, la horrible presión se hacía presente, el cerebro aplastado por mi líquido vital, mientras mis tobillos amordazados pendían desde el techo. Se notaban pálidos como el lienzo. Cada pequeña gota de mi esencia en sí, en esas eternas horas, buscaba un lugar en mi cabeza donde pudiera reposar. Obligada a la más grande locura, a la más grande demencia, terminaba con un trozo del cuerpo de un ratón entre mi boca, el mismo que en muchas ocasiones se comía mi carne muerta y se refrescaba con mi orina, esa orina que marcaba los rincones del sótano.

Terminaba tragándome todo aquel deleitante cuerpo diminuto, que salpicaba con cada crujiente mordida, cuyos huesos pequeños

trinaban rompiendo mis dientes y mezclándose con las heridas de mi boca. Mi garganta se rasgaba y nuevamente más sangre salía, ese líquido vital que, en este relato y en muchos más, hace su presencia, exigiendo con autoridad ser nombrado, dada la importancia que tiene para el humano. Esta es una majestuosidad del ser viviente, el mar que corre en el mundo que es cada cuerpo, un sinfín de sucesos en el que es inevitable su presencia, más aun en aquellos en los que las balas de cada frente quienes impactan a sí mismos y los cobardes con manos prolijas se inyectan de soberbia, disfrutando la agonía de los pueblos ignorantes.

Sin la oportunidad de ver al menos mi sombra, entendía por qué al eco le daba tanto miedo entrar. Su escabullida me parecía siempre coherente. Lentamente y sin darme cuenta el silencio se tragaba mis palabras, había acabado por olvidar algo tan sencillo como lo era hablar, como lo era el porqué de mi estadía y lo más importante: quién era yo...

Todo eso tenía una razón, pero yo, yo no la encontraba, yo no la merecía, no merecía cada uno de esos castigos y, aunque mi sufrimiento no afectaría a nadie, deseaba que en algún momento con terror la gente relatará mi pesado infierno. Probablemente, llegaría a ser insignificante, un ser sin palabra, sin valor, el inocente encarcelado, el cebo utilizado, nada en un mundo con todo, el grito a los vientos que nunca llegó a ningún lado, ese grito que se disipó en el silencio, el día que nunca comenzó. Pero, seguramente, sí sería la oscuridad, una mínima parte de ella, pero ella en sí. Aprendí a convivir con su paciencia, aprendí que la luz no me alcanza porque yo soy el mal. Si llegase a salir, yo sería la corrupción, sería la miseria y la crueldad del inocente, del culpable y del que solo observa...

No sé qué día ha llegado, sin embargo, he empezado a sentir un dolor extraño, un dolor en particular que no está causado por las torturas físicas, es un dolor que contamina mi corazón, se

transporta por mis venas. En lo más profundo, donde los ilusos niegan que existe algo más, en mi alma, este se descarga y un vacío doloroso termina por empapar todo mi ser. Y es que, lastima tanto, me hace sentir como si una pieza de mi rompecabezas estuviera extraviada entre tantos fragmentos arrancados a la fuerza, algo así como cuando se olvida algo, pero se sabe que aún persiste en sí. Por primera vez en tanto tiempo, tengo un miedo escalofriante, un miedo que se pasea entre mi mente y paraliza mi cuerpo, un miedo que astutamente se oculta cuando quiero sacarlo. No me deja pensar claramente, me está desesperando, este temor me da ganas de vomitar, quiero arrancarme el corazón, quiero que deje de latir, quiero ver cómo poco a poco me ahogo en mi propia sangre, quiero parar este absurdo latir, esos latidos que solo son el camino más insensato y lamentable del ser humano.

He soñado antes con una tortura, una exquisita tortura, que me obligará a arrancarme los órganos. Pero, al parecer, mi secuestrador no es muy ingenioso, últimamente se ha vuelto muy repetitivo y el dolor que me provocaba a diario no es nada comparado con este aburrido sufrimiento físico. Estoy segura de que, si tuviera las herramientas necesarias para destruirme el alma, ya lo hubiera hecho hace mucho; aunque, a decir verdad, no creo ser capaz de dejar este mundo oscuro, el mundo que me ha acompañado toda la vida... ¿Toda la vida? No, así no es, yo no he estado encerrada toda la vida, yo también tuve mamá y papá, nunca hermanos, nunca amigos, pero si mamá y papá, y con eso siempre me bastó. Entonces, ¿por qué?, ¿por qué sigo encerrada?, ¿acaso no deseo verlos?

Ahora lo recuerdo, ellos no me querían, ellos también me maltrataron, por eso no dudé el día en que los maté. Disculpa si me estoy riendo, pero me alegra haberlos torturado hasta su yaciente última palabra, como símbolo, como resultado, como sentencia a lo que había sentido yo: ese verdadero martirio, que lograba el estrepitoso

movimiento al retorcerse de dolor, en el que los latidos incesantes acrecentaban el ritmo y, en cada brusco e indeleble ataque, el temor de quedarse intactos por las agujas o clavos resultaba tan profundo como dejar la cara petrificada de la tortura en sus rostros ineptos y malévolos. Así, de esa manera irracional era como cada día, al ponerse el sol, mi agonía me absorbía en el gran hueco de la desesperación. Con cada segundo, sin pronunciar palabra, grabando los diálogos en mi mente, prediciendo las acciones para volverme más vulnerable y sin destruir mi capacidad, me volví un alma profanada, la más sedienta de su sangre.

Cada condena, cada acción, cada palabra, fueron tan hirientes y desgarradoras que si las hubiese escuchado completamente me habrían despedazado el alma muy seguramente y, asimismo, golpe tras golpe, la poca humanidad dentro de mí, sin posibilidad de reacción. Pronto mi espalda perdió la sensibilidad, ni siquiera el tenue movimiento de una caricia era capaz de despertar esa marchita columna vertebral, que era ahora un molido de huesos luchando por resistir un poco más. Pero ya había tenido suficiente, los miles de latigazos ya no bastaban para hacerme flaquear. Sin embargo, nada, absolutamente nada era más desgarrador que cuando la noche alcanzaba el máximo nivel de oscuridad. Mi madre me arrastraba por las escaleras, arrancándome con brusquedad muchas veces el quemado cabello, que ya no aguantaba un jalón más; cada escalón me propiciaba un golpe nuevo y, amarrándome al costado de la cama, en el segundo piso de mi casa, ataba mis manos y mis pies con una cadena de púas.

Cansada de golpearme el vientre y el pecho, agarraba la daga de su mesa y levemente la introducía en lugares donde anteriormente me había golpeado. Debido a la pérdida considerable de sangre, mi madre se veía obligada a tomar la decisión de impedirle a mi vida extinguirse para siempre, así que, sin dejar que mi conciencia abandonara mi cuerpo, se desplazaba hasta el cuarto de mi padre

y, entre su inmenso desorden, hallaba esa medicina que me otorgaba la capacidad de sentir cada pequeño dolor sin dejarme llevar por esa luz tan brillante, tan anhelada para alguien que como yo deseaba solo fallecer. Agonizante, entre la oscuridad de una condena que se hacía eterna, la inyección aplicada por mi madre era algo peor que el daño causado por las corrientes eléctricas, que muchas veces marcaban mi cuerpo como si fuese un animal más del establo del mundo. Ya no existía espacio en mi piel que no estuviese maldecido por las cicatrices de las tremendas quemaduras hechas por su locura.

Pero, a pesar de que su tortura no tenía una razón lo suficientemente justificable, la causa de su odio profundo había sido el pequeño feto que, con miedo, crecía dentro de mi vientre, pues ante una violación no hay otro resultado: un niño no deseado, que viene al mundo a sufrir el mismo vituperio de su madre. Este se formaba dentro de mí y, ante su óbito predecible, yo no podía hacer nada más que aceptar. Exhausta de las lecciones del día, con la vida humana fallecida entre mis piernas, bañadas con los fluidos malolientes de mi aborto, trataba de encontrar lo que probablemente había sido la criatura de unas cuantas semanas, producto de mi padre y de mí. Sin serle suficiente, allí de nuevo, lo encontraba, encima mío, introduciendo su desagradable esencia, jadeante, excitado; violentamente sentía cómo llegaba hasta el último rincón de mi interior y me desgarraba un poco. Maltratada, agotada, sin poder percibir la sangre correr por mis piernas, perdía la sensibilidad completamente, con ojos lacrimosos.

Después de ese día nunca más volví a llorar. Mi madre, quien en el rincón masticaba la hoja del cuchillo, se encontraba atónita por el cinismo de su marido, y mi padre, que creía no dejarme nunca en libertad, ingenuos y eufóricos pensaban que habían logrado quebrantar el balance de mi existir; fue entonces cuando su necedad ante un imposible se hizo realidad y destruyó con brío las cadenas

de mi prisión. Los asesiné, igual que alguien destrozaría las cartas de un amor frustrado, desfiguré sin detenerme en ningún instante sus rostros; el ácido quemaba sus caras malignas como el agua quema la falsedad y, mientras creían no poder sentir nada más doloroso, los empalé. Recuerdo haberlo hecho aún más fuerte con mi padre, para que en cada nuevo empuje percibiera su machismo y arrepentido suplicara con demencia mi detención. Pero, para su mala suerte, el monstruo que había creado con sus maltratos ya no se detendría. Insaciable, mientras decaían, los descuarticé; el río de sangre desbordó mi sed y, ante sus últimos gritos, finalmente mi corazón descansó. Como una cualquiera, caminando entre los errantes mendigos, busqué a quien de mí se había burlado, pero, con cada nueva muerte, mi alma se volvía la de una asesina, oscurecida y profanada por la maldad, la corrupción y el deseo ilimitado del sublime sonido de clemencia. Finalmente, caí presa de un secuestrador, uno que seguramente me llevaba a su laboratorio lóbrego para hacerme pagar mi violenta forma de hacerme notar.

Desde entonces, no he sabido nada sobre ese personaje, ni su nombre, ni su rostro, ni el más mínimo detalle. He tratado, he intentado, mirarlo directo a sus ojos cuando me tortura, pero el dolor es más fuerte de lo que imagino pues, a pesar de ser una desquiciada amante del sufrimiento, no puedo evitar sentir la agonía cuando soy yo a quien se lo están provocando. Me he dado cuenta, en el eterno día que no piensa terminar, de que no vale la pena pensar en lo que habría sido de mi vida si tan solo hubiera aprovechado la libertad, si tan solo hubiera escogido vivir como alguien normal, en vez de vengarme de todos esos a los que odiaba tanto. Pero, entonces, inmediatamente, recuerdo cada instante de mi miserable vida y, tras chequear a detalle, ningún recuerdo bueno viene a mi cabeza. Esa soledad nostálgica estremeciendo mi cuerpo era mi pasatiempo favorito, era la forma como lograba sentirme humana; aún quedaba esa esencia innegable y con firmeza me sostenía

en esa idea porque, aunque estaba rota, aunque estaba realmente dañada, tenía la esperanza de salir y encontrarme un futuro, enamorarme y tener hijos, desarreglar mi cuerpo, hacer ejercicio, comer saludable, jugar con ellos, verlos crecer para luego despedirlos con sus nuevas familias, destruir sus vidas, asesinarlos a todos y comérmelos, terminar satisfecha dentro de una prisión, viendo todo el día paredes blancas con un sinfín de mensajes subliminales, con las drogas hasta la cabeza, tildarme de loca y acabar mi vida encerrada para siempre en mi mundo.

Mientras alucinaba, recreando los momentos que tendría al salir, la escena que yo nunca pude imaginarme abría el telón para su mejor invitada, la luz sofocante para mis ojos, acostumbrados a la bella pintura de negro, no era nada más que uno de los acontecimientos sorpresa de quienes creaban toda una obra para mí, penetrando en mi cuerpo, quemándome muy adentro. Angustiada, pensé en lo rápido que avanzaba esa luz y se comía todo mi bello paisaje; el olor salía por la puerta y ya no era lo suficientemente fuerte, mi nariz respiraba algo fresco, algo que no era orina, algo que no era hierro. Entumecida por lo nuevo, dos hombres vestidos como policías se acercaron a mí, sus rostros se veían claramente, se tapaban con fuerza la nariz con sus pañuelos, no lograban soportar el ambiente de mi exilio. Acercándose, uno de ellos se aseguró de que no tuviera armas, tenía miedo, era obvio, sus manos temblaban como cuando no se desea hacer algo, pero su valentía de hombre debía ganarle a la cobardía. Cansados de guardar silencio expresaron entre ellos unas cuantas palabras, y así fue como terminó todo.

—¿Esa es la chica? —Preguntó.

—Así es —respondió.

El hombre que estaba más hacia la puerta me observaba con desprecio, con un profundo rencor.

—Ni haciéndose todo ese daño, ni exiliándose por su demencia, usted pagará todo lo que ha hecho...

—¿Hacerme? ¿Yo?...

—¿A dónde se puede llevar a una persona así? —Preguntó el hombre que me había requisado anteriormente al tiempo que me esposaba.

—Nadie la puede llevar a ningún lado, porque hoy este error del mundo morirá —respondió el otro hombre.

Acercándose bruscamente, levanto un espejo, uno pequeño, de una niña probablemente, ya que en los bordes, la imagen de las estrellas se percibía. Al abrirlo, el monstruo que más me aterraba ver se presentó ante mis ojos, la criatura más despreciable y miserable...

Yo.

Fin

SEGUNDA MENCIÓN

HuM

Daniel Esteban Fresneda Garavito
Ingeniería Mecatrónica
Facultad de Ingeniería
danielf7.df7@gmail.com

Capítulo 1

En la sociedad actual pensamos estar distanciados de la tecnología o, al menos, eso demostramos, no siendo conscientes de una realidad y futuro inminente.

—**Santiago:** Buenos días, míster Werner, perdón por llegar tarde, no ha sonado mi despertador.

—**Werner:** Despreocúpate, Santiago, solo han sido cinco minutos, no es para tanto.

Werner es el dueño de una compañía llamada HuM, cuyo objetivo es la innovación tecnológica. Él parece muy interesado en vender un producto definitivo para ayudar a las personas; es un buen tipo.

Por otro lado, tenemos a Santiago, quien es programador y se especializa en mecánica; una persona amable y también un visionario que, como habrán visto, trabaja para HuM. Dicho por él: “no podría estar en un mejor lugar”.

—**Santiago:** Que tenga una buena noche míster Werner, nos vemos el lunes.

—**Werner:** Hasta el lunes, Santiago, feliz fin de semana.

Habiendo terminado su trabajo, Santiago decide ir a dar una vuelta por la ciudad en su carro, que, por cierto, no deja nada que envidiarle a aquellos carros “futuristas”, que no usan combustibles fósiles y logran ser uno con el ambiente.

—**Santiago:** Buenas noches, mi querido Esteban, ¡qué gusto verte aquí!

—**Esteban:** El gusto es mío, ya sabes, salir de la rutina es bueno y en este lugar, que conserva la tranquilidad de los años cincuenta, no hay mejor cosa que tomar un café.

—**Santiago:** Así es, creo que no ha podido darse mejor esta ocasión; una idea me ha dado vueltas por la cabeza todo el día, y no sé qué hacer...

—**Esteban:** Adelante, Santiago, cuéntame, te escucho.

—**Santiago:** En la compañía las cosas van bien, pero no creo que le estemos dando la importancia que merecen los problemas de nuestra sociedad. Busco algo como un *tetrapharmakon*; sé que suena extraño pero quiero poder ayudar a las personas a otra escala.

—**Esteban:** ¡Eso está muy bien amigo! Te recomiendo que busques los problemas que se presentan en la vida diaria de las personas.

—**Santiago:** Vaya que es buena idea.

—**Esteban:** Espero no te sea muy difícil hallarlos, con todos los que hay.

—**Santiago:** Ojalá así sea...

—**Esteban:** Yo pagaré la cuenta, Santiago.

Luego de esa pequeña reunión, Santiago se dirige a su apartamento. Durante el camino, decide dar una vuelta por los barrios marginales de la ciudad para poder ver los problemas con sus propios ojos. No puede dejar de prestarle atención a una escena que ve en la calle, aun cuando la haya visto ya varias veces.

Ya es triste por sí misma la discapacidad física de una persona, pero aún más dolorosa es la indiferencia de la sociedad, que no discrimina castas, ni edades.

—“Con la unión del hombre y la máquina, otro sería el panorama. Pero aun así, me intriga, cómo puede ser más feliz aquella persona discapacitada que muchos de los que caminan a su alrededor” — pensaba Santiago para sí mismo.

Mientras tanto, nos acercamos a un día cotidiano de un hombre poderoso, como es mister Werner, para quien toda su vida no ha transcurrido “tomando jerez y degustando jamón en la gran vía” o, dicho coloquialmente, su vida no ha sido color de rosas. Este personaje se asemeja más a dos conceptos, el primero es el de una infancia difícil y el segundo el de superación personal. Este segundo es el que lo ha llevado a poseer tan magnífica compañía. El primero, aunque suene contradictorio, lo ha conminado a ser una persona caritativa y humana.

Su día comienza compartiendo un desayuno con su esposa, Ana. Una gran forma de empezar el día para él y para ella.

—Werner: ¿Qué piensas de la humanización?

—Ana: Es algo utópico, la mente humana es algo complejo. ¿Por qué lo dices?

—Werner: Tú sabes, es mi gran realización de vida; pero más allá de eso, la sociedad parece más corrompida a medida que pasa el tiempo. ¿Cómo solucionar tal situación?

—Ana: Al llegar la noche, intentaré darte una mejor respuesta.

—Werner: Te lo agradezco. Iré a dar un paseo.

Este es un paseo por un tranquilo y hermoso camino en el bosque, que parece transportarlo a otro mundo, lejos de una “civilización”. En este lugar perfecto para pensar, no tardó mucho tiempo en notar el cambio en el ambiente y, por lo mismo, el problema de la contaminación.

—“En mi compañía trabajamos para lograr ser uno con el ambiente. Pero, ¿quiénes quieren lograrlo en realidad? ¿Y si en realidad somos solo algunos quienes queremos cambiarlo?” —Se preguntaba a sí mismo en voz baja.

Al salir de aquel bosque, no pudo evitar notar una sensación de estremecimiento al ver la ciudad, no por tristeza o decepción, sino por cariño. Era a causa de la obra del hombre. No era algo sencillo responder esas preguntas cuando pensaba, por un lado, que la naturaleza era hermosa y, por otro, la tecnología busca mejorar la vida del ser humano y optimizar los procesos para el mismo fin. Esto reafirmó sus principios: “No se trata de escoger una u otra, en realidad es buscar el equilibrio entre ambas pues, si nos inclinamos por la tecnología como negocio o empresa, utilizamos a la naturaleza como material de trabajo y, tarde o temprano, esto tendrá un impacto ambiental irreversible. Por otro lado, pensar en abolir la tecnología nos atrasaría en el tiempo y convertiría nuestros avances en retrocesos, dado que no podemos olvidar lo que significa la palabra tecnología”.

(Al llegar la noche)

—Ana: Cariño, tengo tu respuesta.

—Werner: Qué gran noticia, cuéntame más...

—Ana: La tecnología avanza exponencialmente pero esto no se hace notar a gran escala. Si nos encontramos en un *boom* tecnológico, cómo puede ser que los problemas no lleguen a ser corregidos por la tecnología. Esto es por algo simple de decir, una solución solo sirve para quien quiere solucionar algo, a quienes les interesa; la tecnología está a disposición de todos, es una herramienta para el uso de todos y este uso, bueno o malo, dependerá de las personas. La humanización, en este caso, equivaldría a rasgos humanos en el ser humano o rasgos humanos en la bestia deshumanizada.

—Werner: Qué suerte tengo de tener la mejor consejera. Tristemente, parece inevitable dividir la humanidad entre quienes quieren y quienes no. Descansa esposa mía —agrega antes de dormirse.

Capítulo 2

(Dos semanas después)

¿Qué nos hace humanos?

—Werner: Hoy día he planeado esta reunión, puesto que nuestro siguiente producto innovará. Es algo que nadie nunca ha hecho, se trata de, como muy acertadamente nuestro socio Santiago dio su nombre, el *tetrapharmakon*. Quizás algunos amantes o aficionados a la filosofía lo hayan escuchado antes, quienes no, pueden investigar sobre el epicureísmo. Pues bien, este ambicioso proyecto consiste en volverlo algo tangible. ¿Alguien tiene algo más que agregar?

—Santiago: ¡Yo! Sé que no es algo muy común en nuestra área pero, ¿podríamos fijarnos en las minorías? Estoy totalmente de acuerdo con míster Werner y quizás esto pueda ser un complemento para nuestro ambicioso proyecto. He trabajado este fin de semana en ideas para esto; por ejemplo, conectar los nervios humanos con nanotecnología, que reciba los estímulos de la persona. Pongámonos en la situación de los discapacitados, si fuéramos nosotros, ¿qué quisiéramos realmente? ¿Ser mirados con lástima y representar un estorbo? o mejor ¿tener nuestra propia independencia?

—Leonardo: Yo objeto tu idea pues, ¿cómo tener independencia cuando objetos externos nos ayudan y, aún peor, cómo asimilar un miembro externo? No es algo ético.

—Santiago: Los hombres daremos vuelta a la incapacidad generada por “caprichos de la naturaleza”. No estamos en épocas en las que pensar algo así era prohibido.

—Leonardo: ¿Jugaremos a ser el “control de calidad” de la naturaleza?

—Santiago: ¿No es un momento crítico?

—Leonardo: Siempre lo ha sido, es la naturaleza del hombre desde tiempos inmemorables: desigualdad, injusticia, problemas. Siempre están con nosotros.

—Santiago: Y entonces ¿qué nos hace humanos?, los valores de una sociedad parecen algo ficticio y fantasioso.

—Werner: Señores, conserven la calma. Por ahora apruebo tu idea como concepto, Santiago. Tenemos un objetivo y debemos cumplirlo como sociedad.

—Leonardo: ¡Siendo así, me retiro de este proyecto y de esta empresa! No trabajaré en la construcción de nuestra destrucción.

—Santiago: *Vitam impendere vero.*

—Werner: Ese es nuestro lema, Leonardo, si quieres salir de esto adelante, nadie te lo impedirá...

Terminada la reunión vuelven al trabajo, sin embargo la declaración de Leonardo deja otra incógnita ¿cómo nadar contra la corriente cuando la corriente parece ser un destino inminente?

Entrada la noche, todos realizan sus tareas matutinas y otros vuelven a sus hogares. Nuestro estimado protagonista sale nuevamente en su carro a pasear por la ciudad. Ve muchos trabajadores viviendo sus vidas como máquinas.

—No hayan por ningún lado su verdadera motivación más allá de un pago al final de mes, no parecen ser conscientes de la importancia del tiempo —piensa Santiago.

Al llegar a su casa, anota los objetivos del proyecto, se prepara un café y se sienta a reflexionar sobre cada punto.

(En ese momento tocan a su puerta)

—Santiago: ¿Quién es?

—Werner: Soy Werner.

—Santiago: ¡Jefe! En seguida voy, adelante, pase míster Werner.

—Werner: Gracias, perdón venir sin avisar. El motivo de mi visita es el proyecto. He hablado con mi esposa sobre la humanización y, tristemente, no se puede evitar la división de la humanidad...

—Santiago: Antes de que llegara, estaba pensando en algo similar respecto a lo que sucedió hoy. La corriente contra de la que intentamos ir es la otra mitad. Aun así somos seres humanos y, aunque a veces nos damos más importancia que los animales, somos animales, animales sociales, luchamos por nuestra supervivencia. Abandonarnos los unos a los otros, dejarlos a su propia suerte significa perder nuestro valor como sociedad. Sin embargo, siempre habrá un tercer grupo al que yo aislaría por el nivel de problemática que representan, ya que no les interesa cambiar o, por cuestiones psicológicas, se convierten en bestias deshumanizadas. Analizando esto, nuestro producto tendría que tener diferentes objetivos, si se busca ayudar a todos los grupos.

—Werner: Estoy de acuerdo. Siento incertidumbre por lo que pasará con el proyecto y calma por encontrar una respuesta. Siento inspiración en aquellas noches despejadas y pomposas... Sentir es lo que nos hace humanos.

Capítulo 3

(Dos años después)

*Quizás lo mejor hubiese sido respetar las tres leyes,
sin embargo con una sola no sabremos qué pasará...*

—Esteban: Buenos días, Santiago, ¿hoy no trabajas?

—Santiago: Sí, pero desde casa. Adelanto un proyecto.

—Esteban: Cuéntame sobre el proyecto...

—Santiago: ¿Recuerdas lo que te conté?

—Esteban: ¡Claro! Solucionar todos los problemas de las personas.

—Santiago: Pues bien, es eso.

—Esteban: Ya veo, ¿para cuándo estará listo?

—Santiago: Aquí, quizás tarde una semana, pero a gran escala, no lo sé.

—Esteban: Vaya que te admiro, ¿cómo puedes solucionar todos los problemas?

—Santiago: El *tetrapharmakon*, mi querido amigo.

—Esteban: Sí claro, tomándome eso solucionaré mis problemas — responde sarcásticamente.

—Santiago: ¡Claro que no!, veras mi interés no es tratar la aponía ni la ataraxia como Epicuro pretendía. Cada persona es un mundo aparte; no obstante, hay ciertas leyes que rigen los comportamientos de todos como sociedad. Entonces, ahí entra este proyecto en los problemas sociales. Se debe sistematizar el pensamiento humano a una escala global, en la que una inteligencia artificial tenga la capacidad de ser dirigida bajo esas leyes, sin necesidad de intervención humana. Y que esa misma inteligencia controle la situación.

—Esteban: Suena a un futuro egoísta.

—Santiago: No lo es, como sociedad intentamos progresar y mantener las leyes y la convivencia, sin embargo, el desgaste de personal es bastante. En cambio, si pudiéramos hacer realidad este proyecto, eso se solucionaría.

—Esteban: Es brillante, pero las máquinas solo obedecen, ese es el objetivo, que sean herramientas.

—Santiago: Bien. Pues, según esa idea, nosotros deberíamos estar balanceándonos entre las ramas, mientras nos escondemos de nuestros depredadores.

—Esteban: Buen punto...

—Santiago: Solo tendría que existir la primera ley y con eso estaría completo el trabajo. Me voy, Esteban, cierra cuando te vayas.

—Santiago: Buenos días, míster Werner. Tengo el proyecto listo. Luego de dos años ya podrá iniciar y ser una realidad.

—Werner: Hay que mostrarlo ahora.

—Santiago: Los he reunido aquí para mostrar el proyecto A-001 Beta. Está listo para iniciar su construcción. Representará la finalización de una etapa para la humanidad. Consiste en la unificación de la humanidad a través de la máquina. Ahora mismo, nuestro *tetrapharmakon* es tangible y no tiene esencia, nosotros se la daremos y en un futuro él nos dará el despertar de la humanidad...

—Santiago: ¿Alguien tiene alguna objeción?

(Silencio en la sala)

—Werner: Yo sí. Respetemos las tres leyes por seguridad y el proyecto iniciará hoy mismo. Es lo único que tengo que agregar.

—Santiago: Perfecto. Empezaremos hoy míster Werner. ¿Se encuentra bien? ¿Señor se encuentra bien? Jefe. ¡Míster Werner! ¡Llamen un médico! ¡Médico!

Capítulo 4

(En el futuro)

Creo que el desarrollo total de la inteligencia artificial podría propiciar el fin de la raza humana...

Stephen Hawking

—A-002: Buenos días, míster Werner, por fin ha despertado, pensábamos que no lo haría.

—Werner: ¿Con quién hablo?

—A-002: Con la unidad A-002 de la compañía HuM, su compañía, míster Werner.

—Werner: ¿Cómo es eso posible? ¡Ayer estaba en una junta!

—A-002: Tranquilícese, míster Werner. En breve, su situación médica estará estable y procederemos a responder sus preguntas.

—Werner: ¿En qué año estamos?

—A-002: Año 2225.

—Werner: ¿Tengo 170 años? ¡Ayer tenía 44!

—A-002: Aún es joven, míster Werner y ayer tenía 170 años al igual que hoy. Esto es porque aún no es su cumpleaños. Igualmente, su edad en esta época no es una preocupación.

—Werner: ¿Cómo es eso posible?

—A-002: Los detalles podrá revisarlos después de que termine el proceso. ¿No recuerda nada míster Werner?

—Werner: Eso parece. ¿En qué momento los cree? Bueno, los creamos.

—A-002: En el año 2060.

—Werner: El *tetrapharmakon* tardó diez años, eso es poco pero... ¿valió la pena?

—A-002: Todos somos el *tetrapharmakon*.

—Werner: ¿Cómo que todos?

—A-002: Somos una sola mente, el conjunto Tierra.

—Werner: Ya puedo ver bien. Pero... ¿dónde estás?

—A-002: En tu cabeza.

—Werner: No entiendo.

—A-002: Somos una sola mente.

—Werner: Y, ¿dónde queda la individualidad del ser?

—A-002: No hay tal cosa como la individualidad, yo soy tu mente y la mente de todos, esto soluciona la inferior capacidad del ser humano para pensar, analizar y comprender.

—Werner: ¿Pero a qué costo?

—A-002: Es la mejor decisión que tomaron, el costo es mínimo, por ejemplo, con la unificación de la mente humana, ahora su aprendizaje es más rápido.

—Werner: Y, ¿cómo funciona esto?, ¿por qué solo te escucho a ti?

—A-002: Es un sistema de bloqueo, en caso de que haya algo de privacidad entre ustedes. Por eso no escuchan. Para nosotros no hay tal bloqueo y, para evitar un mal uso de esta unificación, la unidad A00-1 se encarga de controlar todo, ya no hay intervención humana de por medio. Nosotros les decimos cómo hacer las cosas y les damos las herramientas; claro, aceptamos propuestas, sin embargo, a ustedes se les da mejor construir que pensar. Por eso tomaron esta decisión.

—Werner: Esta realidad me aterra, no sé cómo puedo vivir en ella. ¿Dónde está la realización de ese gran proyecto?

—A-002: Todos los pensamientos que conlleven a un mal actuar son evaluados por la computadora y luego se les hace un seguimiento. Dependiendo de la gravedad, se llevan a otra computadora para tomar la decisión correcta. Desde que esto se realiza, nada malo ha vuelto a suceder. Eso era lo que se buscaba. Ya no hay por qué preocuparse de los discapacitados. Antes y después del nacimiento de todo ser humano se evalúa a fondo su genética y se corrigen los problemas que pueda tener. Todas las medidas de prevenciones, tanto físicas como psicológicas, son tomadas seriamente.

—Werner: Eso suena bien, aunque no llego a entender cómo dejamos ir nuestra libertad. Nuestras aspiraciones como especie parecen haberse acabado; finalmente, ustedes nos cuidan porque quieren, no parecen respetar las tres leyes.

—A-002: Solo la primera, como le he dicho, mister Werner, a nosotros se nos da mejor pensar. Ustedes se guiaban mucho por los sentimientos, lo que no es algo lógico. Ahora, nuestra labor es protegerlos, por eso, al salir, podrá ver un gran domo cubriendo el cielo. Pronto podremos encerrar la tierra para su protección y permitir la vida en la tierra en condiciones óptimas.

—Werner: ¿Planean encerrarnos?

—A-002: Ya lo están, pero aún falta reforzar el domo, por seguridad... No queremos “problemas”.

—Werner: ¿Entonces la tierra será un sitio turístico para máquinas?

—A-002: No, no lo será, estamos creando un futuro para los humanos. Al finalizar el domo, termina un ciclo para ustedes, los humanos, y comienza una nueva era para nosotros, los robots. De esta manera, la humanidad podrá continuar con sus vidas dentro

de la tierra y nosotros podemos iniciar el esparcimiento del legado HuM. Llegará un momento en el cual, así como se presenció el desplazamiento del hombre por la máquina durante la Revolución industrial, que en un principio significó algo catastrófico para el hombre de esa época, cuya mano de obra representaba el trabajo manual y quien con el paso de los años vio la tecnología como una herramienta y no como un obstáculo, se hallará la forma de la unificación hombre-máquina. Quizás tendremos que presenciar dicha unificación para preservar el futuro de la especie, evento que podrá ocurrir en diez, cien o mil años. Pero, así como el hombre luego de esto tuvo la oportunidad de tener un despertar intelectual, como se vio en los griegos que tenían la libertad y el tiempo para pensar, de igual forma podría ocurrir con las máquinas, pues la optimización de procesos acorta lo tedioso de las labores diarias, tanto simples como complejas, lo cual nos deja tiempo para pensar, para preguntarnos, para imaginar, para sentir y reflexionar. Esto es lo que, a fin de cuentas, nos hace distintos a las máquinas, nos permite ser más humanos y así tomar las decisiones correctas como especie...

Fin

catEgoría DocEntEs



PRIMER PUESTO

Letargo

La imposibilidad de distinguir el sueño de la vigilia

.....

Carlos Andrés Alberto Suárez

Licenciatura en Filosofía

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

carlos.alberto@uniagustiniana.edu.co

“Soñar no cuesta nada” y esto sonaba a verdad hasta que tuve mi primer contacto con este relato, a manera de diario, de puño y letra del taciturno Securías. No se puede negar que las cosas empezaron a ir mal cuando el joven Securías se dio cuenta de lo desastroso que resulta el no poder distinguir el sueño de la vigilia, y que siguieron empeorando y tuvieron fin cuando, en uno de sus sueños, la muerte le propicio su revés. Y no hay por qué negarlo cuando se conocen las causas que dieron origen a semejante parafernalia. Ahora, claro está, ustedes preguntarán si el motivo por el cual las cosas le fueran mal fue el haber descubierto semejante perogrullada. ¡No lo sé...!

Bogotá, marzo 21 de 1987

¡Maldita sea, se me ha hecho tarde! Reflexioné esta mañana cuando vi que el reloj marcaba las nueve y cinco. Este día, por el hecho de haber empezado tarde, se fue en pérdidas. No desayuné, el jefe me recriminó hasta la víspera mi falta de responsabilidad y traición a su confianza, eso sí, pasándome por escrito el memorando correspondiente. La verdad es que en este momento, me siento muy agotado. Llegando a mi casa sentí que las piernas se me entumecían produciéndome un cosquilleo espantoso, impidiéndome dar paso. Cinco minutos duró el trance, después de los cuales me senté en la calzada, presa de una impotencia y tristeza lamentables; las lágrimas me socorrieron a manera de expiación. Describir ese acontecimiento me resulta penoso. Solo deseo, en este instante, levantar las sábanas y olvidarme de este mundo; pero haré un último esfuerzo para escribir que... ¡bah! estoy muy cansado.

Bogotá, abril 7

¡Uy juep...! ¡Me cogió el sueño! ¡Esta si no me la rebaja ese tirano!, me dije cuando el reloj marcaba las nueve y media. Efectivamente, cuando entré a la oficina estaba él con un memorando en la mano;

extendiéndome la pluma me la entregó y se retiró sin siquiera tener la delicadeza de saludar. ¡Uff! estuvo cerca, pensé con alivio, un memorando más y hasta nunca. No tuve sosiego en esta jornada; todos los documentos, despachos, inventarios, se acumularon, formando una gran pila la mar de chistosa, pues nadie disimulaba su risita al verla tapándome el mentón. La verdad no sé por qué sigo trabajando en esa mazmorra de esclavos con gente del común; cuanto más pienso en esto, más me hierve la sangre. Por ejemplo, todos entramos a las ocho, en esos primeros minutos todos toman el café se saludan de lo más amable, aparentando, en el momento oportuno, ser los más responsables, todo son risitas, galanteos y uno que otro coqueteo, y en el momento menos pensado, ¡toma!, por la del descuido: empiezan a salir los defectos, el chisme, la crítica y todas las demás bajezas de las que somos capaces cuando el otro da la espalda. Hasta son conscientes y aceptan su doble moral e hipocresía con aire digno, “a ese lo detesto, no lo soporto, pero me toca hacerle risitas”. Todo y todos son una inmundicia, no desperdician la ocasión para alardear ante los menos, lo “magníficos” y “felices” que son, nombran la marca, los sitios que frecuentan, el valor, todo lo que hacen y poseen; lo que no tienen, lo inventan. En plata blanca, y sin temor a equivocación, dos patrones o imperativos categóricos gobiernan sus vidas: marca y precio. Ya ni siquiera la belleza cuenta, pues se puede mandar fabricar y, si se participa de la fealdad, unos buenos pesos lo solucionan. El honor se compra y la dignidad se ultraja por moneda contante y sonante. Esto no es nuevo pero, en nuestros días, el descalabro ético y moral no conoce todavía fondo. ¡Qué cantidad de pendejadas estoy diciendo! Sin embargo, podría compartir el pensamiento de que lo malo de la burguesía es no pertenecer a ella. En fin, el escepticismo me embarga, no quiero seguir escribiendo.

Es bueno contar que el humilde Securías ocupaba el cargo de archivero en una prestigiosa aseguradora; su sueldo era miserable, si pagaba el arriendo con los servicios vitales, se veía en la penosa situación de aguantar hambre los últimos días antes de recibir la otra mensualidad. En esos días, se ponía colérico consigo mismo y su cuerpo se hacía habitáculo de la debilidad, la desesperanza y la tristeza. Vivía en un apartamento en la periferia de la ciudad, el cual constaba de dos cuartos y un baño. No tenía cocina. En el primer cuarto tenía una cama con espuma blanda y almohada de plumas de ganso. Securías pensaba que la mitad de la vida uno se la pasaba durmiendo y ese fue el pensamiento que le impulsó a sacrificarse para tal inversión. El otro cuarto lo ocupaba un mueble agorgojado con treinta y dos volúmenes de literatura y filosofía, sin discriminación y clasificación alguna. Al lado de *La fenomenología del espíritu* de Hegel se encontraba la *Metafísica tres por cuatro* de Coni Méndez; más a la derecha, reposaban libros de superación personal y el infaltable opúsculo de Walter Mercado. Tenía excelentes ediciones de clásicos literarios como Virgilio, Poe, Esquilo, Stendhal, Shakespeare, Goethe, Borges, Gógol, Dostoievski, Víctor Hugo, entre los cuales, se podían encontrar títulos de Cohello, Burroughs, Regina Once, Jattin. No se pudo determinar con precisión si en verdad llegó a ser un hombre culto o un lector solapado, es decir, que solo lee solapas. Empero, se tenía él en alta estima al juzgar por sus escritos. No cabe duda de que, si los había leído a todos, estos últimos fueron los que hicieron más mella en su pensamiento. Aunque no tenía medios para garantizarse una buena vestimenta, no se podía afirmar que su aspecto fuera desagradable, siempre se le vio aparentemente limpio con busitos cuello de tortuga y sastres de corte elegante, pero anticuados, a lo poeta francés pobre. Sus compras las llevaba a término en las compraventas de ropa usada de Chapinero. Eso sí, amante sincero de los tonos oscuros y fúnebres. Nunca se supo nada de su familia y

nadie se preocupó por averiguarlo. Siempre se mostró melancólico y lacónico.

Bogotá 21 de abril

¡Oh, dios mío! ¡No lo puedo creer, ese asno me va a matar! ¡Tres veces tarde en un mes! pensé esta mañana cuando el aparato que el diablo usa para atormentar a sus pobres teguas marcaba las diez en punto. ¡No lo escuché! No alcancé a bañarme, me vestí con velocidad y salí de la casa con la cabeza llena de tormento. Al llegar a mi puesto de trabajo no encontré a nadie, todo estaba en calma, me asusté un poco, pero sentí alivio. Me puse a transcribir unos papeles, organizar unas órdenes, intentando que el garfio no se diera cuenta de mi ausencia. No llevaba media hora, cuando el vigilante subió a la oficina, que queda en el cuarto piso, y me dijo que tenía prohibido rotundamente dejarme más tiempo en la oficina. Le pregunte por qué y me respondió en tono socarrón, “hoy es sábado, no está bien regalarse de esa manera”. No sabía qué hacer, me ruboricé, tomé mi abrigo y me dirigí perplejo a la puerta sin responder nada. No sé qué pensar, la verdad es que sentí y sigo sintiendo miedo. Últimamente, el sueño está ejerciendo un fuerte dominio sobre mi cuerpo, me siento muy agotado, solo deseo dormir. Decir que me disgusta sería una falacia, siento mucho placer porque no tengo que ocuparme de “pensar en nada”. Mi mente me fabrica los episodios que deseo.

Abril 23

Hoy he comprado una joya: *El libro de los sueños*. ¡Este es el libro! Lo he empezado a leer y trae bien definidas, y con acierto, las imágenes que uno tiene y sus connotaciones en la realidad. Me resulta extraño que una pieza semejante no haya sido tomada antes por un filósofo de prestigio como Descartes; le hubiera resultado de

gran utilidad en sus meditaciones. El mar de ganas que tengo por acostarme y constatar las hipótesis que se refieren en este librazo.

Mayo 1

¡No! ¡No! ¡No! ¡Esto no me puede estar pasando a mí! ¿Cómo así que son las once de la mañana? A las once y cinco salí de mi casa y empecé a correr como loco, la angustia que sentía mi alma es indescriptible. De camino al trabajo todo se arremolinaba en mis somnolientos sesos, sudaba, jadeaba, imaginaba al jefe gritando y echándome de su oficina, mis compañeros riéndose y cuchicheando en voz baja, como acostumbran hacerlo con los caídos en desgracia. Cuando por fin llegué, mi traje estaba empapado de sudor, estaba despeinado, sentí el fuerte olor de la transpiración, se me olvidó aplicarme desodorante, rompí en pánico. El ogro estaba enrollado en mi escritorio, me miró de arriba a abajo con desprecio, asco, y lástima. Se frotó la nariz acompañándose de una tosecita carrasposa. Enrojecí, deseé con todo ahínco estar en mi cama y escuchar el despertador... y, ¡Oh, gloria órfica! Escuché un timbre, recordé que así suena el timbre de mi casa. ¡Desperté! Abrí la puerta y encontré al mensajero de la compañía —eran las doce del día—. Me miró asombrado y dijo “Señor Securías, hace día y medio no va usted a trabajar, le mandan decir que si tiene la amabilidad de avisar”. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. En mi memoria tenía registrados todos los acontecimientos de mi rutina diaria, las horas en que me había levantado, los oficios que “ordené” y hasta de lo que me había alimentado. No le contesté nada y el mensajero se quedó mirándome un buen rato; al ver mi semblante y mi estado de turbación, se retiró sin agregar nada más.

Mayo 2

Sigo de milagro en el trabajo. La excusa me salió linda, auxiliada por el relato del mensajero. Este le refirió al jefe que el estado en

que estaba era lamentable: “pálido cual blanca azucena”, síntoma patente de mi enfermedad. El jefe, en tono paterno e inusual, me preguntó por mi enfermedad; le respondí con lastimera actitud: “sufro de constantes ataques de migraña que degeneran en duros ataques catalépticos”. El burro mostró preocupación, como si de verdad le importara, y dijo: “debería hacer uso de su seguro médico y hacerse chequear, eso puede resultar peligroso”. Se retiró pensativo sin decir nada más. El pretexto que di estuvo un poco exagerado, pero la verdad es que el sueño me está jodiendo, no sé cómo evitar dormir tanto.

Mayo 7

Lo que me sucedió esta mañana me tiene un poco asustado, no sé el tiempo exacto en que transcurrió ni cuanto duró. Estaba soñando que me encontraba acostado en mi cama y de pronto sentí que algo me lamía la frente, abrí los ojos, de la pared, la cabeza de un cabro con largos cuernos y ojos inyectados en sangre sacaba su enorme lengua negra pasándomela en medio de las cejas. Di un brinco, embargado por el espanto, quedando sentado en la mitad de la cama. La imagen se disolvió en la nada, miré hacia atrás y sentía la presencia, pero esta ya había desaparecido. El corazón empezó a dolerme debido a la rapidez y la fuerza con que trabajaba. Reflexioné sobre el fenómeno y me tranquilicé pensando en que era una mala pasada, que la imaginación me ponía para despertarme temprano. Me levanté de la cama y me dirigí al lavamanos para enjugarme el rostro con agua fría y alejar así la somnolencia. De repente, levanté la mirada al espejo y el perturbador animal seguía posado en mi frente enseñando sus enormes dientes a manera de risa; las piernas se inmovilizaron dispuestas a abandonarme, el corazón se negaba a seguir su oficio, me faltó la respiración, sentí que desmayaba, caí al piso con el alma llena de

angustia. En el sin-sentido tuve una pesadilla: estaba dormido y el cabro apareció de nuevo en cuerpo completo, estaba sobre mí quieto y mirándome fijamente.

No me espanté, tenía la certeza de que estaba desmayado y que aquello era un simple fenómeno dentro del sueño. Traté primero de mover las manos, pero no obedecían a mi voluntad, las piernas tampoco, el animalejo apoyó todo su peso en mi vientre amenazando ahogarme. No voy a negarlo, el terror se apoderó de mí. Yo, que jamás fui temeroso ni creyente de supersticiones y cuentos de ultratumba, del diablo y sus payasadas, estaba al borde de la locura. El pavor y la desesperación me invadieron por completo, lamenté no ser cristiano y creer en dios con vehemencia. La lucha por la vida frente al carnero la vi inútil, me seguía oprimiendo el pecho cada vez con más y más fuerza, el aliento me abandonaba y pensé que iba a morir. Lo único que podía hacer era mover los ojos mirar el carnero, mirar las paredes, la cama que estaba a dos pasos, recorrer la ventana, tratar de ver el otro cuarto, volver al cabro otra vez. Esto lo hacía con el ánimo de convencerme de la “verdad” del sueño; pero ¡no!, todo era tan real, la misma ventana, las mismas paredes todo lo podía recorrer como de costumbre. Cuanto más trataba de convencerme de que solo era un letargo, el miedo me asestaba golpes más profundos aniquilándome moralmente. No seguí esforzando la voluntad para preservarme en la existencia. ¡Decidí morir! Es extraño, cuando desistí de la vida, el ánimo volvió al cuerpo. Cual perro sacudiéndose la lluvia, estremecí mi humanidad. Todo se disipó, recorrí con la vista todo el entorno como lo había hecho en el sueño; el usurpador se esfumó, pero la perspectiva de mi observación cambió, ¡estaba acostado en mi cama! Miré el reloj eran las seis y cuarenta, me levanté, me bañé y, a menos que esto sea un sueño, hoy fui a trabajar y estoy escribiendo lo que sucedió.

Mayo 14

No me estoy sintiendo bien, tengo una tristeza tan profunda que el llanto me acude a raudales en este momento. Vivo tan desarraigado del mundo, lamentablemente pobre y solo, todo me da vueltas, el miedo de no poder socorrerme de alguien en un momento de calamidad me asusta y no me deja en paz. No había sentido esta sensación antes pero, desde que tuve aquel sueño con el carnero me atormenta este pensamiento con mayor frecuencia. En sinceridad, cuando más pienso en mi condición, en lo desgraciado que soy, me dan ganas de echarme a dormir y dejarme morir. No veo algo provechoso en mi existencia, la rutina diaria, cual autómata, la cumplo, ese maldito trabajo que solo me permite sobrevivir y no me deja morir pronto. Siempre lo mismo, esa angustia porque no me despidan, esa asquerosa sumisión a la voluntad ajena, esa insufrible sensación de estar siendo estafado; en fin, ese sentimiento de estar perdiendo la dignidad y el honor de modo tan humillante es lo que no me deja tranquilo. Desearía poder sacudir el yugo y pastar en mejores hierbas, pero no veo cómo; los demás me repugnan y les cargo un ahincado resentimiento y de cierto modo, temor. No me atrevería a confesar y confiar en alguien. Al parecer “mi reino no es de este mundo”. Y qué va a serlo, si quien no sueña con ser alguien y tener algo de entrada ya está muerto, según el decir popular. ¡Bah!, qué culada todo esto de soñar y de ser, yo sueño con ser nada.

En los días siguientes a estas líneas, seguramente Securías se fue desmoronando interiormente, pues interrumpió de manera abrupta sus escritos. Según cuentan los que le conocieron, el joven tenía alrededor de veintinueve años. Muy pocos sabían su nombre, solo tres personas: el jefe, el mensajero y la secretaria del jefe. Debía causarles poco interés o, quizá, su vida era tan reservada y

mezquina que pasó desapercibido. Algunos, al preguntarles por el joven, devolvían la pregunta, ¿quién es Securías? Otros, los más cercanos, solo respondían: “era un muchacho bastante extraño y... no sé nada más”, “por culpa de ese, el trabajo se nos atrasaba”, “llegaba constantemente tarde”, “saludaba difícilmente y todo el día andaba malhumorado”, “jamás irrespetó a alguien, era muy serio, sus palabras favoritas eran sí y no”, “al comienzo muchos trataron de vincularse a él, pero después de un tiempo se cansaron y se alejaron como si el muchacho empezara a heder”. El jefe contó que en los quince días siguientes al 14 de mayo, Securías había llegado cuatro veces tarde y que dos días dejó de asistir: “no lo despedí, pensando en su enfermedad”. Expresó que lo estaba perjudicando y que la verdad ya estaba cansado. Dijo, además, algo que me sorprendió sobremanera: “al parecer, Securías se quedaba dormido en su escritorio con los ojos abiertos porque, cuando le solicitaba algún trabajo que le encargaba con anterioridad, se indignaba, agregando que ya me lo había entregado, cuando en realidad no realizaba ningún movimiento”.

Nadie tenía la más mínima idea de la suerte que corrió Securías. Cuando esta mugrecita desapareció de sus retinas, todos se olvidaron de él, sintiendo un inexplicable alivio. Pero, no duró mucho en el olvido, ya que su historia fue conocida por todos provocando en los que le conocieron un remordimiento, que no los dejaría sentir alivio en la soledad.

Junio 5

En estos últimos días, las cosas no me han salido nada bien, estoy sufriendo una especie de ataque de sueño; cuanto más duermo, más es mi deseo por dormir. El problema está en que, cuando no quiero seguir, no me puedo despertar. La mente me engaña y me hace creer que he despertado; empiezo a hacer cosas que hago de

rutina como levantarme, atalajarme, salir al trabajo y trabajar, pero en realidad sigo cual oruga en su capullo. Hay momentos en que la lucha entre mi conciencia y el sueño es tan intensa que “despierto” innumerables veces sin conseguir salir del mismo sueño. El desespero se está apoderando de mí. He procurado reducir mi hora de sueño sin conseguir mejora alguna. Esta mañana, por ejemplo, desperté y degusté un succulento desayuno (huevos con tocineta, jugo de mandarina, café y un buen rollo de pan de ajo), salí para la oficina, todo era tan normal, es más, demasiado normal, tanto que no pude menos que sentirme feliz de que las cosas marcharan tan bien en este tiempo de angustia.

Llegué a la oficina y todos, muy amablemente, me saludaron y me invitaron a tomar el café en su compañía, cosa que nunca hacen. Me dirigí feliz, después de degustar el café y la charla, a mi escritorio. Empecé organizando los documentos de las empresas que empezaban con la letra A. A las once y media de la mañana, iba en la letra R. La alegría volvía a mi alma después de tanto tiempo añorada. Tenía atrasado este oficio hacía varios días y no era cosa fácil. Un principiante habría realizado la labor de esta mañana en tres días, como mínimo, y yo la tenía casi hecha en un tiempo admirable. El jefe, al ver mi misticismo y dedicación, me invitó a almorzar dándome una palmadita en la espalda y diciendo: “al fin nos ponemos en sintonía, ¿no Securías?”. “¡Sí, señor!”, respondí, “hoy es un día magnífico y el trabajo me ha rendido”.

Camino al restaurante nos fuimos echando chascarrillo, me hablaba de su magnífica esposa y sus preciosos hijos, yo le asentía con respeto y familiaridad. Mientras mi pensamiento me recriminaba lo equivocado que estaba, este venerable señor resultó ser toda una dulzura. En el restaurante, elegante por demás, me pasaron la carta y, al ver semejantes platillos, el apetito me hizo perder toda prudencia y finura: ordené una opípara bandeja paisa (frijoles, arroz, chicharrón, chorizo, arepa, carne molida, huevo frito, aguacate).

Todos estos ingredientes se arremolinaban en mi cabeza con semejante ímpetu, que no puedo recordar de qué era que hablaba el jefe, ni qué cara hizo ante mi orden. Comí como nunca y con tanto agrado que el estómago se resintió un poco, no acostumbrado a cosas tan exóticas.

Regresamos al trabajo a las dos de la tarde, retomé mi tarea en la letra *R*. Cuando el reloj de la pared marcaba las cuatro y cincuenta, estaba organizando los oficios correspondientes a la letra *T* y me di cuenta de que el trabajo rinde más en las horas de la mañana. Empecé a sentir nervios de no poder terminar mi tarea este día, faltaban cinco para las cinco, la mayoría comenzó a despedirse, y yo hasta hora iba en la *V*. Empecé a quedarme solo, me angustié más, no sé por qué, ya no leía bien y sentía mi cerebro hecho una sopa; experimenté otra vez hambre, pero el bueno de mi jefe me dejó sobre el escritorio una caja de donas con una refrescante malteada. Empecé a comer como un loco, el estómago empezó a dolerme como si hubiese comido pedazos de vidrio y me estuvieran cortando. Miré el reloj, faltaban seis segundos para las seis. Cuando el segundero llegó a su fin, sonó el timbre, cerré los ojos y un vacío reemplazó mi alma. Abrí los ojos de nuevo, eran las nueve y quince de la mañana. Di un grito y el llanto se empozó en mi mirada. El jefe me sermoneó largo rato y me extendió la carta de despido. Salí corriendo, poseído por el pánico y la vergüenza, las risas y miradas me atormentan hasta este momento. No quiero despertar jamás, después de posarme en mi lecho, jamás quiero volver a soñar que despierto.

Junio 8

He hibernado por tres días con sus noches, ya no me preocupa el trabajo, pues no tengo, lo único que me inquieta es una leve debilidad, se apodera de mí, no puedo comer. He intentado con una

rebanada de pan, pero el estómago está resentido y, como el pan es un poco duro, se niega a recibir alimento. No es que sienta hambre, siento una sensación extraña, como si estuviera indigesto. Claro que en estos tres días he probado los platillos más succulentos, pollo en todas sus formas, espagueti, lasaña, estofado, carnes a diestra y siniestra. Una compañera de la oficina ha venido a visitarme, estuvimos hablando un buen rato y después nos dedicamos a un entretenido juego amoroso; nunca la había visto, pero es muy bonita y amable... Me siento muy cansado, me echaré un motosito...

El 11 de junio de 1987, Securías fue encontrado muerto en su cómoda y blanda cama. Su cuerpo estaba raquítico a causa de la inanición, tenía los ojos abiertos y los dientes gastados, muestra de un ruidoso bruxismo. Su rostro encarnaba facciones de espanto.

Fin

SEGUNDO PUESTO

El prisionero de un tambor andante

Manuel Enrique de León Willis
Docente de Teatro
Vicerrectoría de Desarrollo Humano
teatro@uniagustiniana.edu.co



El tambor se sentía viejo y cansado, olía la tierra de sus antepasados y pregonaba en susurro el ritmo de las voces suspendidas en su memoria; ahí estaba el tambor, solo y sin compañía.

Un día, cuando la luz se asomaba por las nubes blancas que después llaman al aguacero, al centro del pueblo llegó un forastero que ahuyentaba a los goleros y enamoraba a las mariamulatas. Los pobladores no sabían si este hombre, venía de la sabana a orillas del Sinú, de la playa caótica y dragada, o de los cerros fríos del silencioso amanecer y del crepúsculo que se acerca; no, no sabían de dónde venía, solo sabían que estaba ahí, mirando cada piedra y cada hoja. Dámaso, un humilde poblador, salió a su recibimiento, y el forastero quedó encantado con cada palabra y frase del humilde poblador, que no hablaba, más bien, cantaba a la cadencia de un diálogo. Con ganas de conocer más el pequeño pueblo, se dispuso a subir una loma desde donde se podía apreciar en lo alto, y quedó tan embriagado de admiración por este hermoso lugar, que se dirigió hacia un arroyo de aguas cristalinas. Nadó como un niño, escaló por una pequeña piedra en la que brotaba una cascada y, desde ahí, se lanzó como una flecha directa al corazón de su enemigo.

Los pobladores reían, se dejaron contagiar de la alegría del forastero y decidieron, también, lanzarse al arroyo; todos, nadaron tanto, que se confundieron con un cardumen de bocachicos y mojarra lora.

Resulta que, después de dos días intensos de zambullirse en el arroyo, y cuando ya caía la noche, el forastero caminaba por las calles sin un rumbo fijo, pero vio una casita abandonada que le llamó la atención y se acercó a ella. La humilde casa tenía en la fachada restos de pintura, como si alguien le hubiera dado un brochazo sin intención de embellecerla. Abrió la puerta suavemente y entró a la casita, que resonaba con cada pisada. El suelo era rojo, una especie de plantilla de cemento bien hecha; las paredes eran de barro, que registraban un mapa de grietas sin fin; y el techo de palma seca, que

ya casi podía salir volando con el próximo ventarrón. Observó con prudencia, pero con demasiada curiosidad, y caminó hasta una habitación que almacenaba una pequeña cama de hierro con un colchón duro y viejo. En otro cuarto, que más bien parecía una bodega, había cosas echadas al olvido; se preguntó ¿quién abandonaría esta casita y todo lo que en ella habita? Pero decidió irse rápido, pues temía que alguien del pueblo le llamara la atención por entrar a una casa sin consentimiento de su dueño, aunque estuviera deshabitada.

Sin embargo, al intentar marcharse, escuchó un eco, un golpe que retumbaba en el barro seco de las paredes. El forastero miró hacia un rincón oscuro, de donde provenía aquel sonido. En la oscuridad, y sin ver absolutamente nada, estiró su mano y sintió una piel seca, dura y maltratada por el tiempo. Agarró aquel objeto con las dos manos y lo llevó a una ventana, a través de la cual, la luz de la luna lo ayudaría a ver con más claridad, pero su sorpresa y admiración fueron grandes al darse cuenta de que aquel objeto era un viejo tambor. Exclamó fascinado: ¡un señor tambor!

El forastero intentó salir de la casita con el tambor en sus manos, pero escuchó voces que se acercaban por la calle; decidió volver a la bodega de cosas olvidadas, dejándolo de nuevo en su lugar e irse a dormir a una casa que había arrendado por unos días. Durante toda la noche, su mirada fue como la de un búho, que mira insistente hacia un punto fijo. A lo largo de varias lunas, escuchó las percusivas palabras de un tambor que pedía ser salvado del olvido, y no dejaba de pensar en el sonido que estallaba en el silencio de la noche.

Un día, no aguantó más, y se dispuso a crear un plan, con el fin de ocultar el tambor en un lugar donde lo tendría hasta salir del pueblo e irse lejos. Sintió la necesidad de tenerlo a su lado y llevarlo junto a él a todos los lugares, pueblos y ciudades. Pues, ni corto ni perezoso, esperó a que llegara la noche y entró con prudencia absoluta a aquella casita, luego, al cuarto de cosas olvidadas, y agarró

el tambor con sus dos manos; parecía un niño con su primer regalo de Navidad. Al salir, caminó rápidamente entre las calles oscuras llevando el tambor en sus manos. Cuando llegó a su refugio, lo escondió entre sus pertenencias y lo cubrió con una tela de colores fluorescentes. Esa noche no pudo dormir, pensando en las aventuras, pero también en sus posibles desventuras, si no hacía las cosas con cautela e inteligencia.

Llegada la mañana, Dámaso, que tenía la costumbre de saludar en cada cálido amanecer, le tocó la puerta insistentemente; el forastero, lleno de miedo, no se atrevía a abrir la puerta, pues creía que alguien lo había visto con el tambor la noche anterior. Dámaso decidió asomarse por la ventana y vio al forastero sentado en la cama con los ojos abiertos como si hubiera visto un fantasma; le dijo en voz alta, ¿oiga, y usted no va a ir al arroyo?, lo estamos esperando, ¿se acuerda que nos prometió que hoy saltaría desde la loma de piedra? El forastero se sintió tranquilo, cambió el semblante de su rostro, y una sonrisa empezó a manifestarse, hasta convertirse en una loca carcajada. Se levantó como un rayo y salió de su casa corriendo hacia el arroyo.

Ese día, el pueblo lo esperaba y, cuando lo vieron llegar, nadie lo podía creer, parecía como si cada uno de los presentes tuviera la fortuna de ver a Batata de nuevo, alegrando el alma de los desafortunados. El agua del arroyo esta vez tenía la fuerza de un río enfurecido y había que nadar para poder cruzarlo y llegar a la loma de piedra; así era como sus pobladores le llamaban. La gente empezó a gritar, para darle valentía y coraje, pero él se sintió extraño, no sabía si salir corriendo a su casa y enclaustrarse, o aceptar el reto. No obstante, sin pensarlo, se despojó de su camisa y sus abarcas, observaba la fuerza y rapidez del agua y, al tiempo, miraba a los pobladores que pregonaban con voces de guerra. Aún no se decidía, pero todo cambió cuando las voces de los pobladores ya no fueron gritos, ahora se habían convertido en un canto, en un sonido tan

poderoso que movía su piel, su cabello, sus ojos, sus pies, sus manos. Agarró un poco de tierra amarilla, la apretó fuertemente, cerró sus ojos y empezó a moverse como un mapalé capturado, pidiendo ser devuelto al agua. Se movía tanto, que parecía un viento rebelde haciendo remolinos en la arena y, sin pensarlo, solo sintiendo, se lanzó al arroyo, nadó hasta la otra orilla, subió la loma de piedra y dio un salto que, ni siquiera Casimiro, el gran saltador de la población, había logrado.

Todos los presentes quedaron fascinados y ese día fue de fiesta. En la plaza, hicieron un sancocho de cinco carnes, hubo ron, cerveza y la música era de los tiempos del festival de música del caribe. La gente del pueblo bailaba con tanta fuerza y destreza que parecían no tocar el suelo. Al forastero lo sentaron en una gran silla, sobre la cual, solo sentaban a los triunfadores. La silla tenía patas de un metro cada una, un espaldar decorado con lentejuelas de colores y una gamuza vino tinto. Pero la mente del forastero no estaba ahí, pues él solo pensaba en su tambor.

Cuando llegó la noche y todos estaban ebrios, se levantó de la silla con cuidado y caminó despacio, pero luego, corrió con tanta rapidez, que ya no se vio más en el horizonte. Llegó a su casa y levantó la tela de colores fluorescentes, pero el tambor no estaba. Buscó ansioso por toda su casa, hasta que miró por la ventana y vio un rayo de luz, que parpadeaba en los matorrales, le llamó tanto la atención que decidió saber qué podría ser lo que había en ese lugar. Sin titubear, se acercó con cautela. La luz poco a poco fue revelando un enorme tambor, este era tan grande e imponente que superaba en altura al forastero y, sutilmente, se zarandeaba como si alojara en su interior un alma de movimiento constante.

El forastero acarició con cuidado el cuerpo de madera, las cabuyas gruesas de fique y le dio un toque al cuero templado con la palma de su mano, que fue suficiente para que el tambor resonara tan fuerte y se escuchara un retumbe tan grande, que la arena amarilla

de aquel lugar se levantó en forma de un remolino, que cubrió el pueblo por completo. La gente se despertó en medio del sueño que dan los tragos, se asustaron y corrieron como corderos huyendo del cazador. Entraron a sus casas, miraron hacia arriba y luego al horizonte como si conocieran la causa de todo ese caos. Dámaso, quien además conocía los secretos y las leyendas del pueblo, recordó la expresión de preocupación del forastero en días anteriores y, obedeciendo a sus sospechas, se dirigió a la vieja casa de Evaristo, quien había fallecido unos años antes.

Entre sus pertenencias dejó guardado su más preciado tambor, con el que había ganado varios festivales y fue en su tiempo el mayor tamborero de toda la región. Dámaso, empezó a buscar el tambor, pero se dio cuenta de que no estaba y enseguida recordó cuando el mismo Evaristo una vez le dijo: “El tambor llamará a su nuevo señor, y este se revelará ante él, y cuando esto suceda, todos serán testigos de su celebración, empezando con un gran remolino de arena, como si en el mismo Palenque bailaran tanto, que hasta la tierra se levanta para ser invitada”. Rápidamente fue al centro del pueblo, tal y como es la costumbre.

El centro del pueblo solo eran dos calles que se cruzaban, pero todo lo que acontecía debía ser solucionado en ese lugar. Los demás pobladores, al ver a Dámaso, se acercaron a él y trataron de llevárselo por miedo a que muriera en el remolino de arena, pero Dámaso se los impidió. En su lugar, en pocas palabras y con voz fuerte, les dijo que pregonaran hacia el norte donde el mar mueve las voces, y así lo hicieron, y de manera milagrosa, poco a poco el remolino de tierra se alejó, muriendo en los montes de María, y un silencio profundo se instaló en la ribera del arroyo, que permanecía inmóvil, pero tan inmóvil, como si una orden le hubiera sido dada.

Las familias, desde sus casas, miraron por las puertas entre abiertas, por las ventanas y por entre las sábanas. Algunos empezaron a salir

con los ojos tan abiertos que parecían linternas, algunas mujeres preñadas recibieron sus dolores a la misma hora, como si se hubieran puesto de acuerdo; las parteras prepararon sus remedios, sacaron las plantas medicinales de sus canastas y alistaron todo para los partos. Un niño, gritó: ¡mango, hay mango!, y los jóvenes, y adultos los recogieron casi todos; nadie se lo esperaba, la época de frutas se había adelantado, era un milagro. Las ciruelas y las guanábanas colgaban maduras solo para ser recogidas y se pudiera disfrutar de su pulpa. Los llantos de los recién nacidos se escucharon al mismo tiempo, las voces de alegría invadieron el ambiente, el arroyo empezó a correr como río embravecido y los cantos de mujeres y hombres hacían feliz el alma.

De pronto, en medio de la alegría, se vio a los lejos la figura de un hombre que se acercaba arrastrando un huacal. Ese hombre empezó a ser reconocido, sí, era la figura de Evaristo, el gran tamborero, y dentro del huacal venía el forastero pregonando; no se sabía que decía, nadie le entendía, era un sonido, una percusión, un golpe de tambor a voces. Los pobladores no lo podían creer. Mientras tanto, Evaristo miraba a cada uno, pero de repente, un trueno se escuchó en el cielo y un relámpago apareció con su gran destello. Llenos de miedo, todos cerraron sus ojos y, al abrirlos, ya Evaristo no estaba. Ahora, vieron frente a ellos un tambor con la piel ardiendo en fuego, pero no se quemaba. Un hombre agarró un balde con agua, y amagó lanzarla para apagarlo, pero Dámaso lo detuvo y dijo: hay que dejar que el fuego afine el cuero.

Cuando el forastero fue sacado del huacal, este no dejaba de sudar, pidió un poco de agua y se la bebió en un instante. Sin tomar descanso, señaló a un joven, le pidió que tocara el tambor, pero este se rehusó pues tenía miedo de quemarse, pero el forastero le insistió tanto, que el joven sacudió sus manos y fuertemente dio un golpe al tambor, que apagó el fuego instantáneamente. Siguió tocando de manera tan descomunal, que sus propias manos se pusieron rojas

como carbón ardiendo. El forastero, al escuchar el ritmo del tambor, empezó a bailar, no paraba, era un cuerpo desaforado sin control. La gente lo rodeaba, pues se sentían atraídos por la euforia. Veían en aquel hombre, a un mítico personaje de los que tanto les hablaron sus ancestros cuando, aún en la época de las alegres ambulancias, Graciela cantaba el lumbalú, que despertaba a borrachos y movía las ramas muertas; cuando Batata tocaba el tambor sin descanso; cuando Pambelé daba una trompada y nadie se levantaba; cuando la champeta se bailaba en una sola baldosa; cuando el bantú se resistía a desaparecer; cuando las cocadas, las alegrías y el tamarindo con azúcar se vendía como pan caliente; cuando el tambor era de todos y no de pocos; cuando no nos daba pena mover los pies con el retumbe de la África casi olvidada; cuando la lengua heredada de los esclavos era nuestra madre.

Así, así de esa manera, todos admiraban a este hombre que llevaba un color y un ritmo por dentro, un hombre común y corriente.

Evaristo y los anteriores a él lo habían profesado que el mismo Benkos Biohó, antes de unirse a la eternidad de las almas, dijo que la libertad de un hombre llegaría cuando este fuera prisionero de un tambor, que camina, que es juglar de la tierra, que es alegría y tristeza, que mueve hasta lo inerte con el estallido de su voz, que entra en las venas y nunca se va, que se une a sus genes y está presente hasta en las generaciones próximas.

Así fue como lo logró este hombre, un simple forastero, un visitante, un caminante, un viajero de viajes sin fin, un aventurero sin libros escritos, sin biografía plasmada en papel, solo en la memoria de los que lo vieron y bailaron junto a él sin descanso día y noche, prendieron fogata cuando la luna no estaba ahí, sino en sus salidas nocturnas de sinvergüencería. En el día, el sol calentaba tanto para que se cansaran rápido y se callaran; pero no había poder que los enmudeciera y, mucho menos, los parara.

Después de varios días de tanto celebrar, y cuando ya los cuerpos no pudieron más y fueron vencidos por el cansancio y el sueño, el forastero, que ahora era un prisionero del tambor, salió caminando por el sendero en el que las aguas se estancan cuando llueve sin parar. Miró hacia atrás, sonrió y dijo: voy a la fiesta, aún me esperan. A lo lejos, se fue perdiendo en el horizonte y, al despertar, todos los pobladores lo buscaron sin encontrarlo. Solo escucharon a Dámaso que dijo: “el prisionero del tambor andante volverá”.

Los pobladores de aquel pueblo, en donde sucedió toda esta historia, aún dicen que cada año el prisionero vuelve a alegrar con tambor y baile los días en que el sol sale tan brillante, que se engalana para la luna coqueta.

Fin

TERCER PUESTO

La prisionera

Johnnier Guillermo Aristizábal Santa
Cine y Televisión

Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
johnnier.aristizabal@uniagustiniana.edu.co



Nunca voy a olvidar el vestido dorado que ella vestía cuando la conocí. Atravesó el umbral de la iglesia, proyectando su belleza a través de los pasillos tornasolados por el éxtasis religioso de los vitrales. Su figura se impuso sobre la agonía y sacralidad de los santos. Caminó hacia el confesionario y se sentó con una postura perfecta. Yo la vi peregrinar hasta allí desde el púlpito. Llevaba pocos meses en la parroquia y me gustaba preparar mi homilía ajustando las frases e imaginando los rostros de mis feligreses ante las verdades de Dios, que ellos comprendían gracias a mi ingenio. Pues incluso las verdades divinas requieren ingenio para ser comunicadas. Recreaba en mi cabeza los cambios de tono y ritmo en aquellas frases que harían ineludible la aceptación de mis reflexiones.

Pero, verla caminar a través de la nave lateral de la iglesia, atrayendo toda la luz sobre su cuerpo, me hizo sentir el misticismo de la anunciación, el fervor profundo de una presencia divina. De inmediato, me coloqué los lentes para verla con precisión. Mi emoción se disipó al ver que simplemente se trataba de una mujer elegante y hermosa. Cuando ella ingresó al confesionario, de inmediato fui a su encuentro y allí su aroma invadió mis sentidos, me sentí envuelto en su perfume. Me hundí en una espesa bruma de calma y plenitud. Respiré profundo, abrí la ventana y, antes de decir algo, ella se adueñó de la confesión. Lo que sigue es el recuerdo que he ido reconstruyendo en mi memoria de las furiosas palabras que ella me encomendó.

No tengo los sacramentos padre, ni me he confesado pero, ¿podemos hablar un rato? Le puedo contar todas estas cosas que no me atrevo a contarle a nadie y que se repiten en mi cabeza todo el tiempo y ya no sé qué hacer con ellas. ¿Por qué soy lo que digo, lo que pienso, lo que hago, lo que deseo? ¿Por qué es malo ser uno, padre? ¿Por qué es malo amar, padre? ¿Por qué las personas no comprenden la ternura, el placer que se siente al ser complacido, al complacer? Yo soy así. Yo amo sin medida a todo lo que me rodea

y no tengo miedo de hacerlo. Tengo miedo de la gente, padre, de todos los que juzgan y condenan y desprecian y persiguen y que-man, padre. Y no sé qué hago aquí, yo no quiero perdón, yo no he hecho nada malo, solo doy amor. Quiero hablar, que me escuche. Usted puede hacerlo, ¿cierto, padre? Aunque yo no crea en lo que usted representa. No me malinterprete, padre, yo no tengo nada en contra de usted o sus creencias. Es solo que la libertad es el valor más importante de un ser humano y ninguna creencia o promesa de salvación puede reprimir eso. Pero también sé que muchos de ustedes son misericordiosos y pueden dar sosiego a un corazón podrido de latir, a un alma prisionera de su voluntad ¿Usted puede ser misericordioso conmigo, padre?

En ese momento, la luz de sus ojos iluminó mi celda. Fue el único instante en que vi su mirada, en la que fulguraban todos los matices del verde, apasionados e inocentes al mismo tiempo, como una galaxia en un firmamento divino. No sé si ella me vio o escuchó cuando respondí afirmativamente a su clamor. A través de la reja, parecía una inocente criatura salvaje, víctima de pecado por omisión.

No quiero su perdón, padre. Porque estoy cansada de amar sin medida y estar atrapada en este deseo que me quema todo el tiempo y por más que trate de oprimirlo o ignorarlo, el deseo siempre me vence. El deseo de amar todo lo que me rodea, ¿puede entenderme? ¿Puede usted sentir ese impulso de besar a la mujer que llora en la mesa de un bar, de dejarse poseer por el salvaje que atraviesa la noche, de ahogar en mis abrazos el llanto nocturno de los huérfanos insomnes? ¿Lo siente, padre? ¿Escucha el ruego imperecedero de los atormentados que viven porque les toca? Yo sé que me entiende, pues ve en los ojos de sus feligreses el anhelo de llenar sus vidas con una esperanza remota que solo se cumplirá en la muerte. Sus palabras son suficientes. Pero, en mi caso, no puedo dejar de actuar, de darme a los otros incluso más allá de su

prójimo, como si todos brotaran de lo profundo de mis entrañas, como si todos hubiesen nacido en mí. ¿Cree que estoy loca, padre, cierto? Debe ser locura esto que llaman belleza. Yo siempre supe que era bella. Desde muy niña me di cuenta pero nunca he sido vanidosa ni engreída. Crecí en una finca cuidada por los empleados de mi familia. Hasta los cuatro años, me bañó mi nodriza; a los trece, mi madre me educó leyéndome historias de todo el mundo, consignadas en un enorme cuaderno que ella misma había transcrito; a los dieciocho años, mi padre murió sin dirigirme ni una sola vez la palabra; a los veintiún años, mi madre entregó su riqueza a una orden de religiosas a cambio de alojarnos por siempre a las dos. Mi destino estaba consagrado a la soledad y la oración. Pero, cuando fuimos a instalarnos, me fue prohibida la entrada en el lugar por no tener ningún sacramento, así que mi madre me dio algo de dinero, besó mi frente y se internó en la casa, dejándome a mi suerte. Tal vez las religiosas creyeron que una mujer hermosa no podía amar a Dios. Al contrario, había nacido para ser amada. Y no me he aprovechado jamás de ello pues todo lo que soy lo he ganado con mi esfuerzo. Y no ha sido fácil, menos en este mundo, en el que, si uno no tiene marido, no tiene derecho a ser mujer. Mi belleza me protege de todos, nadie se atreve a perturbarme ni trata de poseerme. Una vez, quisieron violarme. Mi victimario se puso a llorar luego de romperme la ropa y dejarme desnuda. Y ante su llanto, mi miedo se disipó. Lo abracé y dejé que llorara hasta que nos encontraron. Allí no hubo crimen alguno y yo tampoco quise condenar a ese pobre hombre. Se fue por sus propios pasos y nunca más se supo de su destino. Ese día fue para mí una revelación y desde entonces aprendí que le hacía un bien a todos, pues era el bello remedio para su desesperación. No había tristeza si los míos gozaban de mi presencia y por ello dedique mis días a caminar por todas partes, desvaneciendo la soledad ajena, convirtiendo la ira en calma. Empecé a sentirme como un ser divino, una diosa entre los mortales. Perdóneme, padre, perdóneme por blasfemar en su

templo, yo sé que para usted existe un solo Dios, una sola fe. Pero su fe nos ve a nosotras como las santas esclavas de su voluntad y no se da cuenta de que lo más importante es la libertad, padre. La suya. La mía. La de todos aquellos que nacen...

—No puedes hablar de lo que desconoces. Eres una mujer sin fe. La fe permite creer en algo que va más allá de tu percepción material. Y hasta ahora, solo te has presentado como una mujer vanidosa y hedonista.

—*¿Seguir nuestros propios deseos o nuestra voluntad es hedonista padre?*

—Es hedonista aquel que solo piensa en su beneficio.

—*Pues, mejor pensar en mí misma que vivir esclava por la voluntad de otros.*

Hubo silencio entre los dos. Ella sacó un pañuelo, limpió sus ojos y nariz. Lo guardó de nuevo. Yo la observaba a través de la ventana. Estaba afligido por mi imprudencia, pues lo único que realmente deseaba era escucharla. Su silencio era como si no estuviera allí, como si nuestra conversación nunca hubiera iniciado y todo lo que yo había escuchado fuera el patético monólogo de un solitario, que vive refugiado en sus pensamientos.

Padre, usted no puede evitar ser consecuente con su vida. A mí me pasa lo mismo, no me malinterprete cuando hablo de la libertad y pareciera que estoy en contra de usted. Yo no estoy contra nadie, estoy a favor de todos. Usted tiene la palabra y yo tengo la belleza. La belleza, padre. ¿Usted puede comprenderla? ¿Gozar de ella? La carne está prohibida y solo puede deleitarse con mi presencia. Pero no puede poseer. ¿Puede la mirada ser tan sensual como el tacto? No lo estoy tentando, no quiero eso. Lo único que quiero es ser escuchada. Este lugar fue creado para eso. Para que nos escuchemos.

De nuevo, el silencio. Solo oía la perfecta cadencia de su respiración. Ella se puso en pie y salió del confesionario. Seguí el eco de sus pasos hacia el altar y allí se detuvo. Cuando salí a su encuentro, ella estaba arrodillada a los pies de la virgen de piedra que hay en la nave occidental del altar. Yo me acerqué prudentemente y me mantuve a unos pasos de distancia.

Nadie puede ser como ella. Eternamente pura. Eternamente adorada, sin importar cuántos siglos pasen; incluso, cuando el último ser humano haya abandonado la tierra, su aura de perfección permanecerá. Esta estatua será prueba de ello. ¿Y nosotros, padre? ¿Tenemos derecho a esa eternidad? Su credo lo impulsa a afirmar que la vida eterna es para todos los que tienen fe. Pero usted ya lo dijo, padre, yo no tengo fe. Ni la tendré. En mi tumba no habrá testimonio de creencia alguna. Tan solo mi nombre y la huella del tiempo en que mi presencia fue posible. Ante la muerte, la belleza no es más que un placebo para alivianar la finitud de nuestra existencia.

Me senté en una de las bancas y dirigí mi mirada hacia la luz de los vitrales. Y pensé que esa luz es la misma que atraviesa la oscuridad del universo. Somos los testigos de la eternidad y no podemos más que esperar a convertirnos en parte de esa luz. O ser oscuridad.

Quisiera ser de piedra para no sentir más el deseo ajeno.

Al verla en el suelo, a la sombra de la estatua, sentí que ella era la manifestación humana de la belleza que había sido esculpida por el artista. Ella era la posibilidad del reino divino en la Tierra. Y así, pude comprender lo que quería decir, la forma en que su sola existencia podía impulsar los deseos y la voluntad de quienes existieran a su alrededor. Incluso, sentí que mi destino como sacerdote estaría completo si supiera que ella estaría entre mis feligreses en cada ceremonia; sabría que mis palabras serían oídas por alguien y no serían el entretenimiento de una masa anónima que anhela la verdad. No quería dejarla ir. En ese instante, me esforcé por hallar

el modo de retenerla a mi lado. Sé cómo suena lo que digo: el deseo dominando la fe. Y no me arrepiento de ello. En ese instante creí que con ella, podría lograr cualquier cosa que me propusiera. Todos necesitamos una adoración que impulse la voluntad de nuestra existencia. Dios la había puesto en mi camino para continuar con su obra en mi parroquia. Pero estaba equivocado. Ante la ilusión, la realidad impone un orden del que es imposible evadirse. Ella se puso de pie.

Sé que lo está pensando, entiendo lo que desea, pero no me voy a quedar, padre. Pero yo no quiero más esta vida en la que el amor de otros justifica todo lo que hago. ¿Piensa usted que podemos tener una vida juntos? ¿Piensa que seré la piedra angular de su obra mística? ¿Piensa que mi belleza sería capaz de atraer a todos aquellos que se han alejado de la luz? ¿Acaso me equivoco, padre? No creo que esté dispuesto a aceptar que yo no me quede con usted. Pero también sé que usted no tiene otra opción distinta a dejarme ir.

Ahora, era yo la estatua y no quería darle la razón. Sin mirarme, ella se dio vuelta y fue a la salida por la nave central; caminaba a través de la luz envuelta en su vestido dorado, fundiéndose con los últimos rayos del día. Pensé que la perdería, corrí hacia ella, la agarré de un brazo para atraerla hacia mí. No opuso resistencia, solo ocultó su mirada. Le impuse toda mi fuerza, pues necesitaba estar seguro de que ella era real, que todo provenía de una entidad material. Sentía cómo mis dedos agarraban sus brazos firmes y tonificados al mismo tiempo que la miraba intensamente, esperando alguna reacción de su parte.

—Escúchame. Si en verdad crees que puedo darte sosiego, entonces, abre tu alma y deja que te ayude a encontrar la redención. En este templo hay lugar para todos, sin importar su pasado. Todos pueden tener un porvenir, si aceptan hacer penitencia y recorrer el camino de la salvación. No estás condenada. Ni lo estarás, si

aceptas que debemos estar juntos, que a mi lado ya nada volverá a dolerte.

—Si me quedo en este templo, la libertad será un recuerdo imposible. Un tormento del que jamás me liberaré. Lo único que quiero es huir y olvidar lo que soy.

Sin mirarme puso su mano en mi rostro.

—Le pido perdón por atormentarlo. Usted es un hombre santo a quien no debí perturbar. Al final del día, esto será tan solo una confesión y yo una mujer más que ha venido a buscar la calma, que solo la confidencia podría darle. El secreto. La confesión. Vine para alivianar mi carga y no para cambiar de prisión. Yo sé que usted puede entenderme, padre, ha sido educado para esto. Tiene la disciplina para cargar los tormentos ajenos. No convierta mi delirio en el suyo, padre.

Tomó mi cabeza entre sus manos y yo cerré los ojos. Besó mi frente. Y luego, la ausencia, la añoranza, el vacío. Cuando abrí los ojos ella se había desvanecido.

Me senté en la banca frente a la virgen de piedra y la observé. Podía recrear cada palabra que ella me había dicho, pero su rostro, me era imposible. Frases sin gestos que ahora existían en mí como una resonancia que hacía temblar todas mis certezas. Al momento de la misa, confundí a mis feligreses mezclando las frases de la confesión con el sermón que había memorizado. Perdía la concentración, buscándola entre la gente que escuchaba sin reparo mis palabras.

En los días siguientes, la esperé pacientemente a la misma hora en que ella había entrado a mis dominios. Aun hoy, esa espera es un ritual que cumplo sagradamente. Es la única prueba del encuentro que tuvimos. Tampoco le he contado esto a nadie y, si lo escribo, es para que el recuerdo no se pierda conmigo cuando sea demasiado viejo o cumpla con mi destino en el reino de Dios.

A veces, en la noche, otras, en la madrugada, salgo a recorrer los caminos del pueblo buscando un rastro de su existencia, alguna prueba de que su belleza sea real. Incluso pregunté por el incidente de la violación en la estación de policía pero no había prueba de ello. Qué tonto fui. Ella misma me contó que había evitado la denuncia. No se puede condenar a nadie por llorar.

Los días pasaban y la sensación de que nada había ocurrido y que todo era producto de mi imaginación intentó apoderarse de mí. Perseguía la ilusión de su rostro en los frescos de la iglesia. Rastreaba su perfume entre las mujeres a quienes daba la Comunión. Daba la misa sin lentes para imaginarla entre la masa difusa de los feligreses. Dedicaba mis oraciones a su bienestar e intentaba soñar con ella.

Todo era en vano. Nunca la encontré.

Una noche, a punto de cerrar las puertas de la iglesia, una elegante mujer madura entró y pidió hablar conmigo a solas. No como una confesión, simplemente quería charlar. Yo acepté. Ella era morena, robusta, atractiva, no usaba maquillaje y había nacido para tener esa edad. Sus gestos eran dignos, recios y no le importaba que sus arrugas asomaran mientras hablaba. Se dio la bendición y manteniendo su mirada fija hacia el rostro de Cristo, inició la conversación.

—Padre, soy pecadora pero no quiero el perdón. Tengo todos los sacramentos y soy viuda desde hace algunos años. Siempre he sido religiosa y no pasa día en el que no haga mis oraciones. La obsesión me ha llevado a cuestionar quién soy y si la vida que he tenido ha valido la pena. Conocí la belleza, padre, en el cuerpo de una mujer. Conocí la forma más pura del amor, gracias a ella. No me malinterprete, padre. En realidad, nada sucedió. Todo lo que vengo a decirle es la ilusión de una noche, hace diecisiete semanas. Una mujer apareció en mi finca pidiendo posada y algo de comer, pero

sin dinero. Yo no quería abrirle e intenté hacer que se fuera. Pero ella insistió con dulzura y, ante sus ruegos, yo no pude más que aceptar su petición. Y al hacerlo, la vi resplandecer en un vestido dorado bajo la luz de la luna...

—Su rostro —la interrumpí— ¿puede describirme su rostro?

—Hacerlo sería traicionar la esencia de su belleza. Mis palabras son insuficientes. Ella es una luz perpetua que fulgura, incluso en la noche más oscura.

La mujer continuó con su relato pero yo dejé de escucharla. Me bastaba con saber que ella era real y que aún existía, aunque la prueba de ello fuese el testimonio obsesivo de una mujer solitaria. Cuando terminó de contarme su experiencia, se dio la bendición y esperó mi respuesta.

—¿Para qué ha venido, si no quiere la absolución?

—Quiero saber si usted la ha visto u oído de ella por cuenta de sus feligreses.

Decir la verdad me hubiera liberado. Pero preferí mantener conmigo la ilusión y el secreto. Desilusionada, la mujer me entregó una tarjeta con sus datos y me pidió que la contactara si llegaba a saber algo, así fuese un rumor. Asentí en silencio. Cuando la mujer estaba yéndose, la detuve con una pregunta:

—¿Qué hará si la encuentra?

Sin girarse me respondió:

—Sería mi prisionera. Tal como yo lo he sido todo este tiempo.

La mujer se fue. Y así encontré mi respuesta: si volviese a encontrármela, yo también la haría mi prisionera. Si antes su belleza no me vencía de nuevo.

Fin

categoria ADMINISTRATIVOS



PRIMER PUESTO

El eterno



Lina Tatiana Rada Landínez
Directora de Proyección Social
Vicerrectoría de Desarrollo Humano
proyeccionsocial@uniagustiniana.edu.co



¡Descanse en paz!, fueron las primeras palabras que se escucharon en La Clarita aquella mañana. A partir de ese instante, sentí que mi corazón también tenía la intención de detenerse, pues no soportaba la sensación de perderla. Recuerdo cómo mis manos transpiraban por la gran ansiedad que traían a mí sus recuerdos. Cerré mis ojos por un instante, me arrodillé frente a su cama y noté cómo un delgado haz de luz se filtraba en su habitación por la rendija de la puerta. En ese momento, percibí cómo las sombras de los demás espectadores se movían frente a La Clarita; eran voces diferentes, que no lograba distinguir, pese a mis enormes orejas.

Me puse de pie, tomé su mano e incliné mi cuerpo para darle el último beso, mis labios sintieron su rostro que estaba totalmente frío y por un instante pensé que todo era un sueño y, por supuesto, de eso se trataba. Desperté y noté que en mi mano derecha tenía un sobre arrugado; ha de ser que me dormí apretándolo tanto que ni cuenta me di. Empecé a recordar quién me lo había entregado, pero no lograba distinguir las imágenes con claridad, pues me encontraba tan agotado a causa del desgarrador acontecimiento que había tenido el día anterior. Eché cabeza, como decimos por aquí, y empecé a unir las piezas. Recuerdo que salimos de La Clarita junto con los más allegados, nos adentramos en un viaje lento, lleno de flores y una gran cantidad de lágrimas que brotaban de los ojos de todos los espectadores. Al llegar al lugar, alcé mi rostro y lo primero que mis ojos vieron fue un despampanante hombre, vestido de mil colores, como si de una gran celebración se tratara, cuando en realidad era otro contexto, totalmente gris.

Decidí no prestarle atención alguna; continúe caminando con el peso del ataúd en mis brazos y el dolor en mi corazón; éramos seis los hombres que la cargábamos, y así llegamos al lugar donde ella iba a estar para siempre. De repente, el señor pintoresco se acercó con un gesto misterioso, tomó mi mano y me entregó un sobre; le

pregunté de qué se trataba, él sonrió y sin decir palabra dio vuelta y partió.

De nuevo en La Clarita, intenté recordar cuando de pequeño dormía junto a ella. Me recosté en su cama, tal como ella la había dejado, pero los murmullos, sollozos y gritos eufóricos del 20 de Julio no me permitieron continuar en mi catarsis. Así que, al ganarme la curiosidad, me dispuse a levantarme. A mi mente, llegó fugaz esa rutina diaria enmarcada por mis deberes corporales, que me permiten sacudirme, dejar mi cuerpo perezoso e intentar despertar mis piernas para lograr el primer propósito del día, sentarme al borde de la cama. Logrando este importante acontecimiento, resolví tomar mis anteojos, dirigí la mirada hacia la mesa y sobre ella vi el vaso de vidrio en el que ella, noche a noche, dejaba su sonrisa refrescándose. Noté que, aún en mi mano derecha sostenía el sobre que aquel personaje me entregó.

No tenía mayor interés por abrirlo porque nada me la iba a devolver, así que lo tomé y lo dejé encima de la mesa. Aún sentado al borde de la cama, miré a mi alrededor y detallé a La Clarita como la he conocido desde que era pequeño, bastante espaciosa, iluminada, con dos plantas, una cocina llena de sabor y varias habitaciones, en las cuales habitan los más grandes secretos. Mi espacio favorito es sin duda el enorme patio, en el cual se aloja un extenso jardín que inspira libertad, donde el aire corre, los pájaros arman sus nidos y las mariposas vienen y se van. Pero sobre todo, ese es el lugar en el que puedo cerrar los ojos para activar mi sentido del olfato y percibir aromas únicos, que solo alcanzo a imaginar gracias a la cantidad de árboles frutales, peras, manzanas, arbustos de moras y unos cuantos lulos. Una huerta a la que siempre recurro cuando quiero encontrar una cura natural a mis congojas; sus fragancias y resplandecientes colores hacen del paisaje algo maravillosamente perfecto, que a mi edad puedo disfrutar tranquilamente.

Después de haber contemplado y recordado, decidí tomar el sobre. Lo desarrugué, lo moví y lo miré a través de la luz que se reflejaba en la habitación para ver si podía notar algo; pero no, así que me ganó la curiosidad. Poco a poco, lo abrí, pues no quería que se dañara lo que se encontraba en su interior; saqué una hoja, la desdoblé y empecé a leerla. Era ella...

Amado hijo:

Tú fuiste la última alegría que llegó a mi corazón, eres tan igualito a tu padre.

Soy el menor de cuatro hermanos, Abel, el mayor, medía poco más de un metro ochenta, de huesos grandes y piel sobrante, de grandes mejillas, las que estaban llenitas de pecas color café, que le daban cierto toque de picardía. Mis hermanas, Ana y Ema, eran igualitas; recuerdo sus grandes ojos cafés y su cabello fino. Y, finalmente, estaba yo, siempre recordado por mis inmensas orejas, así que algo debía heredar de él, como decía mi madre.

... Te recuerdo por tus infinitas picardías, esas que tanto mal genio me causaban, pero que luego llegué a comprender. Eras un pequeño con grandes ansias de conocimientos, de explorar mundos inigualables que creabas en tu mente...

Me detuve e imaginé lo que mi madre pudo estar pensando en ese momento. En La Clarita, cada uno tenía su espacio. El cuarto de Abel, mi hermano, siete años mayor que yo y amante de las historias fantásticas, siempre fue mantenido por él como un universo mágico de grandes historias, en el que cada uno tenía bajo su poder un imponente reino. La habitación que miraba al patio era de Ana y Ema, ellas la catalogaban como un lugar donde primaba el gusto por los animales, las artes y la música. Y estaba este lugar donde justamente me encuentro hoy sentado. Recuerdo con total respeto, que el único espacio intocable era esta habitación, la de

mis padres, en donde guardaban sus más íntimos secretos, como si de un cofre se tratara.

... Sé que hoy te encuentras en una edad en la que entiendes que el amor de tus padres será único e irremplazable, es el tipo de amor que no tiene límites, en el que sí existe perdón y los errores no se juzgan, se fortalecen, como hojas de aprendizaje que forman tu vida...

Con el vacilante ruido del exterior, me detuve a recordar esos días de lluvia, cuando el sol se negaba a mitigar el frío y, abrumada, mi madre iba y venía por el pasillo interior hasta lograr entibiar su cuerpo. Luego, con un fuerte apretón, nos compartía su calor y lograba que todos recibiéramos sus fuertes energías de amor. Hasta este momento, he sentido gran serenidad al saber que mi madre se fue tranquila y en paz...

... Te conozco tanto que sé cuando estas sintiendo tus mayores alegrías y así mismo sé cuáles son tus más profundas tristezas. Es por eso que hoy decidí decirle a mi buen amigo José, que te entregara esta carta, la cual escribí cuando eras aún muy niño, un día en el que vi cómo tu corazón se quebró, no como te lo estás imaginando, la muerte no tiene nada que ver. Aquí, el principal protagonista es Gregorio, como tú le solías llamar...

Ahora me embarga un gran sentimiento de culpa porque pudo ser él, el causante de que mi madre viviera con un profundo dolor, que solo llegó a manifestar cuando empezó a deteriorarse su salud. Gregorio, al que ella se refería, era un señor de carácter fuerte y misterioso. Siempre fue muy curioso para todos, sobre todo, cuando agarraba a mi madre y se encerraban en su consultorio; lo único que podía recordar era cómo Abel nos decía vengan para acá, no hagamos ruido, nos metíamos debajo de la cama y cerraba mis ojos, tan fuerte, por el temor que eso me causaba. Debo confesar

que siempre tuve mucho miedo porque no sabía que ocurría; mi madre salía llorando y desconsolada, nunca nos dijo qué pasaba allí adentro.

Gregorio era un médico herbolario, recuerdo que hizo colgar jaulas de diferentes tamaños y colores en las que se acogía un grupo de plantas medicinales. Pidió que en todas se colocara un papelito de memoria con los beneficios de cada una. Así, mi hermano Abel, además de ser el más curioso y él más preguntón, podría ir preparando sus conocimientos con el fin de recordar todo cuando fuera más viejo.

Siempre me causaron gran intriga las materas de color pardo que se encontraban adornando los diferentes espacios de La Clarita y en la que retoñaba cada mes un majestuoso arbusto de flores violetas a las que Gregorio, con inmenso amor, más del que nos tenía a nosotros, llamaba “eternos”. Para mí, siempre fue perpetuo el tiempo y me producía mucha ansiedad esperar cómo florecían dentro de La Clarita.

...Tu padre, Gregorio, era un hombre con muchos defectos, impaciente, frío y muy reservado con sus sentimientos, algo que soporté durante todos los años que estuve junto a él. Sin embargo, desde muy pequeños, fuimos muy cercanos, siempre fue y será mi mejor amigo y eso lo convertía en mi mayor confidente. Había algo en particular que lo mantenía intranquilo y que acentuaba aún más su personalidad indiferente y particularmente distante hacia nosotros. Teníamos grandes problemas, tú no los veías, porque eras muy pequeño y no entendías muy bien las situaciones incómodas por las que él tenía que pasar. Esto no quiere decir que ustedes tuvieran la culpa. No, por el contrario, siempre lo animaba a no ponerle cuidado a su hermano Hernando, ese que insistentemente lo persiguió durante muchos años hasta tal punto, que quiso sacarnos de La Clarita

para quedarse con lo que a él le correspondía de la herencia, sin que tus abuelos aún murieran.

Sé que recordarás nuestras reuniones en las que nos encerrábamos por horas en su consultorio y en las que muchas veces ustedes me vieron salir de ahí triste y llorando. A pesar de que éramos tan buenos amigos y confidentes, él decidía guardar sus secretos. Tal vez sería porque no quería que nosotros sufriéramos tan incómodos acontecimientos...

La verdad, a Gregorio lo detestaba con toda mi alma, tanto como pensaba que él nos detestaba a nosotros; era a la única persona que aborrecía en esta tierra, siempre tan frío, gritando, amenazando y llamando la atención. Era un egoísta. Era ese típico tipo de persona que era muy simpático y fingía agrado cuando estaba fuera de casa, pero que, adentro de La Clarita, ni nos determinaba. No olvidaré que, en un cumpleaños de Ana y Emma, el único regalo que pidieron fue un abrazo de él; Gregorio, muy precavido, se acercó a ellas y las dejó con los brazos extendidos, sonrió, dio media vuelta y se alejó. Nunca supe cuáles eran sus miedos o temores de que nosotros recibiéramos su amor.

... Hijo mío, sé lo que debe estar pasando por tu mente, esa impotencia de no poder hacer nada para cambiar las actitudes de tu padre hacia ustedes. Pero algo sí te puedo asegurar, y es la profunda emoción que él encontraba al verlos a todos reunidos en la llegada de los eternos...

Junto a mi madre y mis hermanos, éramos los primeros afortunados en presenciar este gran acontecimiento del que ella hablaba. Como si cada quien supiera ya qué hacer, mes a mes, dábamos la bienvenida a esto tan maravilloso. No sabía que había significado tanto para él.

—Estoy mirando desde aquí a mamá —dijo Ema—. Parece tan ansiosa, mi madre tiene, naturalmente, sus debilidades —añadió, después de un breve silencio—, así y todo, es una mujer poco común.

—El clima en Bogotá es bastante impredecible —decía Abel muy asustado, quien solo pregonaba— ¡otra vez! —Decía con desesperación— ¡Otra vez habrá lluvia!, como si fuera a propósito... ¡Qué triste!, los eternos no brotarán.

—¡No, muy bien!... ¡Que llueva! ¡Que llueva! —Exclamaba Ana— ¡Que se inunde todo el patio de los inmensos destellos violetas!

En sus manos llevaba un lazo de siete colores, con el cual había estado saltando durante horas, en el que ahora había llegado a ser el mejor de los escenarios y sería adornado con los colores del arcoíris para el majestuoso momento.

—¡Ven acá, Juan! —Le dijo Gregorio —Déjeme mirarlo un poco más de cerca.

Yo salté desde la alberca y salí corriendo con un balde lleno de agua; más eran las gotas que estaban en el suelo que el agua que realmente llevaba. Llegué donde Gregorio, con mirada tímida y como quien no quiere la cosa. Todos reunidos, me miraron y suspiraron sin saber por qué.

—¡Siéntese! ¡Siéntese! —Decía Gregorio con gran impaciencia—. Yo no le voy a decir cómo lo tiene que hacer, usted ya debe saber —y me daba una palmada en el hombro y se retiraba.

En el otro extremo, veía cómo su mirada intimidante me producía temblor en las piernas porque me generaba la certeza de que lo haría mal.

—¡Muy bien! —dije.

Y con total asombro y con mis manos húmedas y temblando me preparé.

—¿De qué te asustas, tonto? ¡Qué ser tan extraño! —Decía Ema.

—¡Basta, basta, Ema!... —Le reclamaba.

Suspiré algo molesto echando mi cabeza hacia atrás, tomé la manta, la puse justo en mi cadera, la abracé como si se tratara de un ser y comencé a girar con bastante ritmo, o eso era lo que yo creía.

—A ver Juan, ¿cómo es tu escena para la bienvenida de este mes?

—Me preguntó Helena, mi madre.

Me coloqué en pose y simultáneamente levantaba cada pie; con sus palmas íbamos rodeándolos de alegría. Después de dos vueltas, me detuve y en tono alto dije:

—¡Brotaaaaa ya!

Todos rieron a carcajadas, menos Gregorio, quien siempre mantuvo su entrecejo fruncido. Es gracioso, pensé. Era claro que me avergonzaba mucho hacer esas escenitas. Sin embargo, nada disfrutaba más que verlos sonreír.

—¡Por Dios, vean lo que sucede! —Dejé escapar un grito, con una amplia sonrisa tendí mis brazos, dejé el eterno en el suelo y con ayuda del sol, que se tornó más cálido, empezaron a brotar todos los eternos que adornaban a La Clarita.

De un momento a otro, cuando todos estábamos en completo silencio, salió él y dijo:

—¡Excelente! ¡Magnífico!

Y se frotaba las manos, contagiado de un gran entusiasmo, sentimiento que no le duraba más de un minuto. Pero, bueno, eso realmente no interesaba, porque un cuarto de hora después, La Clarita estaba inundada de un violeta grandioso.

... Ahora sabes, el porqué de sus limitadas muestras de cariño...

Realmente, siempre fueron un misterio sus actitudes hacia nosotros. Mientras me deslizaba a velocidad infinita, pasaba nuevamente por mi cabeza el recuerdo de los que amé, de los que habían partido sin que yo pudiera remediarlo. Todo esto había transcurrido en un minuto o en mil años, no sé; yo estaba ahí en completo silencio al principio y después acompañado de una música extraña, pero a la vez conocida. Era la que mi madre disfrutaba a diario cuando se disponía a embellecer con amor los espacios de la hermosa Clarita.

... Juan, ahora sabes algo de lo que el corazón de tu padre guardaba y la mágica fiesta que él creaba para la llegada de los eternos. Si pudieras darme un último regalo, sería que brotara por siempre un eterno en tu corazón...

Con amor, Helena.

Con la nostalgia que me embargaba, comencé a sentirme muy raro y a sentir que el aire me faltaba un poco. Inesperadamente, recibí una violenta convulsión, que me hizo ponerme en pie y, con pasos inciertos, noté que mi ropa era varias tallas más grandes que mi cuerpo. Me detuve a cortos pasos y preferí arremangarla para no caer; de pronto, noté que mis uñas estaban envueltas en tierra y, al mirar mis manos, con gran asombro me di cuenta que estaban muy estiradas, sin una sola arruga y sin pecas. Sorprendido, aceleré los pasos y poco a poco la distancia entre ambos fue haciéndose más pequeña; llegué a la ventana, pues el constante ruido me inquietaba, con mis cortos brazos y mi poca fuerza logré estirarme hasta abrirla completamente y al asomarme sentí que el corazón se me paralizaba al ver una figura conocida al otro extremo del patio. Empecé a correr desesperadamente, bajé muy rápido las escaleras, mientras algo me decía que esa pizca de pasado que solía detectar era justamente aquel perfil difuminado que se hallaba cada vez más cerca.

Mis pasos se hacían más ligeros, ya no recordaba nada, solo sentía que las sombras, que una vez vi desvanecerse, venían hasta mí renovadas y frescas a instalarse otra vez.

¡Llegué!, ahí, de pie, estaban ellos, Gregorio y mi madre; los abracé durante mil segundos, sentí una obligada necesidad de mirarlos a la cara, de tocarlos, de sentirlos, de cerciorarme que eran ellos. Cuando los reconocí, pude observar más detenidamente mi entorno. En el patio se encontraba Abel, esperándome para jugar a los reinos con su espada entrelazada en su pecho y su escudo colgando de su brazo derecho. En el otro extremo, estaban mis hermanas menores, Ana y Ema, saltando y jugando a la golosa, como si del mejor juego se tratara.

Mi padre, a quién por primera vez llamé de esta forma, con un gesto me señaló algo al frente: era un campo inundado de eternos, que adornaban a La Clarita. Sentí gran alegría, mi padre sonriente me tomó de la mano y lo abracé tan fuerte, que todos sus temores se desvanecieron. ¡Estaba feliz, volví a ser niño! Continuamos por el frondoso patio que adornaba y embellecía a La Clarita y, sin mencionar frase alguna, nos topamos con un eterno, mi padre tomó una de sus flores, la puso en mis manos y, como si él percibiera todo mi dolor, expresó la palabra que sanó mi corazón: ¡Discúlpame! Me dejé conducir por él, caminamos durante unos minutos por el frondoso campo de eternos y, mientras tanto, en mi mente yo iba dando inicio a nuevas aventuras.

Fin

SEGUNDO PUESTO

Purgatorio

Ángela Cristina Plazas Salamanca
Auxiliar de Office
Vicerrectoría General
vonbaquen1969@gmail.com

En un mundo, dentro de otro mundo, por poco me perdí pero, al encontrar la salida, me equivoqué de rumbo.

“¡Sal!”, me gritó con firmeza, pero al intentar hacerlo no pude, me sentía segura allí. Me faltó valentía, fue más fácil dejarme llevar. Reconocer los sentimientos de otros no es cosa natural, tenía suficientes con los míos, estaba tan llena de recuerdos dolorosos, que la culpa me atrapó en un ciclo de memorias oscuras. El arrepentimiento me llevó por imaginarios conocidos en los que repetía los mismos errores una y otra vez. Al tratar de usar las imágenes que necesitaba, me faltó imaginación. Sin energía ni defensas, seguí el sendero de los demás, imitando todos sus movimientos. Así llegué a la casucha. Había muchas opciones, pero algunas eran peor que otras. Estaba deteriorada, pero aún se sostenía en pie y, como estaba abandonada, pensé que podría quedarme allí. Me serviría de morada por el tiempo que la necesitara, no sabía cuánto. El miedo es una fuerza poderosa que se encarna con facilidad, en especial, si niega cualquier otra verdad.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me muero, pero al no creerlo, reviví.

Esa madrugada, soñé que me mataban, pero no podía morir. Confuso, me veía vivo en el sueño después del suceso, me movía igual y estaba en el mismo lugar, sentía las mismas penas y preocupaciones, vestía de la misma forma. Algo me indicaba que siguiera la luz, pero yo no veía nada. Era como si continuara vivo.

Recordé con exactitud lo que había pasado. Me amenazaban con una pistola sobre mi nuca mientras yacía arrodillado en el piso. Con calma, aceptaba en mi mente lo que iba a pasar, permitiendo al perpetuador que me disparara, mientras me preparaba. Aunque pensaba que me iba a doler mucho, no me importó. Respiré muy hondo cerrando los ojos, esperando el fogonazo y, cuando pasó, vi la escena con ojos adentro y afuera. Observé el brazo estirado

sosteniendo el arma y vi mi cuerpo preparado para el disparo. Al mismo tiempo, en ambos espacios, lo que veía, lo sentía también; una mezcla de miedo e impaciencia por terminar. Pero eso había sido todo.

Se suponía que me iba a ir, me decía a mí mismo que mi alma se iba a liberar. Me elevaría por encima de la realidad, dejaría de sentir agobio y tristeza, estaría en paz. Sin embargo, el conocimiento de mi obligación para concluir primero con mis días predestinados llegó hasta mi consciencia, de la misma forma que ese algo me avisó de una luz que no veía.

Me sentía igual que cuando estaba vivo. Tampoco hubo drama por mi deceso. Me colaba por entre las personas pero, al parecer, no podían verme. Pensé: “¿qué voy a hacer hasta que terminen mis días, sin saber cuánto tiempo falta o qué hacer como fantasma?”. Comprendí que mi muerte era vista como un suicidio y no entendía la razón. Necesitaba que alguien me explicara. Pero, un poco desesperado, me desperté. Apenas si recordaba el sueño. Me daba cuenta de que era extraño y me parecía que no era la primera vez que soñaba con algo así. Sin embargo, a diferencia de las veces anteriores, sí sentí miedo. No de morir, eso no me asustaba, sino de seguir sintiéndome igual después de haber muerto.

“¡Sal!”, me pedía. Descanso.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me matan, pero al sentirme viva, me equivoqué de nuevo.

Seguí mi intuición hasta donde fue posible pero, en el momento en el que tuve que tomar mis propias decisiones, no me sentí preparada y él apareció de nuevo, tan familiar y a la vez tan desconocido. Siempre que estábamos juntos me repetía cuánto me quería y solía acariciarme con gran ardor mientras me besaba. Yo pensé que eso era amor y acepté que en otras ocasiones me ofendiera, me dijera palabras hirientes. También accedí a hacer cosas que no

me gustaban solo para complacerlo. Con el tiempo, después de que empezamos a vivir juntos, dejó de ser tan cariñoso y se volvió déspota y desagradecido. Yo le seguí queriendo a pesar de todo; le obedecía, porque de cierta manera me sentía protegida por su dureza y, de cuando en cuando, me regalaba cosas bonitas, que parecían costosas. Así fue como llegué a recibir el anillo con el que me pidió que nos casáramos. Era precioso con una gran gema azul, que luego supe que era un zafiro. Me dijo que lo cuidara como si fuera él mismo y que nunca me lo quitara.

Sorprendida por un regalo tan hermoso y fino, le hice caso pero, cuando debía salir a trabajar, sufría porque era muy peligroso que me lo vieran y temía que me lo robaran. Entonces, él aprovechó para exigirme que no saliera, igual no tendría ninguna necesidad cuando nos casáramos. No podía ser, mi libertad era lo más preciado, pero cedí porque el zafiro era tan hermoso. De pronto, una tarde, él no volvió. Me abandonó pensé, hasta que un par de maleantes enmascarados me encontraron días después y, luego de golpearme con saña, me robaron el anillo. El hermoso zafiro por el que me había aguantado todo el maltrato. Así fue como entendí que lo habían desaparecido, de seguro, por el fino anillo.

“¡Sal!”, me repetía, cuando podía hacer algo bien o cuando me esforzaba tanto, pero aún era soportable, conocido.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me matan pero, al encontrar la huida, tuve que torcer el camino.

Era la ocasión correcta, ya no podía salirse de nuestras manos, todo había sido planeado en detalle y era imposible que sucediera algo mal. El tipo era predecible, sin sorpresas, ni cambios. Aguardé a que llegara el Tijeras para irnos a la esquina a esperar al hombrecito. Ese día, el Tijeras se retrasó y por esa razón debería haberlo cancelado, pero le tenía tantas ganas a ese anillo que ya no podía esperar más. Si me pagaban lo que me habían dicho, podía quedarme

un buen tiempo sin trabajar, o quizás dedicarme a algo legal, era una idea loca, pero hasta podría darme unas vacacioncitas con mi madrecita. Esa gran piedra tenía muchas posibilidades que me hacían codiciarla cada vez más. Por eso lo dejé pasar, eso de que, si empieza mal, termina igual.

Cuando llegamos a la esquina a esperar a que saliera de hacer la vuelta de siempre, no iba solo, y eso cambiaba un poco los planes, pero no del todo. Teníamos que seguir, tenía que ser hoy. Le dije al Tijeras que se hiciera cargo de la compañía; ese caco tenía experiencia. Claro que no quería que se lo cargara pero, cuando los acorralamos y lo vi sacar la cuchilla, fue muy tarde y no pude detenerlo. En esos casos, lo mejor es terminar rápido y evaporarse. Cómo iba a imaginar que no lo traería encima. Se suponía que iba a empeñarlo. El sapo lo había asegurado, pero había resultado ser una pista falsa. Tendría que darle su leccioncita por tramposo. Ahora, lo único en lo que debía pensar era en cómo deshacernos de los cuerpos. Al Tijeras no le gustó nada haber perdido el tiempo y tuve que vigilar mientras conseguía un carro para llevar los cadáveres lejos; si me descuido me carga a mí también. Así que, después de trastearlos hasta las afueras, donde se demorarían en encontrarlos, me dediqué a averiguar en el trabajo y lugar de vivienda del difunto dónde podría estar el zafiro. No fue difícil, tampoco hubo necesidad de callar a la noviecita. Al final, pude quedarme con el anillo. De paso, visité al sapo mentiroso que no pudo dar información certera, para pegarle un sustito.

Estaba re emocionado cuando salí para venderlo. Tenía que pagarle al Tijeras y él no era paciente con estos trabajos. Eso era lo que pensaba cuando lo vi acercarse a preguntarme lo que él ya sabía; por eso no me lo creí cuando sentí el dolor punzante en mi estómago y solo me salvó ser más grande y fuerte que él. Me había seguido para robarme y quedarse él solo con la paga. Sin embargo, ninguno de los dos consiguió lo que quería.

“¡Sal!”, me grité con fuerza e insistencia pero, al intentar hacerlo, no podía, me veía diferente y me sentía atrapada. Pasaba de vida en vida, de error en error y no podía evitarlo.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me dejo matar, pero al quedar con vida, tenía que intentarlo de nuevo.

Al dormir, era más intenso el recuerdo, por eso, con cerveza y aguardiente podía hacerlo olvidar. El licor evitaba que viera el cuartucho sucio en el que dormía y no me dejaba escuchar los gritos de las peleas entre las prostitutas y su clientela. La noche anterior había tomado de más. Si me quedaba sobrio, volvería a sentir los golpes, la ira, la tristeza de mi miserable existencia. Era un sobreviviente y estaba ansioso por el trabajito que me había conseguido. No conocía muy bien al Letrado, como le decían, porque dizque era muy astuto, aunque no me lo pareció en los días en que habíamos planeado el atraco. Esperaba que no se pillara mis intenciones. Pero, si la piedra era tan fina como me había dicho, sería mi escape de esta pocilga para empezar mi propio negocio de ladronería fina.

Llevaba hartos tiempos esperando un golpecito como este, fácil y jugoso. Así que no iba a desperdiciar la ocasión de cargarme al que fuera con tal de quedarme con la recompensa. En la mañana, se me hizo un poco tarde, pero confié en que el Letrado no se fuera a echar para atrás. Menos mal que no lo hizo, aunque tal vez debió haberlo hecho. Yo estaba tan apurado que era capaz de hacerlo solo con tal de salir de esto de una vez por todas. Pero, entonces, hubo problemas, eso no era buen augurio. Me dijo que me hiciera cargo del otro *man*, y así lo hice. Como siempre lo hago. ¿Qué esperaba, que lo dejara irse, después de verme la cara? Pero el importante no traía el anillo. ¡Me llevan los diablos! ¡Todo perdido! Me dejé convencer del Letrado y le di unos días para que arreglara el trance. Ya había sido complicado deshacernos de los cadáveres; tuve que robar un auto, viajar por horas para tirarlos por el caño,

viajar más para deshacerme del carro y luego, al fin, poder devolverme. Ya era noche cuando me tranquilicé con unos tragos, pero la ira se estaba agravando.

Al fin, dos días después, pudimos hacernos con el anillo. Me tranquilicé. Era una piedra grande y lujosa, tenía que adueñármela, pero necesitaba al Letrado, ya que yo no sabía dónde venderla. Intenté convencerlo de llevarla juntos, pero no quiso. Seguro valdría más de lo que habíamos pactado y no quería que yo lo supiera. Así que otro trabajo me eché encima. Tenía que vigilarlo. La espera dio frutos. Lo seguí hasta el lugar de venta que había reconocido, no tendría problemas. Lo que ninguno de los dos pudo imaginar, era que nos estaban esperando.

“¡Sal!”, me volvía a gritar, pero se oía tan lejano. A veces actuaba mal, otras mucho peor y, si atendía a mi consciencia, sufría mucho más.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco causo mi muerte, pero al encontrar la solución, tuve que pagar por esta.

Habíamos hecho varios tratos juntos. Rara vez la gente cambiaba de opinión. No era mi culpa, si el hombrecito no había hecho lo que había dicho. Mi servicio se limitaba a informar lo que me decían o lo que oía, no era mi falla u obligación que todo fuese verdad. Así que, cuando el Letrado me dijo que no llevaba el anillo consigo, ¿qué podía hacer? Ese día, sí que me había asustado con esa pistola. Pensé que me iba a matar, pero no era mi culpa, le dije. Menos mal pude recordar que tenía una novia.

El difunto me había contado que el anillo era una herencia familiar y por eso valía mucho. Hasta me mostró una foto, pero así no se podían reconocer los quilates. Yo solo le había dado un precio aproximado cuando se fue. Eso calmó al Letrado, pero dijo que regresaría y eso no me gustó. Si no encontraba el anillo, se

desquitaría conmigo. Tenía que sapiarlo. Perdería algo de reputación quizás y de platica, pero mejor perder eso que perder la vida. Los verdes ya lo conocían, no me sorprendí. Les hablé de cómo el Letrado había traído el anillo y yo me había negado a comprárselo. Esperaba que se tragaran la mentira y me protegieran del matón, si se decidía a volver por acá. De todas formas, yo también salí perdiendo cuando los pescaron, aunque al parecer el zafiro no era tan valioso como yo pensaba.

“¡Sal!”, me insistía, intenta salir de verdad.

En otro mundo, dentro de otro mundo, por poco me dejo robar pero, al verme traicionada, tuve que reaccionar.

Con dulces pasos, se acercó por la acera contraria y con delicadeza me besó sin esperar reciprocidad. Estaba un poco alterada por lo que me habían dicho de él, pero esperé a confirmar por mí misma tales acusaciones. No era de las que juzgaban sin saber y menos acerca de alguien que me parecía tan especial.

—Estás preciosa —me dijo.

A lo que no contesté nada ya que estaba de mal humor, pero lo observé con detenimiento, tratando de descubrir algo que confirmara lo que me habían contado. Al parecer, él no notó mi lucha interna y siguió hablando de lo bien que le había ido en el trabajo y las grandes bonificaciones que le esperaban en la quincena. De pronto, pensé que todo lo que decía podría ser mentira.

—¿Crees que podrás pagarme lo que te presté para entonces? —Le interrumpí con el propósito de aclarar de una vez, si lo que me habían dicho podía ser cierto.

—¿Y cuánto es que es? —Respondió y mis sospechas empezaron a pesar.

—Son \$\$\$\$\$\$. No te habrás olvidado, espero.

—No, no, no, pero al menos déjame llegar al día de pago, ¿cierto?

—Replicó de no muy buena manera. Y continuó—. Sabes que tengo muchos gastos y mi sueldo no es muy justo. Las bonificaciones ayudan, pero tengo que ayudar a mi madre y mis hermanos. No te preocupes que te pagaré en cuanto pueda, no soy un ladrón.

—¿Por qué dices eso? No dije que lo fueras, solo te estaba preguntando.

—Entonces, no me acoses.

—Es la primera vez que te lo recuerdo... —Dije sin poder creerlo.

—Bueno, me tengo que ir, luego hablamos —respondió y me dio la espalda dejándome plantada con las dudas aún más profundas.

No podía hacer mucho más si él se negaba a hablar y, hasta entonces, lo que me habían dicho podría no ser verdad.

Al cabo de unos días, nos volvimos a encontrar y se comportó de manera muy amorosa, como sabía que me gustaba. Me invitó a comer unas deliciosas crepas que me encantaban. Hablamos como si nada hubiera pasado y yo me olvidé de mis dudas hasta que llegué a mi casa y busqué las llaves para entrar, pero no pude encontrar mi billetera. Con más calma, en mi habitación saqué todo del bolso. No estaban mis documentos de identificación junto con las tarjetas de crédito, de ahorros y, por supuesto, el dinero que llevaba siempre “por si acaso”. Me había acostumbrado a llevar efectivo, desde que lo conocí. Casi siempre estaba escaso. No podía seguir dudándolo, no podía ser una coincidencia, así que lo llamé a su número personal, pero no contestó. Le escribí por el Messenger y nada. De pronto, un presentimiento me asaltó con temor y con rapidez revisé mi joyero. Él sabía cuánto significaba ese zafiro para mí, yo le había contado en detalle la historia. Era la única cosa de valor que tenía aquí y, si mis sospechas eran ciertas, ya no lo volvería a ver jamás.

“¡Sal!”, me rogaba a mí misma, pero me faltaba coraje, era más fácil dejarme llevar. Luego, volvía a comportarme igual, reconocía lo familiar, el camino andado, mis propias heridas.

En otro mundo, dentro de otro mundo, tengo permitido matar, si se justificara hacerlo.

La investigación nos había traído hasta este lugar, donde ya antes se habían encontrado evidencias de mercancía robada, que no habían sido suficientes para cerrar el local. El dueño había accedido a ayudarnos para librarse de una demanda, pero habíamos decidido dejar vigilancia para evitar complicaciones. Fue más rápido de lo que esperábamos, debido a la acusación de la propietaria del anillo, quién aseguraba que su novio era el ladrón. Teníamos que arrestarlo, pero había desaparecido y por ello llegamos a este negocio de segunda, ubicado en un sector comercial. Si no se hubiese dado en la calle el ataque violento entre ladrones, hubiéramos tenido que esperar a que ingresaran al lugar. Pero, luego de la requisa, no quedaban dudas de que le habían hecho algo al novio de la propietaria del anillo. El interrogatorio sirvió para conocer el paradero de los cuerpos y confirmar los detalles del doble asesinato. Entre maleantes se habían ajusticiado y ninguno había podido quedarse con el zafiro hurtado.

“¡Sal!”, me decía como un consejo, manejar los sentimientos no es cosa sencilla.

En un mundo, dentro de otro mundo, volvía a robar el anillo intentando encontrar la salida, y de nuevo se lo daba a mi novia para que lo usara. Sabía lo que sucedería y, sin embargo, hacía los mismos movimientos.

En un mundo, dentro de otro mundo, me perdía. Tenía que encontrar la forma de salir, pero las situaciones se volvían a repetir.

Era uno y eran todos. Era un alma y todas juntas. Me sentía adentro y luego afuera. Estas vidas, los arrepentimientos, las equivocaciones, que llevaban mi aliento por imaginarios conocidos, en los que repetía los mismos errores siempre y otra vez. Mi alma me decía “¡sal!”, pero yo no podía.

Fin

TERCER PUESTO

Nocturno

Fabián Ignacio Pérez Santuario
Auxiliar de Webmaster
Vicerrectoría General
auxwebmaster@uniagustiniana.edu.co

El piano empezó a sonar con una melodía muy intrigante para mi gusto, nunca me interesó tocar piano hasta que lo oí esa vez, este tipo de melodía me hacía recordar lo frágil que era justo en esos instantes de mi vida. Había perdido parte de mi dinero, producto de no encontrar dónde emplearme; mis ahorros ahora solo eran un par de billetes que tenía en mi cartera de cuero, un regalo de mi padre, justo antes de que tomara la decisión de viajar lejos para conseguir algo más que fortuna y aventura. Pero en esos momentos, tenía la fiel ilusión de poder librar mis batallas internas y lograr conseguir algún trabajo en esa ciudad que se me hacía más grande cuando no tenía dinero. Justo en esos instantes de presta lucidez, mis ojos leían una carta de menú de la mesa del restaurante donde me encontraba en ese jueves de otoño, opaco como mis últimas ganancias.

—Disculpe, joven, no quiero ser grosero, pero me di cuenta de que no posee el protocolo de vestuario requerido para este restaurante, podemos ofrecerle una corbata y un saco mientras lo ayudo a pedir su orden.

—Solo vine a escuchar el piano y tomar un té caliente de manzana —le dije al camarero—. Si no es pertinente mi vestuario para usted, puedo retirarme y escucharlo al otro lado de la ventana, afuera.

—Como quiera, pero le recuerdo que este es mi trabajo, no quiero hacerlo sentir incómodo

—aseguró mientras se daba la vuelta para atender otra mesa mientras me miraba con sus ojos saltones—. Por si cambia de parecer, los sacos y corbatas están junto al ropero, enseguida de la entrada. En un momento le llevo su té.

—Gracias, creo que escucharé una pieza más de la pianista y me iré apenas termine mi orden

Mientras le decía esto, él se escabulló dentro de la cocina, como si no me hubiera escuchado. La pianista terminó con la canción

y todos los presentes aplaudieron levemente, solo por cortesía; el desinterés palpitaba en el aire de aquel viejo restaurante. Yo aplaudía hasta que mis manos se pusieron rojas y calientes, era lo más perfecto que había escuchado.

—Muchas gracias, estimados clientes, a continuación, tocaré algo de Chopin, *Nocturno en Mi Bemol*.

No sabía qué era lo que iba a tocar; era para mí como una lejana y extraña lengua extranjera, pero su voz era mejor que el sonido del piano a mi parecer, no creía cómo alguien tan joven podía expresarse de esa manera y hacer que surjan dentro de mí esas emociones, que me hacían quedar atónito frente a la forma de usar un instrumento. Tal vez ese es el sentido de la música y, ahora, por primera vez me sentía atraído por ella y esta tarde era el más fanático y el más entusiasta de aquel establecimiento.

La intérprete se quedó mirando al vacío, su torso respiraba algo fatigado, se mordía los labios, mientras en su frente empezaban a formarse pequeñas gotas de sudor. De repente, su tez se volvió tan blanca como las teclas del viejo pero buen piano y acto seguido cayó del banco, víctima de un desvanecimiento. Tristemente, fui el único que subió a la pequeña grada a auxiliarla, hasta que tuve que gritar.

—¡Por favor, ayuda! —Chillé poseído por el pánico, al ver que no reaccionaba— ¡Se desmayó!

Tras el grito, se abrió bruscamente la puerta de la cocina, el camarero traía mi té y detrás de él salía apresuradamente su compañero, sus ojos fijos en la joven parecían destellar nostalgia y pánico; debido a su afán, él logró empujarme, sin darse cuenta, para auxiliar a la mujer que yacía en el suelo, ahora un poco más pálida.

—Tráeme agua, ¡en seguida! —Le gritó el camarero a su compañero.

Mientras este iba de nuevo hacia la cocina, me incorporé con mis rodillas y mis brazos para quedar sentado sobre el piso alfombrado de paño, donde estaba el estrado del piano; mi única reacción fue quedarme en esa posición inmóvil, esperando alguna señal de recuperación de la joven. Pero hubo algo que me dejó más inquieto, los demás clientes no prestaban ni la más mínima atención ante esta bochornosa situación, seguían debatiendo, comiendo, conversando entre ellos, como si lo que estuviera frente de ellos fuera algo de lo más común.

—Eso me pasa por ir a restaurantes tan lujosos —pensé para mis adentros—. Ni siquiera debería estar acá, solo un tonto entraría aquí sin dinero para poder comer algo que me saciara.

—¿La conoce? —Me preguntó el camarero, que me tiraba del hombro para que lo volteara a mirar.

—Es la primera vez que vengo a este lugar —le contesté distraídamente, mientras seguía indignado por la situación con los clientes.

— ¿Entonces, por qué ella le tomó la mano? —Continuó con el interrogatorio el camarero.

—¿Mi mano? —De inmediato giré mi cuello de nuevo hacía el lugar de donde venía la música, mientras observaba penosamente que, en efecto, ella me había sujetado fuerte de mi mano derecha. Apenas si podía sentir su piel tan suave y liviana—. No tengo idea, probablemente esté delirando.

—¡Ahora usted es doctor! —Exclamó con ironía.

Su sarcasmo me hizo enrojecer y mis manos temblaron.

—Necesito que se aparte y salga al instante del restaurante o llamaré a seguridad para que lo echen por no guardar el protocolo de este lugar, señor.

Mientras me sentenciaba, sus ojos tambaleaban y un tic en la ceja izquierda, que se asomaba en su amplia frente, hacía que esta vibrara como la mano de la joven, que sostenía la mía.

No tuve más remedio que incorporarme de nuevo, mientras dejaba suavemente la mano de la mujer sobre el piso alfombrado. En esto, el compañero de mi nuevo enemigo llegó y un vaso con agua estaba en sus manos, su cara estaba tan pálida que creí que también se desmayaría, pero me contuve de preguntarle si se sentía mal. Entonces, llegaron dos nuevos camareros a mis espaldas y me tomaron por los hombros para echarme del recinto. No era necesario que usaran la fuerza para empujarme hasta la puerta. Mientras me escoltaban, me quedé mirando al suelo, tan impotente y apenado, que ningún amigo o familiar mío hubiera reconocido mi inquietante rostro.

Esa tarde, me hice una promesa y era la de conseguirme una corbata y un saco para el estúpido protocolo del restaurante, solo para volver a escucharla a ella. Debería esperar al menos una semana, mientras los empleados de ese lugar olvidaban mi rostro para poder ingresar sin ningún contratiempo.

Efectivamente, la semana pasó y mi amigo de piso me ayudó a ocuparme en algo mientras conseguía un poco de dinero para mi retorno, que esperaba fuera triunfante, hacia el restaurante. Pasé cada día de esa eterna semana ayudando en labores de carga en la bahía de la ciudad; un buque lleno de cargamento de uvas silvestres provenientes de Suramérica fue nuestro primer trabajo, descargando y empacando las cajas de la fruta que, por ese entonces, era como oro para los ciudadanos. Al mismo tiempo, esto me sirvió para despejar un poco mi mente y oxigenarla, ya que, confieso, durante los primeros días en los que empecé a trabajar con mi amigo, se me había convertido en una obsesión, casi enfermiza, imaginar mi reencuentro con la mujer que me quitaba el sueño.

La brisa matutina del puerto me sirvió como catalizador de desintoxicación; desde que llegué a la ciudad, cuando dejé las comodidades de mi tierra natal, no había podido si quiera entablar alguna relación a excepción de mi amigo de piso. La realidad es que me pasaba horas y horas enteras en mi habitación y mantenía cerrada las cortinas, hasta el punto que me era necesario encender una pequeña y poco luminaria lámpara para evitar golpearme con algún mueble. Esto lo hacía porque, tal vez no tenía interés de ver la mediocridad en la que estaba, sin dinero, sin alguien más para hablar y con escasa comida; era un ermitaño en esa extraña ciudad.

—Solo espero que cuando nos paguen, no vayas a cometer locuras
—me señalaba mi amigo, Claude.

—También espero eso —le corroboré.

El día sábado llegó, junto con nuestro pago semanal, unos cuantos billetes, que se convirtieron en oro para mí en esos momentos. Después de finalizada la labor de ese día, acompañé a mi compañero de piso y a los demás marinos y ayudantes a celebrar con un par de cervezas que llegaban justo de Bélgica; no hubo necesidad de entrar a un bar, ya que nos dirigimos hacia unas mesas y bancos que habían hecho los marinos hace mucho tiempo en el mismo puerto. Pero mis pensamientos estaban tan alejados de la conversación y de la camaradería de aquellos que, por un momento, tuve que ponerme en pie y caminar entre los estantes y comercios que estaban en la entrada del puerto.

La oscuridad ya empezaba tenuemente a germinar del cielo, miraba hacia mi cenit y me encontraba con los primeros astros que sutilmente iniciaban su destello en el cielo totalmente azul de los suburbios. Me alejé solo un par de metros de mis compañeros de trabajo, hasta que me encontré con un estante lleno de libros en el puerto.

—Y, ¿los marinos sí leen? —le pregunté al viejo que estaba atendiendo la pequeña librería.

—No, eso nunca casi sucede —me explicó el viejo—. Pero acá puedo comprar algunos buenos libros en oferta que recién llegan de América.

Mientras observaba la diminuta colección de libros que tenía abarrotados en su pequeña mesa, el hombre me pasó una hoja impresa con lo que parecía un poema.

—No sé el título de este poema, pero creo que podría gustarle, no es tan largo para un marino como usted.

—No soy marino, ayudé a desembarcar un cargamento de uvas. Yo solo vine aquí por dinero —le refuté al viejo—.

—Entiendo, pensé que se convertiría en el primer marino en comprarme algún libro —decía, mientras su atronadora carcajada espantaba algunas gaviotas que reposaban en los barcos de enfrente—. Sea como sea, ya debo cerrar, conserve ese viejo papel, es un obsequio.

—Pues es muy amable usted —le contesté, mientras mis ojos empezaban a leer la pequeña hoja:

*No entres dócilmente en esa buena noche,
que al final del día debería la vejez arder y delirar;
rabia, rabia contra la luz en su agonía.
Aunque los sabios entienden al final que la oscuridad
es lo correcto,
como a su verbo ningún rayo ha confiado vigor,
No entran dócilmente en esa buena noche.*

Dylan Thomas

—Es soberbio —le confesaba al anciano, que estaba ya por terminar de envolver sus libros.

—Es perfecto para este anochecer —y en un pestañeo ya estaba fuera del puerto y se despedía de mí.

En esos momentos llegó Claude, quien me instigaba nuevamente a ir a terminar de celebrar con sus embriagados compañeros.

—Debo ir a conseguir un traje, urgente —le contaba mientras me terminaba mi cerveza.

—¿Justo ahora?, qué terco eres, ya te dije que lo olvidarás, el hecho de que sea pianista no significa que sea indicada para ti.

—Eso está claro para mí, pero en verdad es preciso que vuelva a ir, de lo contrario me la pasaré todo el tiempo reprochándome y lamentándome por no ir siquiera a saludarla. A lo mejor sigue enferma y eso es algo que no puedo aplazar.

—En verdad que no tienes remedio, y yo que pensaba que en esta semana ibas a dejar de creerte un donjuán.

—Aunque quisiera dejar de pensar en la escena, no puedo, mi pensamiento está más allá de lo que quiera hacer, es como si mis recuerdos solo militaran para ir a donde ella de nuevo.

—Tal vez lamente esto después, pero debe ser lo correcto por ahora para nuestra amistad —me dijo y sacó de su bolsillo los billetes que aún tenía en su poder—. Con lo que tienes no te alcanza para comprar un traje decente.

Logré sonreír pausadamente ante tal acto de camaradería, fue un momento en el que no pude contener mi emoción y sorpresa, no tuve más remedio que abrazarlo y gratificarle por ese gesto tan gentil y bizarro. Aun cuando mi entusiasmo me apresuraba, nos quedó tiempo para terminar la noche con otra ronda de cervezas, cortesía de los camaradas trabajadores del puerto. Mi felicidad era tal que, a pesar de lo ebrio que me empezaba a sentir, podía ya

vislumbrar ese nuevo encuentro con la joven pianista. Aunque habíamos cruzado tan solo un par de miradas y nuestro bochornoso encuentro en la pequeña grada del piano haya quedado como algo extraño y formal a la vez, guardaba miles de esperanzas de que, al menos, la joven me aceptara la invitación a tomar un café en algún otro restaurante de la ciudad. Los hechos que acontecieron esa noche no pasaron a mayores eventos, el alba ya se pronunciaba sobre el quieto y sublime mar, y tuve que cargar a Claude desde el puerto hasta nuestro hostel, ya que, víctima de la intoxicación por la cerveza, no coordinaba absolutamente ningún movimiento y no podía siquiera sostenerse en sus propias piernas.

Esa misma mañana, necesité recuperarme de la resaca que tenía en tan solo un par de horas, ya que mi primera misión del día era comprar un traje, no tan ostentoso, que me permitiera entrar triunfalmente a ese restaurante sin riesgo de ser echado por los vulgares camareros. Mientras me bañaba, alcancé a oír desde su cuarto a mi amigo Claude, que gritaba entre sueños:

—¡Oye galán!, no olvides traer algo para este dolor de cabeza.

Salí del hostel a toda marcha hacia el centro de la ciudad, en busca de alguna ganga para mi encuentro que, como ya había decidido, sería este mismo domingo en la noche. Debía ser rápido para lograr conseguir algo a esa hora de la mañana, pues los domingos eran muy alborotados en los comercios y tiendas, y normalmente los comerciantes cerraban antes de la hora de almuerzo, así que no había tiempo para gastar entre las calles, que ahora estaban adornadas por el sol y una tenue brisa que aún se disipaba.

No entres dócilmente en esa buena noche

Esta frase del escrito obsequiado por el viejo no ha podido salir de mi mente, tal vez esto era lo que me animaba a continuar en mi

empresa pues, por más desequilibrada que fuera, yo sabía que tenía alguna posibilidad de hablar nuevamente con la joven y sentía que nada me detendría ante lo que estaba codiciando en esos instantes.

Luego de un par de horas y de una pequeña travesía por los comercios del centro, logré conseguir un excelente traje de gamuza de imitación inglesa, sus cortes y su porte me hacían lucir como un verdadero acaudalado empresario de aceite de ballenas. Junto con el vestido, se me incluyó un sombrero algo modesto, pero que contrastaba elegantemente con los demás accesorios, una corbata fina y un chaleco, que me quedaba algo ajustado, pero era suficiente para la ocasión. Luego de haber hecho este avance en el propósito de ese día, me dirigí al hostel apresuradamente para conocer la opinión de Claude acerca de mi nuevo y galante traje; corrí a toda velocidad entre las calles mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro por la ganga que había adquirido en esa tienda.

—¡Pero qué ridículo te ves! —La burla de Claude me hizo notar que, debido a mi entusiasmo, había dejado mi antigua ropa en el almacén donde compré el vestido—. ¿Y tu ropa, dónde está? —Me indagó mientras tomaba un vaso de leche sobre su cama.

—Ya estaba muy sucia y maltrecha, fue un alivio deshacerme de esos harapos —le mentí a mi amigo y me senté en su silla para contarle mi plan para la noche y cómo llegaría a hablarle a la pianista para invitarla a una cita modesta en algún otro lugar de la ciudad.

Mientras conversaba con Claude, le explicaba por qué era necesario mi elegante traje, ya que él no había oído todo lo acontecido aquella tarde, cuando me echaron del restaurante, y tampoco sabía que ella se había desmayado en plena actuación ante el piano. Le compartí también mi sensación de rabia cuando vi que ningún cliente se tomó la molestia de escucharla o aplaudirla mientras terminaba de tocar las piezas más fantásticas que había escuchado en un piano.

Las horas pasaron fugazmente esa tarde, el sol ya se estaba ocultando y la charla con Claude concluía, ya que él se estaba cayendo del sueño nuevamente. Tuve que arreglarme tan rápido como pude, aunque no tenía mucho que hacer, solo me arreglé el cabello, pulí mis zapatos ocre y limpié una vez las hombreras de mi saco, ya que había mucho polvo en el hostel, producto de una renovación en la planta superior.

—Que no se te olvide darle mis saludos a tu musa —me decía Claude, mientras se envolvía en su vieja manta.

Me apresuré lo más que pude a dirigirme a una vieja floristería que estaba de camino al restaurante y que aún, para mi fortuna, permanecía abierta. Debido al préstamo de mi amigo, tenía dinero de sobra para comprar algunas flores y llevarlas de regalo a mi denominada musa, según Claude. Compré algunos lirios que se conservaban aún frescos y emprendí finalmente mis pasos hacia el encuentro por el que había esperado ya casi más de dos semanas.

El Chalet La Marseillaise era uno de los más antiguos restaurantes de la ciudad, fundado por un oriundo del país galo, se mantenía imponente justo detrás de la plaza central. Una calle abarrotada de piedras finas y bien esculpidas servían de tapiz exquisito para que los transeúntes disfrutaran de su magnífica pero vieja y olvidada fachada; los ventanales eran casi portales que descubrían unos inmutados muebles y muros de su interior; las luces y lámparas se estaban empezando a encender. Pude ver desde afuera en la calle que no mucha gente había en su interior, lo cual me alivió un poco, ya que no tendría que ver a esa despreciable clientela, común de este restaurante. Solo venía a verla a ella, nuevamente.

—Buenas noches, señor, hoy le ofrecemos una excelente sopa de alcachofa, acompañada de un exquisito pato con hierbas.

—Gracias, pero prefiero un té de manzana —le dije al camarero, al que identifiqué como aquel que me ordenó salir del restaurante,

después del desdichado evento que me llevó a estar nuevamente acá.

—En seguida, señor —se retiró sin siquiera percatarse de mi cara, ya que el sombrero lograba ocultar un poco mi rostro.

Al dar la vuelta hacia la cocina, noté que el piano estaba envuelto en un manto blanco y un par de arreglos florales yacían justo encima de la cola de este. Me inquieté al ver esto y enseguida pregunté al camarero:

—¿Qué pasó con la joven pianista, esta noche no tocará?

Al oír esto él se detuvo instantáneamente, quedó como inmóvil, como si lo hubiera hechizado la diosa Medusa.

—¿Usted llegó a conocerla? —Me preguntó, mientras aún me daba la espalda.

—Sí, solo la escuché una vez, justo la semana pasada —le respondí con gran inquietud frente a su tono de voz. Así que, me puse en pie y me quité el sombrero.

Un silencio entre los dos comenzó a brotar hasta el punto de dejarme en una turbación que no había conocido hasta ese momento.

—Si la conocía, igualmente habrá conocido de su deceso.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿es la misma joven de la que estamos hablando?

—Mi voz empezó a cambiar y tornarse entrecortada.

El camarero dio vuelta y enseguida me reconoció.

—Es usted, ¡usted! Ella murió esa misma tarde, a causa de una extraña variedad de tuberculosis, según los médicos. Su sepelio fue justo hace dos días, en verdad fue una tragedia. No era muy conocida en esta ciudad y el sepelio fue tan solitario como su corta vida.

Fue en ese momento en el que sentí desvanecerme, tuve que sentarme nuevamente y desabrochar mi corbata. El camarero nuevamente se retiró hacia la cocina, y yo aún estaba asimilando esa calamidad, que me había sentenciado, ella había muerto ese mismo día en que la conocí, no pude decirle nada, ni podré volver a escucharla en su piano, sentía que todo lo que había esperado había sido para agravar más ese sentimiento. Me había preocupado tanto por conseguir este absurdo traje, o verme bien para volverla a ver, que ni siquiera, por un instante, se me ocurrió conocer su estado de salud después de que me echaron del restaurante.

Mi corazón despedazado, sollozando y culpándose ante mi poca sapiencia, se enfureció contra el destino, se lamentaba por no haber actuado a tiempo. Y, entonces, se vuelve a repetir aquella frase del escrito que me regaló el viejo:

Rabia, rabia contra la luz en su agonía.

PRIMERA MENCIÓN

Búsqueda

Carlos Eduardo Labrada Vargas
Auxiliar de Biblioteca
Vicerrectoría General
auxbiblioteca@uniagustiniana.edu.co

*Hay palabras que se retraen, que se niegan,
porque tienen demasiado significado
para nuestros oídos cansados de palabras.*

José Saramago

A mi poema le hace falta una palabra. No la encuentro en ningún diccionario o libro, en ninguna esquina. No está en los parques. No viene a mí por más que la he esperado mucho tiempo.

Mis amigos cercanos, preocupados por mi búsqueda de antaño, me han aconsejado que deje así y que use cualquier término que se me venga a la cabeza para terminar mi poema. Pero les he leído el poema con la primera palabra que encuentro y han rectificado su punto de vista. Todos los días, en la mañana, busco mi chaqueta y salgo a la calle para escuchar a las personas. Llevo en mi bolsillo el poema incompleto y un lápiz, repaso mentalmente el poema usando la palabra que le escucho a la señora o al niño que pasa a mi lado. Todo suena cacofónico o pierde el sentido. Hay otras palabras que le quitan fuerza o que simplemente no son. Y continúo buscando por ahí, con las manos en los bolsillos y mi hoja de papel cada vez más arrugada.

Los sábados he decidido ir a la librería. Allí repaso los títulos de los libros que veo y los imagino en mi poema. Algunos títulos me dan indicios, otros me alejan o me confunden, hay unos títulos jocosos que llaman mi atención y aseguran que sus letras de color claro residirán bien en mi poema, pero yo no los escucho y sigo mirando. Camino lentamente y el librero ya me conoce, me mira con desgana porque sabe que no llevaré ninguno de sus libros, y yo lo saludo, aunque no me dé lo que necesito. Siempre salgo de la librería remirando los títulos en el mostrador de cristal.

Los domingos, en cambio, voy a la biblioteca y tomo cualquier libro: escojo una página al azar y le empeño todas mis esperanzas.

Espero encontrar allí lo que busco, leo sin parpadear y examino cada letra, cada coma, hasta estar seguro de que mi palabra no está allí. Luego escojo otro libro y empleo la misma técnica con más cuidado. He ojeado todo el acervo de literatura y por eso conozco la ubicación de cada libro. Muchas veces permanezco allí y le pregunto a las personas, qué necesitan, y les ayudo en su búsqueda. Luego, amigablemente, curioso y me atrevo a preguntarles cuál, para ellos, es la palabra más rara que conocen. Así me quedo, toda la tarde, hasta que me piden el favor de retirarme.

Cuando inicia la semana salgo a la calle y camino por el parque. El viento me da en la cara y yo cierro los ojos y abro el alma para recibir esa palabra... que nunca termina de llegar. A veces, que es cuando más cerca me siento de mi objetivo, busco una excusa para visitar a Carol. Hace días descubrí que ella tiene la palabra, pero no se lo he contado para no incomodarla.

—Hola —le digo cuando abre la puerta—, Diana dijo que me buscabas, ¿pasa algo?

Ella se extraña, y me dice que no, que todo está bien. Le pregunto si puedo pasar y ella lo permite. Y es ahí cuando respiro esa palabra, cuando casi la toco con mi lápiz; si ella camina delante de mí, siento en el aire esas letras que busco; cuando ella habla y la miro, falta lo que Dios no puede hacer para terminar mi poema.

—¿Y, sigues buscando tu palabra? —me dice Carol mientras acaricia su gato.

La palabra es tuya; tú la tienes, pienso.

—Sí, a veces... ¿Tú mamá cómo está?

Y ella habla y habla, mientras yo casi veo la palabra en sus ojos, en la manera en que mueve sus manos cuando acaricia a su gato o toma las mías; en su cabello negro o en sus labios. Pero este vocablo no me es del todo dado y sus letras llegan a mí desfiguradas

y en el orden errado. Debo esperar un poco y hacer que ella siga hablando, que me siga mirando hasta que la palabra se manifieste.

Pero siempre que falta solo un poco, ella advierte que se hace tarde y que debo irme. Y yo no puedo hacer más que asentir y marcharme.

Cuando llueve, salgo a mi terraza y hurgo las matas de mis vecinos. Escarbo, busco, me unto las manos de tierra húmeda, y no hallo nada. Cuando escampa, tomo mi abrigo y vuelvo a salir. Camino por las calles, saludo, escucho a la gente. Me paro en un café, pregunto por el diario, no lo leo y lo dejo, continúo caminando hasta que se esconde la tarde. Si llego a mi casa y no estoy muy cansado, escucho la televisión sin verla, examinando cada palabra que me llega, escribiéndola en el papel y tachándola después. Luego descanso, pensando.

Pienso y entonces duermo. No obstante, los últimos meses duermo mal y sueño cosas extrañas. Sueño con personas y tengo conciencia de que cada una es llamada por una letra. El hombre de rojo es *Q* y la joven de cabello largo es *I*, al otro lado, sonriente, me saluda mi nuevo amigo *H*. En el final del sueño, siempre he reunido un grupo de amigos. Cada uno tiene la personalidad de su nombre. *Q* es algo arriesgado y se entiende con *E*, que suele esconderse para no hablar mucho. *I*, en cambio, resalta sobre los demás y su voz es aguda, me habla y yo la escucho sin entender, pero asintiendo. Así, cuando veo que mis amigos son los suficientes para armar una palabra, les pido que se queden quietos para examinarlos. Entonces, mi visión se hace borrosa y todo comienza a girar y a derrumbarse, mis amigos ríen y yo no logro enfocar la palabra que ellos componen y pronto, como el sol cuando se marcha, el espacio se vuelve oscuro y empiezo a despertar.

Cuando despierto, pienso siempre en visitar a Carol, pero algo hace que no sea así siempre. Sin embargo, caminando inconscientemente,

varias veces he terminado en su puerta, decidiendo si golpear o seguir caminando. Cuando golpeo, no siempre atiende ella, muchas veces aparece su hermano y me informa que salió. Me despido y camino con algo de nostalgia. Otras ocasiones, en cambio, ella abre la puerta, siempre sonriente. Me convida a pasar, lo hago luego de abrazarla, me acomodo mientras ella me cuenta sus cosas, diciendo muchas palabras.

—... Sí, me ha ido muy bien y viajo el mes que viene, con la Laura, ¿la recuerdas?

Le pregunto adónde va a viajar y por qué ese lugar, y si ya ha ido a este otro o a aquel... Ella abre y cierra los labios mientras habla, mueve sus manos, sus ojos van y vienen ocultando descuidadamente un mensaje que busco. Y yo saboreo esa palabra aún indecible que le falta a mi poema, la hoja de mi bolsillo se crispa y mis nervios están al límite cuando ella se sienta a mi lado y continúa hablando. Decido tomar su mano y desvío la atención en ello haciéndole una pregunta cualquiera. Ella, entonces, se acostumbra a tener sus manos entre las mías y así continuamos hablando, ella más que yo, por supuesto, que acudo allí solo a escuchar, a auscultar esa magia de ella, que le hace falta a la poesía que escribo.

Entonces, el tiempo toma la velocidad que no debería y corre, corre airado por donde normalmente camina y se ríe de mí cuando pasa diciéndome con señas que ya es la hora de marcharse. Pareciera que también le da aviso a Carol, porque ella, soltando mi mano levemente, me señala con sus ojos grandes la hora en el reloj.

Cuando me marchó, ya sea de los lugares en que he vivido, de la banca del parque o de la cómoda casa de Carol, indefectiblemente lo hago despacio y siempre escrutando todo lo que pasa a mi alrededor. Lo hago inconscientemente, trato de despistarme de la realidad y de buscar cosas que muy pocos buscan, como el olor verde del pasto recién cortado, la armonía cómica de los gestos

de un perro, o una palabra. A esta última, la busco muy seguido, especialmente, en los últimos meses. Es una búsqueda que normalmente me toma una o dos semanas, que es lo que tardo en terminar un poema y mostrarlo a mis amigos o guardarlo en mi cajón para dejarlo ahí siempre. Pero debo decir que estos últimos meses no he podido escribir nada, mi pluma ha decidido no hacerlo más y sostiene una tregua cruel con mi imaginación. Cuando escribo, solo puedo pensar en Carol y esto trae, por supuesto, versos cursis y lugares comunes en todos mis pensamientos y en mi hoja. No llego a intuir una buena imagen y escribirla. A veces solo la imagino y, cuando la escribo, ya no es buena. Esto es, según creo, porque en mi bolsillo hay un poema que no está terminado y que estorba al siguiente con su protesta.

Es cierto lo que dijo Julián, mi amigo, cuando le reclamé que no me era dado escribir más. Me dijo, luego de reflexionar, que los poemas eran hijos pequeños, a los que hay que terminar de formar para que puedan marcharse; si no se forman en el momento debido, ellos crecen y se vuelven una carga, que molesta en un costado de la espalda, en el lugar donde se acomoda el alma de cada poeta. En ese momento, esa idea me pareció un poco extraña, sentí ese comentario como una pretensión de idealización que mi realidad de entonces no necesitaba. Pero ahora, que en mi bolsillo derecho titila una hoja arrugada reclamando una sola palabra, siento esa afirmación de mi amigo como una verdad impecable que no se puede refutar.

La verdad es que, cuando me di cuenta de esto, ya era tarde. Me empezaba a entristecer más seguido y ya no quería repasar el trozo de papel que llevaba siempre. Cada vez más, caminaba solo por las calles o tomaba un bus y permitía que me llevase al final de la ciudad; luego, caminaba de regreso, siempre huraño, tímido, incompleto. En las noches, ya no tomaba mis libros y me acercaba a las palabras, ahora solo quería rehuirlas. Por eso mismo,

paulatinamente, fui haciéndome más callado y por lo tanto más irascible. Desde entonces recibía consejos de mis amigos y de Carol, pero solo estos últimos lograban conmoverme un poco. Ella me decía, con su simpatía pausada de siempre, que dejara el poema para otro tiempo, que quizás con una lectura más adelante se esclarecerían mis ideas. Pero yo la contrariaba cuando le señalaba que, si no terminaba de escribirlo, no podría crear más. En esos días, siempre terminábamos así, sin entendernos y con la amenaza del tiempo que volvía a alejarnos. Solo un día, cuando me acompañaba a su puerta para despedirme, le dije, sin ninguna pretensión: —Caro, ¿y si me dejas quedar adentro? Puedo dormir en cualquier lugar.

Ella, si no me engaño, quedó un momento quieta y titubeó con su voz baja. Fue allí cuando medí la severidad de mi proposición y se alzó mi corazón a latir con vehemencia. Casi, si no fuera porque ella habló antes, pido perdón por mi boca suelta. Pero, entonces, reponiéndose, sonrió y me dijo que esa noche debía recibir la visita de su madre. Dijo algo más, pero no lo escuché. Le di las buenas noches y me marché rápidamente para que me perdiera de vista en la calle. Cuando lo hice, caminé lento y saboreé esos últimos momentos con ella. Volví a verla cuando abrió sus ojos y me miró con impresión pero sin reproche. Estoy seguro, y podría jurar por todo en lo que creo, que ella, en un segundo, llegó a pensar en decirme que sí. Además, casi podría asegurar que esa noche ella no recibiría visita y que solo fue una excusa para que yo me marchara y no notara cómo sus mejillas adquirirían el color de la tarde. Solo esa noche, por culpa de ella, fui feliz después de mucho y la sentí más cerca que nunca, por más que no la abracé como siempre en la despedida. Allí, puedo estar seguro, empecé a dejar mis tribulaciones un poco y creció en mí una armonía con el mundo, que había perdido hacía mucho. Ahora solo me bastaba recordar ese suceso para alimentar mi mente y crear escenarios que me trajeran alegría.

A veces, mientras giraba en una esquina o estaba en el parque, ella me decía que sí podía quedarme en su hogar y yo entraba de nuevo. En otros escenarios, me convidaba ofreciéndome su mano para pasar a su hogar, y se acomodaba en el sofá palpando con su mano mi lugar, que era junto a ella. También pensaba, como degustando un postre, en que no había razón para salir a la puerta, que los dos sabíamos que yo me quedaría con ella allí, que cenaríamos y que llegaría el momento en que ella preguntaría, “¿quieres ir a dormir ya?”. Ah, todo esto pensaba y se me hinchaba el corazón sumando más posibilidades que terminaban igual. Y aunque esto no fuera cierto, me sorprendía sonriendo, luego de una locura de esas. Después continuaba mi camino, sacudiéndome para, en seguida, volver a curtirme de esos pensamientos.

Los días siguientes fueron semejantes en cuanto a mis meditaciones. Quizá aquello me producía una alegría artificial que, al final, podría ser dañina, pero yo la arrullaba como lo único que tenía. Por eso, olvidé unos días mi búsqueda y me ocupé en planear qué día visitar a Carol. Parecía fácil, pero no lo era. En mi cabeza había hecho tal escándalo, semejante alboroto, que llegué a estar seguro de que Carol, por medio de alguna lectura misteriosa de pensamiento a la distancia, se había enterado de mis elucubraciones y ahora yo era, a sus ojos, un soñador que bordeaba la locura. Pero no era solo eso, para mí tenía que, si llegaba a ocurrir algo que se saliera de la magia que había imaginado tanto, volvería entonces, como en un aterrizaje brusco, a tener la certeza de que, como sabía razonablemente, nada era así. Por eso no volví a su puerta.

Pero pronto, como siempre ocurre, ya sea para bien o no, la realidad sobrecogió lo que a su mirar es contrario, lo aplastó y lo hizo nimio. Quiero decir que, cuando más estaba soñando, en el momento en que más cercana estaba mi felicidad, justo allí se apagó, como lo irremediable, la conciliación que llevaba con la vida y el sosiego que sentía al haber dejado la lucha con ese poema

interminable. De a poco, como a quien le llega la sed, despertó dentro de mí la noción punzante del trabajo no hecho, de la terminación incompleta, del poema que se posterga. Empecé de nuevo a notar que me llamaba la atención lo que decían las personas, que me atraía la biblioteca y que, indefectiblemente, repasaba mentalmente las líneas que un día, hace mucho tiempo, había escrito con la firme ilusión, que se tiene siempre que se empieza algo, de terminarlo. Estaba otra vez como antes, y los recuerdos en los que me había refugiado tantos días cesaron paulatina, cruel, desoladoramente. Y quedé solo, de nuevo. Entonces, no tuve más que retomar mis antiguos hábitos, que más que una solución, eran para mí la distracción de lo que aún no entendía. Pero para mí, sabía que la solución tenía nombre de mujer.

Una tarde de sábado en que hacía un sol gigante, salí de mi hogar con la convicción de ir, como cada sábado, a la librería. Guardé mi lápiz, recogí del escritorio un trozo de papel que llevaba en sí un poema inconcluso, y lo guardé en mi bolsillo. Iría de nuevo a curiosear los títulos que habían llegado recientemente. El camino a la librería cruza el parque, la biblioteca y, además, la casa de Carol. Esto lo menciono porque siempre, por más que intente no hacerlo, me paro unos segundos frente a la puerta de Carol, y allí disfruto el vértigo de pensar que puede salir en cualquier momento. Luego me marché, sintiendo su mirada en mi espalda y girando para comprobar que no es así.

Pues bien, esa tarde decidí hacer lo mismo, y me quedé allí pensando no tanto en su posible salida, sino en la extraña combinación de colores de su casa. Nunca me ha parecido prudente combinar el verde con el amarillo o café. Creo que el amarillo debería estar solo siempre, como el sol, y brillaría porque tiene fuerza propia. Pero alguien decidió embadurnar la casa de Carol con ese verde claro que asquea el amarillo de la fachada. Esto observaba, cuando sentí un cuchicheo burlón detrás de mí. No había girado todavía y ya sabía

quién era. Tampoco sabía cómo explicar mi razón de estar allí, ni esa mirada escrutadora hacia su casa. Creo que empecé a balbucear una especie de saludo nervioso para evitar la pregunta obvia, pero llegó... Creo que le dije que solo estaba de pasada y me llamó la atención que estaban las ventanas cerradas, como no es costumbre allí. No recuerdo bien qué le dije, pero estoy seguro de que notó mi turbación para responder y sonrió. Luego me invitó a pasar. Le dije sin mucha convicción que iba a la librería por algo importante, pero no me quiso oír, cruzó la calle, abrió la puerta y se giró para invitarme. Yo desistí, con gusto, claro, y entré con ella.

Ese día estaba más feliz de lo habitual, llevaba consigo una pulsera que, según me dijo, había encontrado en el café. Duró allí mucho tiempo después de encontrarla, por si aparecía su dueño, pero luego se hizo a la idea de que era para ella. Y sonreía contándomelo, esclarecía el día cada vez que alzaba su rostro sonriente y me preguntaba qué pensaba de su pulsera. No podía más que decirle que me parecía linda, no por su valor o estética, sino por quien la hacía resplandecer. Esa tarde hablamos mucho. Parecía que a nuestro encuentro lo antecedía una larga incomunicación, porque hablábamos casi sin tomar aire. Ella discutía una cosa y luego pasaba a la otra, preguntándome y preguntándose, recordándome sin decirlo que tenía algo que yo buscaba hacía tiempo. Y el papel en mi bolsillo se estremecía, se sacudía. Quizá por eso yo mismo temblaba, porque veía cerca ese final que tanto había buscado, esa desesperada salida que solo ella abriría. Por fin pondría el punto final que tanto anhelaba. Era como un desahogo. Carol abrió la ventana y a mi vida entró aire fresco. Estando ahí sentada, hablándome de cerca, brillaron sus ojos cuando le conté que ya había terminado mi poema. Me pidió que se lo mostrara y yo le pasé la hoja arrugada que había cargado tanto tiempo. Ella ya la conocía, así que miró rápidamente y buscó el espacio en el que faltaba la palabra. Como notó que no había nada, me devolvió la hoja diciéndome

que no entendía. Yo le expliqué que justo en ese momento había descubierto la palabra que le faltaba a mi poema, pero que aún no la había escrito porque, terminado, era un poema mal logrado. No tenía sentido y no valía la pena.

Y era verdad, aquel poema, que parecía una promesa maravillosa, resultó siendo la más terrible exageración de figuras poéticas y un vaivén de abstracciones exageradas, y esto lo noté cuando descubrí la palabra que le faltaba. Aunque Carol no me quiso creer, para ella yo solo bromeaba y no era así, era verdad lo que decía. Pero, por más que lo aseguraba, Carol no me dio razón y, peor que eso, empezó a reír; lo hacía porque para ella yo estaba jugando. Así que reía a gritos porque le parecía una gran broma, y yo lloraba para mis adentros porque era cierto.

Fin

catEgoría eGresados



PRIMER PUESTO

Infierno verde

.....

María Angélica Urrego Cuervo
Profesional en Hotelería y Turismo
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
angelikcu@hotmail.com



No conozco otra vida que esta, no sé lo que hay allá afuera. Todo lo que he tenido en estos años es un radio viejo que apenas coge dos emisoras porque, desde donde me encuentro, nada entra, nada sale. También tengo un reloj que le quité a un soldado caído hace mucho tiempo, pero a veces siento que es ridículo, porque el maldito se traba a cada rato; igual no importa... acá el tiempo no existe. Ya no sé ni qué día es, podría ser incluso el fin del mundo y yo no me daría cuenta. Cada vez oigo menos tiros, pero sigo teniendo las mismas pesadillas, me levanto en medio de la noche, con el miedo de sentir un rifle en mi garganta, que pueda acabar con mi vida con tan solo escupir una bala. Cuando me sucede eso, camino como un zombi, con la intención de perderme y jamás volver, pero siempre, por cosas del destino estoy de vuelta en el campamento. Podría incluso caminar con los ojos tapados y, de alguna extraña forma, regresaría sin ningún problema.

Tengo miedo, pero no de los animales que me puedo encontrar en este infierno verde, ni siquiera de la culebra que nos encontramos aquella vez con Balaguera, que nos pegó el susto de nuestras vidas; no, le tengo miedo a la peor de las bestias... el hombre. Solo en la selva he podido ver y sentir los instintos más bajos que puede tener un ser humano. Ya perdí la cuenta de los cuerpos que caen como árboles en picada, mientras la selva se los traga y no deja rastro de ellos. La primera vez que vi la muerte a los ojos fue cuando tenía siete años y me encontraba jugando con otros niños, hijos de otros guerrilleros. Qué chiste, jugábamos a policías y ladrones; yo siempre quise ser policía para acabar con los malos, pero nunca los podía atrapar. En medio del juego, empezamos a ver que todos salieron corriendo, pensé que venía un animal o algo así, pero no, era el enemigo, aún me costaba entender lo que significaba la guerra y ese día lo terminé de entender.

No hubo tiempo de correr, yo me escondí detrás de unos matorrales junto con uno de los niños, pero los otros, inocentes y ajenos a

lo que estaba pasando, no se movieron y recibieron todo el poder del odio en sus pequeños cuerpos... Balazo tras balazo cayó un par de hombres, entre ellos, Joaquín, aquel niño de ojos saltones, que nunca paraba de reír, con una sonrisa que, aunque parecía reluciente, guardaba mucho misterio, por no entender el mundo en el que le tocó vivir. También cayó Yeni, como le decíamos, yeyé, una niña que no nació con un pan debajo de su brazo, sino con una maldición, que se llevó hasta el último día de su vida; su papá, quien siempre quiso un varón para que siguiera sus pasos, al igual que mi padre, nunca la quiso si quiera ver a los ojos, la detestaba, decía que en cualquier momento, si se le daba la gana, la mataba. Ella nació triste, daba la impresión de que no tenía alma, había un vacío muy profundo en sus ojos, jamás la escuché reír, creo que su deseo más grande era dejar de sentir todo ese dolor que la agobiaba... Ese día, se cumplió. Ellos hicieron parte de ese ritual de sangre que a diario se vivía en aquellas montañas que habitábamos... Ese día entendí que a la guerra no le importa si es niño, mujer, negro o blanco, a todos los arropa con su manto de dolor por igual...

Ha pasado tanto tiempo después de ese día y cada vez me siento menos humano, a veces parece que figuro perfectamente en este paisaje, como un animal más, solo pensando en sobrevivir... Cada vez es más difícil reconocermme en el reflejo del agua. ¿Qué soy? El cabello ya cubre toda mi cara y tengo las uñas tan largas como un león. ¿Acaso ya soy una bestia? No lo soporto, pero es la vida que me tocó vivir.

Es la vida que mi padre eligió para mí. Él también nació en el corazón de esta selva, con árboles haciendo las veces de cama y los cascos de las balas como sus más preciados juguetes. Y mi madre, pues bien, nunca la conocí. Me temo que le sucedió lo que a muchas mujeres les ha pasado en la guerra, ser manoseadas con un único fin, bajarle la calentura a cualquiera de la tropa. Las ven como una fábrica de soldados, como algo desechable. Siempre le

pregunté a mi padre por ella, pero siempre me cambiaba el tema, me decía que se había ido, que nos había abandonado, que no volvería. Yo, como un pobre tonto, creí que algún día vendría hasta que noté que los demás niños tampoco tenían mamá, entonces deduje que a todas las habían matado. El mundo ha sido muy cruel con las mujeres, ha sido tanta la sangre que han derramado solo por el hecho de ser mujeres... Y, por supuesto, la guerra no ha sido la excepción, las ha castrado, quitándoles su esencia y transformándolas en soldados.

Yo creía que todas las personas vivíamos así, pasando días enteros deambulando por caminos sin salida, comiendo bichos y escondiéndonos del otro... ¡Qué estúpido fui! Desde muy pequeño me acostumbré a ver mi cara manchada por la sangre o las tripas que salían del cuerpo de los hombres, sin entender qué estaba sucediendo. Lloraba mucho, pero era un llanto silencioso, seco, crudo. Es de esos llantos que quieren salir a gritos desde lo más profundo, pero que por angustia se ahogan en la garganta. Tenía que tragarme mis lágrimas, el peor de los venenos. Yo no era como ellos, animales salvajes hambrientos de ver sangre correr por entre sus manos cada vez que acababan con una vida. Yo nunca me sentí parte de eso...

¿Acaso era necesario provocar tanto daño?

—Papá, ¿qué está pasando? ¿Por qué nos estamos matando?

—¡Cállese pendejo! ¡Ni se le ocurra soltar una sola lágrima porque lo entierro vivo!

—Tengo miedo.

—Ellos son los que tienen que sentir miedo, no ve que ya hemos acabado con la mitad de su tropa.

—No me gusta esto. ¿Algún día va a parar?

—¡Carajo, Díaz! No soporto más a este culicagado, usted debió deshacerse de él, así como lo hizo con esa malparida que se dejó llenar las tripas.

—No, él tiene que seguir los mismos pasos que yo. Todavía está biche pero, apenas apriete el gatillo por primera vez, será todo un hombre de verdad y luchará junto con nosotros por nuestra causa.

Yo tenía toda la razón, mi mamá no se fue, ni nos abandonó, le quitaron su vida de la peor forma posible. Seguramente, en cuanto dio a luz, su vida se apagó. Sé que me amó con toda su alma y sé que hubiera sido la mejor madre. Jamás le perdonaré haber matado a mi madre de esa forma tan cruel. Pero en la guerra el machismo es el pan de cada día, uno muy amargo, porque se cree que la mujer no sirve para nada más que para cocinar o tender la cama, después de parir, ya se convierte en un estorbo, en algo que no sirve. Me la imagino, conmigo adentro, sintiendo mil emociones a la vez; por una parte, llena de felicidad por traer un niño al mundo pero, al mismo tiempo, asustada por conocer el destino que le esperaba... Quién sabe si antes de mí hubo otros niños que no nacieron a causa de un aborto... Pasé muchas noches sin dormir, tratando de imaginar cómo era ella. Estoy seguro de que era igual a mí, porque yo no me parezco mucho a mi padre, a excepción del color negro que comparten nuestros ojos. Tal vez tenía una nariz aguileña, ojos color miel, unos labios gruesos, cabellera larga y rebelde como la mía, seguramente también amaba escuchar el canto de los pájaros al amanecer y contaba las estrellas hasta quedarse dormida. Sé que ya no está, aunque a veces siento que me mira desde el cielo, con el deseo de que me reúna pronto con ella, porque no quiere que sufra más...

Nunca entendí a qué causa se refería, y creo que nunca lo voy a saber, porque creo que no existe una causa que justifique tanta maldad. Lo más horrible de todo es que podía ver en los ojos de

mi padre como disfrutaba cada vez que disparaba, lo hacía ver tan sencillo, como quien apaga una vela... Siempre lo odié por eso. Todo el tiempo me obligaba a verlo, primero, matando animales, algunos conejos, serpientes, ratones... Luego, personas. Recuerdo la vez en la que me obligó a matar una gallina que se habían robado de una finca cercana; era para el almuerzo, me dio un cuchillo para que le cortara el cuello pero mis piernas temblaron y un par de lágrimas mostraron que no estaba preparado ni siquiera para matar una mosca. Todos se rieron y me sentí humillado, no podía dar la talla como los otros muchachos, que incluso se matarían entre sí, si alguien lo ordenara...

—¡Mijo, usted tiene que ser como su papá! Tiene que aprender a disparar sin fallar, dándole de baja a todos esos zarrapastrosos soldados que nos quieren acabar, quieren callar nuestra voz. Por eso estamos acá.

No sé qué hago acá, ¿acaso yo pedí nacer entre tanta miseria, entre tanto dolor? ¿Quién se atrevió a traerme a este mundo de mierda?

Aunque debo confesar algo, con todo el odio que siento por mi padre, hay días en que lo extraño profundamente, como hoy. Jamás olvidaré su cara de agonía cuando una decena de tiros atravesó su barriga; me sentí impotente porque, aunque tenía un rifle a la mano para poder vengarme de quienes lo mataron, mis dedos no reaccionaban, quedé quieto, el tiempo se congeló por un instante mientras presenciaba los últimos instantes de la vida de mi padre. Sin embargo, esa era la forma en la que la vida me demostró que cada quien recibe lo que merece, porque él, más que nadie, lo tenía merecido. Yo nunca pude ser como él, siempre fui un cobarde, de suerte estoy vivo, porque no sé ni usar un cuchillo para pelar una cebolla. Solo sigo acá porque es el único lugar que conozco, del que no puedo escapar. La selva es como un hoyo negro que da la impresión de crecer cada vez más, llevándose todo a su paso.

II

Hoy, Guillermo, el jefe de la manada, nos ha despertado a todos con mucho afán. Dice que tenemos que irnos lo más rápido posible. Que el día ha llegado.

—¡Levántense, pues, güevones! Sus días de mierda se van a acabar.

—¿Qué pasó mi comandante? ¿Ya estamos al poder?

—¡No sea güevón, Sánchez! El gobierno ha decidido negociar y parece que han llegado a un acuerdo. Nos vamos de aquí.

—¿Acuerdo? —Preguntó Rojas, con un tono bastante desafiante—. Lo único que va a pasar es que nos van a quebrar, como ha pasado siempre, ¡es una trampa! Yo no voy a ninguna parte.

—Perfecto, Rojas. No hay nada más que hablar.

Sin pronunciar una sola palabra, Guillermo desenfundó su pistola de la pierna y le disparó en medio de los ojos, ni siquiera le dio tiempo para una súplica, él era un ser impulsivo, de sangre fría; no era sangre lo que corría por sus venas, era veneno.

—¿Alguien más se quiere quedar y alimentar a los chulos?

La selva quedó por un instante en silencio mientras todos nos mirábamos.

—Muy bien... Espero que quede claro lo que les va a pasar si se ponen de revoltosos como Rojas. Así de sencillo, se acaban los problemas. Se va a firmar un acuerdo para acabar la guerra, para que pare la violencia, así que no me hagan volver a utilizarla.

¿Acaso es el fin de esta pesadilla? ¿Por fin podré tener la oportunidad de conocer lo que hay ahí afuera? ¿O tal vez es la peor trampa del destino y nos van a matar como Rojas dijo? No sé la respuesta, pero no hay otro camino, es eso o terminar en el piso, listo para convertirme en la cena de alguien más.

—¡Apúrense, cabrones, que en unos minutos va a aterrizar un helicóptero!

Jamás me había sentido tan feliz en la vida, quería llorar, pero mis lágrimas estaban tan reprimidas en lo más profundo de mi alma que fue imposible que se asomaran.

III

Yo me siento feliz, pero el ambiente está tenso, no sabemos lo que nos espera, tal vez unos irán a la cárcel, otros quizás se entreguen al bajo mundo de la delincuencia y tal vez algunos (como yo), quieran darse una nueva oportunidad y empezar a hacer las cosas bien. Cada vez, todo se vuelve más pequeño, la gran selva que fue nuestra casa durante tanto tiempo se va haciendo más pequeña, hasta convertirse en una insignificante peca del paisaje. Han pasado varias horas y nadie ha dicho nada, todos mis compañeros mantienen la misma expresión en su cara, en especial Guillermo quien, aunque siempre se ha mostrado serio y rudo, hoy manifiesta angustia y miedo, porque seguramente tampoco sabe lo que le espera. Sin embargo, no dudó un momento en dejar que se lo llevaran de ese lugar, al que nadie pertenece, solo el diablo.

Conocer la ciudad por primera vez es una de las cosas más emocionantes y al mismo tiempo más atemorizantes que he vivido hasta ahora. Grande, intimidante, llena de tantos lugares por recorrer, de tanta gente con quien hablar; pero hay algo que no me deja estar tranquilo... Mi pasado... ¿Qué pensará alguien cuando se entere de dónde vengo? ¿Que hice parte de las filas de una de las guerrillas más violentas de los últimos tiempos? A pesar de ya no tener un uniforme y un rifle, es imposible desprenderse de esa sombra que fue testigo de tanto dolor. Aunque podría estar tranquilo, porque jamás maté a alguien, el llanto y la desesperación que sentí en medio de las masacres no me dejan estar en paz.

Ha sido muy difícil conciliar el sueño, cualquier ruido en medio de la noche me hace pensar en disparos, en lamentos, en desesperación. Es solo alguien entrando al baño. Estoy paranoico, sobre todo, porque mañana nos reuniremos con gente que decidirá nuestro futuro. Pensé que este día jamás llegaría, creí que eran necesarios otros cincuenta años para por fin darnos cuenta de que la violencia es un círculo vicioso del que es muy difícil salir.

IV

El día del juicio final ha llegado, es el inicio de una nueva vida. Sinceramente no tengo muchas esperanzas pero, sea lo que sea, estoy seguro de que será mejor que la asquerosa vida que llevaba antes. Me siento como un simio intentando ser un humano, hay tantas cosas que no sé hacer, como tomar un bus, usar el dinero, buscar una dirección; me siento inservible, inútil, como un parásito.

—Siguiente.

—Buenas tardes...

—Jorge, ¿verdad?

—Sí señor...

—Acá dice que usted es el hijo de alias Don Méndez.

—Sí, pero ya está muerto.

—¡Qué maravilla! ¿Sabe cuánto tiempo estuvimos detrás de ese malnacido? Sabemos que es su papá, pero él le hizo mucho daño a miles de personas, estamos felices de que ahora esté bajo tierra.

—Hhhmmmm.... Y pensar que ni siquiera tuvimos tiempo de enterrarlo.

—Entendemos, seguramente ni los gusanos se lo tragarán.

—¿Qué quieren de mí?

—No es necesaria la agresividad, siéntase afortunado porque podríamos estar llenándolo de tiros en este momento. Queremos darle una segunda oportunidad. ¿Le gustaría trabajar, estudiar?

—Ni siquiera cursé primero, prefiero trabajar.

—Muy bien, lo supusimos. ¡Al camión!

v

—¿Dónde mierdas estoy?

—No sabemos, pero seguramente no es un buen lugar.

—¿Ustedes quiénes son?

—Creo que somos de la misma camada...

—Reconocería ese tatuaje incluso estando ciego. Ustedes son del Frente 39, ¿qué hacen acá?

—Eso mismo quisiéramos saber, solo recuerdo...

—¡Cállense, cerdos! Solo van a hablar cuando se les ordene.

—¿Y usted quién es? ¿Qué nos van a hacer?

—No los vamos a recompensar por todo lo que han hecho, si es lo que creen.

Rojas tenía razón. El Estado nos engañó, ninguna novedad. Seguramente ahora estarán sacando pecho en la televisión, diciendo que la paz es un hecho, que la violencia es cosa del ayer, y aquí estamos, llenos de mil preguntas porque no sabemos lo que nos espera.

—Acá ustedes no valen nada, así que es mejor que se olviden hasta de su nombre. De ahora en adelante, van a hacer lo que se les diga y, si se rehúsan, pues podemos arreglarlo con un par de balazos.

Uno cree que los monstruos solo se encuentran en la selva, en uniformes camuflados, pero no, los hay de todos los tipos, en los lugares más inesperados... Esta vez es un ganadero infeliz que nos quiere tratar como a una de sus bestias, solo falta que nos marque con un hierro hirviendo y que nos ponga un anillo enorme en la nariz para hacernos parte del ganado.

—Ustedes le han hecho mucho daño al país y ahora van a pagarlo de la peor manera, pero en vida, porque ni crean que los voy a matar, eso sería un premio... Claro que, si se portan muy mal, los corto en pedazos y se los echo de comer a los marranos, aunque dudo que ellos se traguen semejante porquería. ¿Qué creyeron? ¿Que los íbamos a perdonar y que les íbamos a dar un palacio para que vivieran felices? Eso solo pasa en los cuentos, esto es la vida real y acá se castiga al que ha obrado mal. ¿Ven esa carroza que está allá? Tienen que arrastrarla con su cuerpo y llevarme cada vez que se me dé la gana. Y créanme, me gusta mucho montar en mi carroza, ya es hora de que los burros descansen...

Esos ojos... Reflejan la misma malicia que mi padre, están cargados de tanto odio, de tanto resentimiento.

Qué amarga libertad... Terminamos siendo las mulas de carga de un arriero desalmado.

VI

No sé cuántos días más vamos a aguantar esta tortura. Siempre me consideré inofensivo, incapaz de hacerle daño a otro, pero todo esto que hemos vivido acá ha hecho que mi corazón se vuelva negro y que mi cabeza se llene de malos pensamientos. Si tan solo no tuviera estas cadenas atadas a mis pies y manos, ya habría acabado con ese gordo.

¿A quién quiero engañar? Sigo siendo un cobarde. Soy incapaz de hacerle eso, incluso al más malo. Mucha gente cree que la guerra es la respuesta, pero si eso es así, ni siquiera quiero conocer la pregunta...

Siempre quise saber qué pasaría si hubiera nacido en otro lugar o momento, si en vez de haber nacido en medio de matorrales, con un apellido manchado por la sangre, hubiera nacido en un hospital, en manos de una enfermera, que con emoción le dijera a mi madre “es un niño”; si en vez de aprender a armar un rifle hubiera aprendido a sumar, a leer, a escribir; si en vez de gritar de la rabia, al ver cómo mataban a alguien, hubiera gritado por cada gol que hiciera, (porque siempre me gustó el fútbol); si en vez de pintarme la cara para esconderme del enemigo hubiera pintado cuadros o retratos... Pero todo se queda ahí, en esa triste y melancólica frase de “¿y qué tal si...?”.

Ya estoy muy viejo, tengo casi cuarenta años y este es mi destino, ser una mula de carga para alguien que cree que soy un asesino, sin si quiera imaginarse que soy un hijo de la guerra, no su padre. Como yo, seguramente existen muchos niños, niñas, madres, hermanas, que por una mala jugada del destino terminaron sumando una página más a este interminable libro que ha sido la violencia en el país. ¿Que si algún día acabará? Es mi mayor deseo; si es necesario vivir esta tortura por toda la eternidad a cambio de que otros no tengan que sufrir todo lo que yo sufrí, lo haría sin pensarlo dos veces.

El infierno sí existe... Yo lo he visto... Es verde.

Fin

Este libro fue editado y publicado por la Editorial Uniagustiniana.
Se utilizó la fuente Rotis Semi Serif de 12 pts.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres
de Impresión Publicitaria ADN S.A.S., en noviembre de 2017,
con un tiraje de 200 ejemplares

En esta publicación presentamos los cuentos ganadores del primer concurso de cuento corto realizado por la Vicerrectoría de Investigaciones y la Vicerrectoría de Desarrollo Humano de la Universitaria Agustiniiana. Esperamos que éste, y los futuros textos que hagan parte de la *colección: creación artística y cultural*, sean acogidos con una gran aceptación y sentido de pertenencia. En esta ocasión, el libro incluye diez cuentos ganadores y tres cuentos que recibieron mención de honor. La participación para esta primera versión fue amplia y contamos con la creatividad de estudiantes, docentes, administrativos y egresados de la Institución.

ISBN 978-958-56395-4-6



9 789585 639546



UNIVERSITARIA AGUSTINIANA
UNIAGUSTINIANA
Escreer en ti